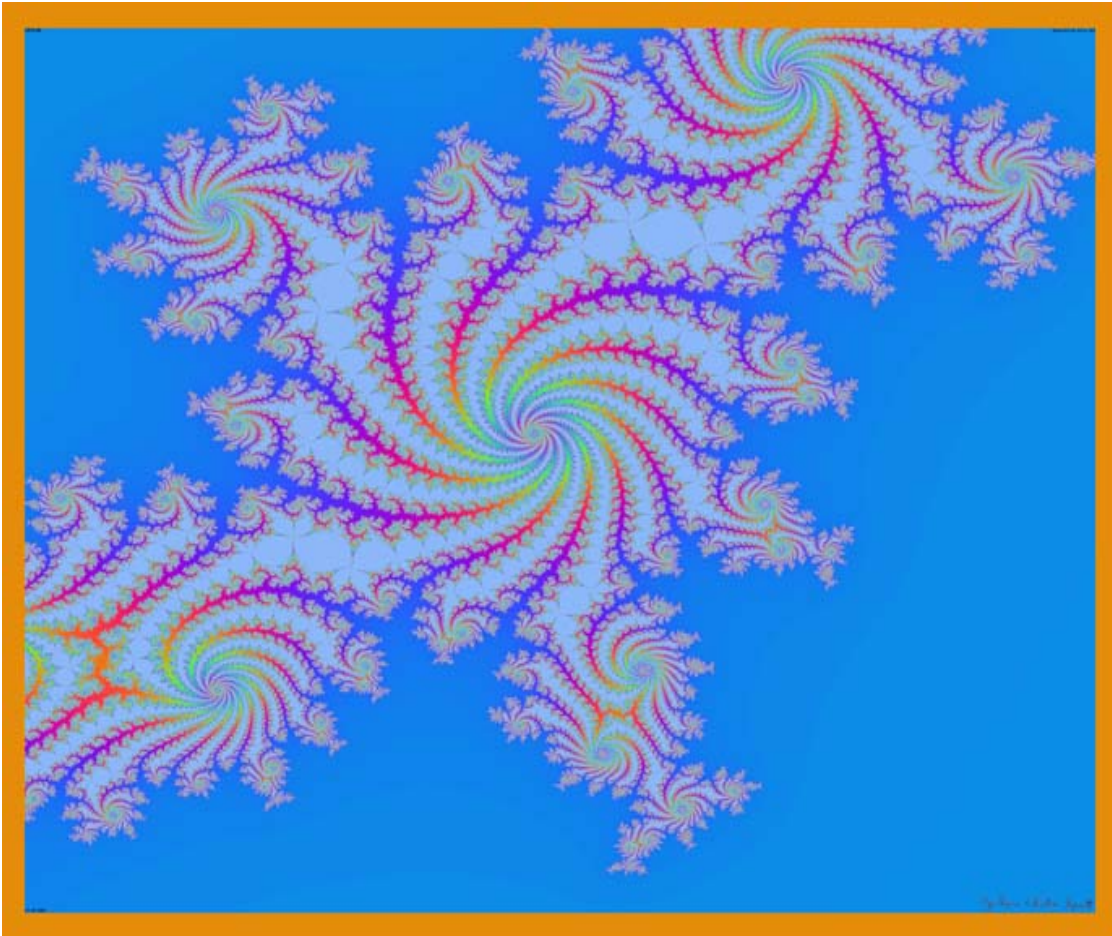


# Introducción a la Ciencia de la Ciencia Cristiana



**Max Kappeler**

Traducido por Kathleen Lee de la edición alemana:  
*Einführung in die Wissenschaft  
der Christlichen Wissenschaft*

Traducido por Louisa Frost y Martha Zúñiga Gurría, de la versión en inglés  
*Introduction to the Science of Christian Science*  
Kappeler Institute for the Science of Being, 1978

© 1978, 2007 Kappeler Institute for the Science of Being  
[Instituto Kappeler para la Ciencia de Ser]

© Derechos de Autor de Max Kappeler 1978

*Primera edición en inglés* 1978  
*Primera edición en español* 2007

Diseño de la portada, J.C. Sprott  
<http://sprott.physics.wisc.edu/fractals.htm>



**Kappeler Institute for the Science of Being USA**  
[Centro de Información y Comunicación:]  
P.O. Box 99735  
Seattle, WA 98139-0735  
Tel: 206 286-1617 • Fax: 206 286-1675  
E-mail: [mail@kappelerinstitute.org](mailto:mail@kappelerinstitute.org)  
Website: [www.kappelerinstitute.org](http://www.kappelerinstitute.org)

# Índice

## Parte I

Nota al Lector .....	i
----------------------	---

### Los Cuatro Factores Principales del Ser Divino

<b>Capítulo I: El Principio universal de la Vida .....</b>	<b>1</b>
Los cuatro factores principales para solucionar problemas.....	1
Los cuatro factores principales a la luz de la Biblia .....	2
Los cuatro factores principales a la luz de la Ciencia Cristiana .....	6
Los cuatro requisitos fundamentales .....	7
<b>Capítulo 2: El Verbo de Dios .....</b>	<b>9</b>
Dios debe ser definido .....	9
Definición por medio de los siete sinónimos para Dios .....	11
La enseñanza por medio de símbolos .....	14
<b>Capítulo 3: El Cristo .....</b>	<b>17</b>
La idea-Cristo .....	17
El poder redentor del Cristo .....	18
La traslación del Cristo .....	18
El poder sanador del Cristo .....	22
El Cristo es irresistible .....	23
Cristo Jesús .....	24
El Cristo eterno .....	25
<b>Capítulo 4: El Cristianismo .....</b>	<b>27</b>
El Cristianismo es la verdadera naturaleza del hombre .....	27
Los mortales y los inmortales .....	28
Diferencia entre el hombre mortal y el hombre verdadero .....	29
El hombre como reflejo de Dios .....	31
<b>Capítulo 5: La Ciencia .....</b>	<b>35</b>
Ciencia y revelación .....	35
La Ciencia en contraste con el testimonio de los sentidos .....	36
La lógica de la Ciencia Cristiana .....	39
Lo real y lo irreal .....	41
Conciencia mortal .....	44
Comprensión divina .....	52

## Parte II

### El Enfoque Científico Hacia el Ser Divino

<b>Capítulo 6: El enfoque científico hacia el Verbo de Dios</b> .....	<b>53</b>
El estándar divino .....	53
Creencia—fe—comprensión .....	53
Ideas—ilusiones—pensamientos .....	55
Comprendiendo espiritualmente .....	58
La oración .....	61
<b>Capítulo 7: El enfoque científico hacia el poder salvador del Cristo</b> .....	<b>63</b>
La actitud-Cristo .....	63
El poder redentor .....	65
El anticristo .....	67
<b>Capítulo 8: El enfoque científico hacia la práctica del Cristianismo</b> .....	<b>69</b>
La curación científica .....	69
¿Cómo se produce una curación científica? .....	71
Algunas preguntas fundamentales .....	74
<b>Capítulo 9: El enfoque científico hacia la comprensión de la Ciencia del Ser</b> .....	<b>78</b>
Los métodos de la Ciencia del ser .....	78
La interpretación científica de textos .....	81
Resultados de la interpretación científica de textos .....	85
La Biblia y el Libro de Texto a la luz de la Ciencia .....	88
La Ciencia Cristiana debiera ser enseñada en las escuelas .....	92
Estudio posterior .....	93
<b>Acerca del Instituto Kappeler</b> .....	<b>96</b>
<b>KI USA Publicaciones disponibles en español</b> .....	<b>97</b>

## Nota al Lector

El propósito de este libro es ofrecer una introducción general a los fundamentos científicos de la Ciencia Cristiana, y mostrar cómo pueden ser aplicados como un método científico eficiente, para resolver problemas.

El tema central del libro es el aspecto eminentemente científico de la Ciencia Cristiana. Una de las características esenciales de toda ciencia es su posibilidad de reducir su tema complejo e infinito a sus categorías básicas, y con ello a su simplicidad, haciéndola inteligible, sin limitarla en ningún sentido. Mi objetivo principal es por lo tanto, presentar el sistema científico de la Ciencia Cristiana en su perfil fundamental, y para aclararlo me he limitado a sus fundamentos. Con ello he evitado el tratar todos los problemas que pudieran surgir, examinándolos desde todos los ángulos, de acuerdo a mi comprensión presente del tema. Me gustaría pedir al lector que mantenga en el pensamiento, que en un libro que introduce un tema nuevo como éste, no es posible explicar todos los detalles ni responder a todas las preguntas. También me gustaría pedirle que enfoque el tema con una mente abierta e imparcial. Aceptar los fundamentos de la Ciencia del ser sin reservas mentales, podría parecer difícil al principio, aun más que al tratar con cualquier otro tema, si es que el tema toca nuestra propia vida con todos sus problemas, tan de cerca como lo hace la Ciencia Cristiana. Será de gran ayuda al lector, si al principio puede dejar de lado tanto como le sea posible, toda pregunta, toda duda y objeción que pudieran presentarse, y concentrarse sin prejuicios sobre la línea de razonamiento establecida en las siguientes páginas. Como en todo campo nuevo, la primera meta es alcanzar una visión general del tema completo. Sólo cuando el lector ve el todo en su bosquejo general, es que puede comprender adecuadamente cómo los detalles se relacionan y conforman la coherencia universal del todo. Por tanto, en la medida en que comience paso a paso a captar el sistema divino de la Ciencia Cristiana, también automáticamente podrá hallar respuestas claras y satisfactorias a las preguntas que claman por solución.

*Mary Baker Eddy.*

*Otoño de 1977*

Lista de abreviaturas utilizadas para los escritos de Mary Baker Eddy:

C&S	Ciencia y Salud con Clave de las Escrituras
Mis.	Escritos Misceláneos
Ret.	Retrospección e Introspección
Cur.	La Curación Cristiana
Un.	La Unidad del Bien
`01	Mensaje a la Iglesia Madre para 1901

Las abreviaturas para los libros de la Biblia son las de uso común.<sup>1</sup>

---

<sup>1</sup> [“Las citas de la Biblia se tomaron generalmente de la Versión Reina—Valera, revisión de 1960. Sin embargo, en los casos en que el significado es diferente de la traducción inglesa de la Biblia usada por Mary Baker Eddy (versión *King James*), se tradujeron las citas directamente del inglés o se tomaron de otra traducción, al español, de la Biblia” (Nota, C&S).]

## Parte I

# Los Cuatro Factores Principales del Ser Divino

## Capítulo I

### El Principio universal de la Vida

#### Los cuatro factores principales para solucionar problemas

Todos los hombres, en su anhelo de armonía y salud, claman por un principio absoluto de vida. La Ciencia Cristiana enseña la Ciencia de la Vida, la Ciencia del Ser divino. Este Ser divino es el ser de toda la humanidad; por lo tanto, la Ciencia que enseña el Principio divino de todo ser se aplica por igual a todos los hombres, sin distinción de raza, color, religión, nacionalidad, clase o cualquier otra distinción. Presenta un principio universal de Vida, que también es universalmente válido. Carece de denominación porque es independiente de toda religión e ideología; de hecho, es “científico”. Esta Ciencia no sólo está disponible para todos los hombres, sino también proporciona respuesta a *todos los problemas de la vida*.

Surge entonces la pregunta: *¿Existe un método general disponible que sea fundamentalmente aplicable para la solución de todos los cuestionamientos y problemas?* La respuesta es: Sí. Existen cuatro factores primarios básicos gobernando la totalidad del ser. Todo cuanto ocurre dentro del único Ser infinito opera de acuerdo con ellos. De la misma manera nosotros inconscientemente seguimos estos cuatro factores primarios básicos del Ser cuando tratamos de solucionar nuestros problemas. La Ciencia del ser trata con estos factores primarios; forman la base de la Ciencia divina, y por ello también, de este libro.

*Cuatro pasos fundamentales para la solución de un problema.* Los cuatro pasos básicos para la solución de todo problema pueden comprenderse mejor al considerar cómo se comporta la gente, al hallar respuesta a cualquier problema común en el curso general de los acontecimientos. Más adelante se mostrará lo que significan estos cuatro pasos básicos desde un punto de vista absoluto en el ser.

*Primer paso.* Primero, recurrimos siempre a algún principio, a un *principio que nos guíe*. Recurrimos a algo; este algo puede variar de acuerdo a las personas y a las circunstancias. En el caso de algún problema aritmético, será al principio de la aritmética; para un problema mecánico, al principio de la mecánica; para problemas comunes en la vida, quizá a los principios éticos, morales o religiosos. Mucha gente prefiere recurrir a sus propios sentimientos, a su intuición. En un negocio, el personal pudiera recurrir a su patrón; dentro del seno familiar, la esposa podría recurrir a su esposo. Otros hacen del éxito, las riquezas y el placer, la base de sus decisiones. Cualquiera que pudiera ser el principio individual que guíe la vida humana, el hecho es que cada uno se vuelve hacia algo sobre lo que puede confiar para que lo guíe.

*Segundo paso.* ¿Por qué actúa el hombre de acuerdo a un principio (paso 1)? Con certeza que la experiencia le ha enseñado que hay que hallar un poder que al seguirlo, consuele, resuelva problemas, redima y libere. Por ejemplo, cuando la maquinaria se descompone, aquél que la arregla recurre al principio de la mecánica (paso 1). La arregla sabiendo que sólo este principio puede darle la solución; que por lo tanto, debe ajustarse a este principio; que al decidir qué hacer con la maquinaria, debe ser guiado sólo por este principio y confiar en él sin reserva alguna. Esto nos conduce al segundo paso para solucionar un problema, es decir, confiar que el principio al que recurrimos tiene *un poder de solución inherente*.

*Tercer paso.* No es suficiente sólo volvernos a un principio (paso 1) y confiar que funcionará (paso 2). Un tercer paso es necesario: Debemos actuar de acuerdo con nuestro principio, aplicarlo, ponerlo en práctica, vivirlo, obedecerlo. Cuando un principio es aplicado, comienza a actuar de acuerdo a la ley de causa y efecto. Cuando se practica el principio correcto, siempre produce el resultado correcto. No basta sólo tener confianza en que la solución se halle dentro del principio (paso 2). Debemos beneficiarnos nosotros mismos del principio; sólo entonces podremos recibir el beneficio inherente al mismo. El tercer paso requiere entonces de una *práctica vital* como resultado del primer y segundo pasos.

*Cuarto paso.* Con el tercer paso, al usar un principio guía, de hecho obtenemos resultados, resultados prácticos, pero posteriormente un cuarto paso todavía resulta esencial. Muy a menudo aquéllos que han seguido estos tres primeros pasos, aún no hallan la respuesta. Experimentan enfermedad, carencia, privación, fracasos y discordia de todas clases. El principio guía en el que confiaban, y con el cual trabajaron, tuvo algún efecto, pero no resolvió el problema. ¿Por qué no? Porque en primer lugar, eligieron el principio equivocado, y luego confiaron la solución de su problema a este principio inadecuado y falso, y por lo tanto deben, en consecuencia y en tercer lugar, llegar a un resultado insatisfactorio: desarmonía y problemas en todas las áreas de la vida. Por medio de esta experiencia negativa, llegan al cuarto y más importante paso: Deben buscar una autoridad que también les enseñe cuál es el Principio de Vida correcto para resolver los problemas armoniosamente, y cuáles los principios y las reglas incorrectas que producen resultados negativos. Por consiguiente, en el cuarto paso viene la pregunta crucial: ¿Quién o qué es esta autoridad absoluta que puede mostrarnos cuál es el verdadero Principio de la Vida?

Este cuarto paso que nos conduce a una *comprensión* del verdadero Principio del ser, es por lo tanto, de la mayor importancia para nosotros. Porque cuando comprendemos el Principio del ser, científicamente, y lo hacemos nuestro Principio de Vida y nuestro principio guía (paso 1), podemos descansar en la ayuda verdaderamente confiable y en el poder redentor para la solución de las preguntas de la vida (paso 2), y debido a que estamos utilizando el verdadero Principio redentor, podemos esperar resultados correctos y armoniosos (paso 3). Como el estudiante que profundiza más y más dentro del principio matemático para solucionar problemas aritméticos cada vez más difíciles e intrincados, también nosotros debemos continuar buscando y explorando más profundamente el Principio de la Vida con el cual podamos vencer nuestros problemas cotidianos. Este cuarto paso, la comprensión de la Verdad, debe considerarse de vital importancia.

Los cuatro pasos fundamentales para solucionar un problema son:

- Elegir el principio guía correcto;
- confiar en el poder para resolver problemas, de este principio guía;
- actuar de acuerdo al principio guía;
- comprender que el Principio del ser es el principio guía de la Vida.

### **Los cuatro factores principales a la luz de la Biblia**

La Biblia, “el Libro de la Vida”, también señala con mucha claridad los cuatro factores principales del Ser. Ahí mismo señala hacia el Principio de Vida universal y demanda que todo aquél que reconozca la Biblia como su autoridad, debiera tomar el camino científico de los cuatro pasos para resolver sus problemas de vida. Resulta muy interesante ver el grado en que ya están estos pasos en la Biblia.

*Primero: Monoteísmo.* Por toda la Biblia se escucha el gran llamado a tener un solo Dios, el Dios que es Todo-en-todo. Para los escribas Bíblicos, el principal enemigo es el politeísmo. Los patriarcas, los profetas y Jesús, todos proclaman un solo Dios; todos ven al politeísmo como la raíz de la discordia humana. Desde el primero hasta el último capítulo, la Biblia hace un llamado al hombre para tener un solo Dios. El primer versículo declara la absoluta totalidad de Dios: “En el principio creó Dios los cielos y la tierra” (Gén. 1:1). Este Dios que gobierna sobre los cielos y la tierra, es el Principio que abarca todo el ser. Por ello Moisés da a su pueblo el gran mandamiento de Dios: “Yo soy Jehová tu Dios, que te saqué de la tierra de Egipto, de casa de servidumbre. No tendrás dioses ajenos delante de mí” (Éx. 20:2, 3). Por tanto Moisés insiste en que el pueblo de Israel tenga que aceptar un solo Principio, un solo Dios, y más adelante los exhorta: “Oye, Israel: Jehová nuestro Dios, Jehová uno es” (Deut. 6:4).

El Libro de Isaías es incansable también en su denuncia del politeísmo y la idolatría en Israel. Está lleno de exhortaciones para tener un solo Dios, como por ejemplo: “Así dice Jehová Rey de Israel, y su Redentor, Jehová de los ejércitos: Yo soy el primero, y yo soy el postrero, y fuera de mí no hay Dios” (Isa. 44:6); o de nuevo: “Yo soy Dios, y no hay otro Dios; (Yo soy Dios) y nada hay semejante a mí” (Isa. 46:9).

De igual manera el Nuevo Testamento demanda el mismo monoteísmo. Jesús reconoció un solo padre, Dios; siempre actuó de acuerdo con este único Dios. Cualquiera que fuera la naturaleza del problema con el que tuvo que tratar, ya fuera religioso, ético, médico, social, económico, político, legal, o cualquier otro, siempre lo resolvió sobre la base de un solo Principio, uniéndose con el único Dios. Para él, Dios no sólo era un principio religioso, sino el principio-Total; el principio que contiene dentro de sí mismo, la solución a todos los problemas de la vida. También su amado discípulo, Juan, comienza su Evangelio al estilo del Génesis, declarando la totalidad del único creador divino: “Todas las cosas por él [el Verbo, el Logos] fueron hechas, y sin él nada de lo que ha sido hecho, fue hecho” (Juan 1:3). Pablo expresa el mismo pensamiento con palabras diferentes: “Porque de él, y por él, y para él, son todas las cosas. A él sea la gloria por los siglos” (Rom. 11:36).

Como hemos visto, el primer paso hacia la solución de un problema, es volvernos al principio de solución correcto. También hemos visto cuán importante es elegir el Principio de Vida como el único verdadero principio guía para obtener una solución satisfactoria. La experiencia también conduce a la conclusión que la Biblia nos impone, y que tanto el Antiguo como el Nuevo Testamentos enfatizan: la necesidad de conocer un solo Dios; en otras palabras, la necesidad de volvernos sólo al Principio único, el Principio del ser que todo lo resuelve. Pero como Israel, cuyo politeísmo era deplorado por sus profetas, el cristiano de hoy en día, en tanto que se llama a sí mismo monoteísta, sirve a otros principios incontables, permitiendo ser gobernado por la ambición y la codicia; por las normas de higiene, medicina o economía; por opiniones éticas y morales; y de nuevo por la ansiedad y el temor. Así, los nombres de los dioses pueden haber cambiado, pero el politeísmo permanece.

*Segundo: Cristo, el Redentor.* El segundo paso es someternos a este principio-guía y confiar en que puede traer la solución. Entonces este principio se convierte en nuestro consolador, nuestro redentor. La Biblia lo llama el Redentor, el Mesías o el Cristo. Los profetas del Antiguo Testamento ya sabían que Dios tenía un Cristo, un poder salvador. Por lo tanto no sólo instaban constantemente al pueblo a tener un solo Dios (paso 1), sino que les pedían con la misma insistencia que pusieran su confianza en este único Dios, que se sometieran a Él, que permitieran que Él los guiara y Lo obedecieran (paso 2). Entonces Dios los libraría de todo peligro, de toda crisis y dificultad.



Jesús, quien siempre se refería sólo al único Dios, al único Principio de Vida, también probó sobre todo, de igual manera, que tan sólo hay un solo Cristo, un solo Redentor. En su Epístola a los Gálatas, Pablo enfatiza el hecho de que Cristo es el único Redentor, que es todo cuanto necesitamos para ser libres. El hombre no requiere de una variedad de principios redentores (dogmas, teorías, métodos de curación, técnicas, etc.), sino de un solo Salvador, un Cristo. Jesús enseñó que en este Cristo yace el único verdadero poder salvador, y también mostró lo que el hombre puede hacer de este poder salvador, al unificarse totalmente a sí mismo con este Principio divino: “Yo y el Padre uno somos” (Juan 10:30). Por medio de esta unión con el Principio divino, la habilidad divina para salvar obtiene poder dinámico a favor del hombre. Por eso Pablo pudo hablar también de “la autoridad (poder) que el Señor me ha dado para edificación” (2 Cor. 13:10).

*Tercero: Cristianismo.* El tercer paso es actuar de acuerdo con el primero y el segundo pasos; requiere que nos beneficiemos del Principio redentor, y por tanto, que practiquemos al Cristo en toda esfera: el Cristianismo. Cuando se usa la palabra ‘Cristianismo’ para denotar el tercer factor principal del Ser, significa el resultado de la acción u operación de la idea-Cristo impersonal, y no se refiere al cuerpo de creyentes cristianos ni a la religión cristiana. Moisés y los profetas ya estaban conscientes de la ley de causa y efecto que opera en la esfera del ser divino. Así que constantemente instaban al pueblo de Israel a guardar los mandamientos, porque comprendían que la obediencia a Dios, es decir, la aplicación obediente del Principio divino, produce armonía, en tanto que la desobediencia a este Principio produce sólo desarmonía, desengaños, ruina y esclavitud. Jesús se convirtió en Maestro y Mostrador del camino para la humanidad, debido a que durante toda su vida actuó desde esta única causa divina, y esto trajo resultados armoniosos. Todas las curaciones y obras que llevó a cabo pueden ser atribuidas al hecho de que amó y vivió el armonioso Principio del ser, y jamás utilizó ningún otro principio para solucionar problemas.

*Cuarto: Comprensión espiritual.* El cuarto paso, la comprensión de lo que es el principio que verdaderamente resuelve, resulta crucialmente importante para nosotros. ¿Qué o quién puede mostrarnos el correcto principio de la Verdad, al cual debemos volvernos en primer lugar, en el cual debemos confiar en segundo lugar, y el cual debemos aplicar en tercer lugar? ¿Pueden los sentimientos, la conciencia, la fe ciega, las creencias, teorías, dogmas, opiniones humanas, intelecto humano, ser verdaderos consejeros y autoridades? ¿Pueden los rituales, los sacrificios, las oraciones formales, la música sacra, el canto de himnos, el éxtasis religioso, la meditación, el ascetismo, etc., desentrañar la Verdad para la humanidad, como creen tantos grupos religiosos y metafísicos? La Biblia declara otra cosa. Isaías, por ejemplo, llama a esto: “vana ofrenda” (Isa.1:13). La Biblia demanda incesantemente de nosotros, algo bastante diferente, es decir, comprensión.

El primer mandamiento verdadero de Dios es saber, comprender. El recuento Bíblico de la creación comienza con el mandato: “Y dijo Dios: Sea la luz” (Gén. 1:3). La luz es un símbolo de inteligencia, sabiduría, claridad, comprensión. Salomón también vio que la primera necesidad es comprensión. (I Rey. 3:5–15) Cuando Jehová dijo: “Pide lo que quieras que yo te dé”, Salomón pidió “corazón entendido”, para poder “discernir entre lo bueno y lo malo”. Y Dios le dio “corazón sabio y entendido”, porque no había pedido riquezas, honores o larga vida, sino sólo “comprensión para discernir juicio”. Sin embargo, su corazón comprensivo hizo que Salomón actuara de tal manera, que también ganó riquezas, honores y larga vida. Esto enfatiza las palabras de Jesús: “Mas buscad primeramente el reino de Dios y su justicia, y todas estas

cosas os serán añadidas” (Mat. 6:33). Como leemos en Proverbios: “Adquiere sabiduría, adquiere inteligencia; sabiduría ante todo; adquiere sabiduría” (Prov. 4; 5, 7).

Los profetas pedían insistentemente al pueblo de Israel que se esforzara primero por entender a Dios. Isaías comienza con la acusación de Jehová de que Israel se ha rebelado contra Él: “El buey conoce a su dueño, y el asno el pesebre de su señor; Israel no entiende, mi pueblo no tiene conocimiento” (Isa. 1:3). Después les hace ver que los sacrificios y las ofrendas de incienso no Le placen. “No me traigáis más vana ofrenda; el incienso me es abominación” (Isa. 1:13). Y al mismo tiempo el profeta Oseas estaba declarando: “Porque misericordia quiero, y no sacrificio, y conocimiento de Dios más que holocaustos” (Os. 6:6). Jeremías es aun más explícito. Él concibe un nuevo pacto entre Dios y el hombre, el pacto de entendimiento: “Pero este es el pacto que haré con la casa de Israel después de aquellos días, dice Jehová: Daré mi ley en su mente, y la escribiré en su corazón; y yo seré a ellos por Dios, y ellos me serán por pueblo. Y no enseñaré más ninguno a su prójimo, ni ninguno a su hermano, diciendo: Conoce a Jehová; porque todos me conocerán, desde el más pequeño de ellos hasta el más grande, dice Jehová” (Jer. 31:33, 34). Este es el verdadero pacto divino, y contiene tanto bien hoy en día, como en tiempos de Jeremías; cada uno de nosotros individualmente puede, debe y tiene que aprender a comprender a Dios, porque sólo entonces podremos recurrir al Principio redentor para todos nuestros problemas de la vida, sometiéndonos obedientemente a este Principio, aplicándolo y siendo capaces así de experimentar la armonía del ser en nuestras vidas.

La necesidad de comprender la Verdad está más enfatizada en el Nuevo Testamento. Especialmente Juan, el discípulo quien discernió con mayor claridad que ningún otro, el Principio científico de la vida y enseñanzas de Jesús, señala una y otra vez la necesidad de conocer a Dios: “Y conoceréis la verdad, y la verdad os hará libres” (Juan 8:32). Es este mismo discípulo, Juan, quien registra en su Evangelio la mayor oración de Jesús, la oración para que los hombres reciban comprensión espiritual como su Consolador futuro: “Y yo rogaré al Padre, y os dará otro Consolador (o Abogado), para que esté con vosotros para siempre: el Espíritu de verdad” (Juan 14: 16,17). Luego, hablando más adelante acerca de esta comprensión, promete: “Pero cuando venga el Espíritu de verdad, él os guiará a toda la verdad” (Juan 16:13).

Para el Nuevo Testamento, Dios ya no es “el gran Desconocido”. Cuando Pablo ve en Atenas el altar con la inscripción: “Al dios no conocido”, encuentra la oportunidad de enseñar a los atenienses: “Al que vosotros adoráis, pues, sin conocerle, es a quien yo os anuncio” (Hech. 17:23). También les dice a los judíos “que tienen celo de Dios, pero no conforme a ciencia” (Rom. 10:2). Pablo atribuye especial importancia al conocimiento, y señala que el propósito de Dios no es sólo que “todos los hombres (deban ser) salvos”, sino que, y esto es mucho más importante, deban “(venir) al conocimiento de la verdad” (I Tim. 2:4); porque sólo el verdadero conocimiento de Dios los guarda de abandonar de nuevo al único Principio de salvación.

Resulta muy interesante en relación con esto, ver cómo Pablo establece firmemente en el primer plano de su enseñanza, la fe en Dios y en Cristo. La palabra “fe” en el lenguaje Bíblico carece de la connotación moderna de “fe ciega”, que contradeciría la demanda por conocimiento. La palabra utilizada por “fe” en el Antiguo Testamento significa: tenacidad, constancia, fidelidad, independencia, veracidad, confianza. En el Nuevo Testamento significa: “el consentimiento de la razón con la Verdad revelada”. En este caso, fe y comprensión casi se convierten en sinónimos. La fe expresa la capacidad para la dependencia total en una verdad comprendida.<sup>2</sup>

---

<sup>2</sup> Para la palabra fe, véase: *The Epistles in the Light of Christian Science*, pp. 20–29 [*Las Epístolas a la Luz de la Ciencia Cristiana*, de Max Kappeler, págs. 20–29, disponible sólo en inglés].

La culminación espiritual de la Biblia, la Revelación a San Juan, también señala hacia la gran importancia de una comprensión correcta de Dios. En una de sus muchas visiones, Juan vio “en la mano derecha del que estaba sentado en el trono un libro escrito por dentro y por fuera, sellado con siete sellos... Y ninguno... podía abrir el libro, ni aun mirarlo” (Apoc. 5: 1, 3). “Libro” es el símbolo para un libro de texto, para un principio inteligible e interpretado. El libro en la mano derecha de Dios simboliza que Dios, el Principio del ser, quiere ser interpretado y hecho inteligible. De ahí que en la última visión aparece un ángel fuerte; Juan lo ve “descender del cielo... Y tenía en su mano un librito abierto” (Apoc. 10:1, 2); el librito estaba ahora “abierto para que todos lo leyeran y comprendieran” (C&S 559:1–2). Luego se le pide a Juan: “Toma, y cómelo” (Apoc. 10:9)—que hiciera suyo el entendimiento divino.

Jesús había prometido enviar otro Consolador, “el Espíritu de verdad” (Juan 14:17), y había dicho que este “Espíritu de verdad” los guiaría “a toda la verdad” (Juan 16:13). Ahora bien, en la visión, permite que Juan vea que este “Espíritu de verdad” es revelado en forma de “libro”, símbolo de un libro de texto, para que todo el que lo estudie (que lo coma), lo comprenda. Este libro, que interpreta el Principio del ser para que pueda ser comprendido por medio del entendimiento espiritual, es el libro de texto de la Ciencia Cristiana, *Ciencia y Salud con Clave de las Escrituras*, por Mary Baker Eddy (al que se refiere en este libro como “el Libro de Texto”). Sus palabras clave son “Ciencia” y “comprensión”<sup>3</sup>. Se refiere explícitamente a los pensadores: “Ha llegado la hora de los pensadores” (C&S vii: 13), y al igual que la Biblia, requiere comprensión de parte del estudiante. “Hasta que la creencia se convierte en fe y la fe en comprensión espiritual, el pensamiento humano tiene poca relación con lo real o divino” (C&S 297:31–33).

## Los cuatro factores principales a la luz de la Ciencia Cristiana

*Terminología.* Como hemos visto, estos cuatro pasos para resolver un problema, también aparecen en la Biblia como cuatro grandes requerimientos. En la Ciencia Cristiana, la cual, como las demás ciencias, debe trabajar con términos exactos y claramente definidos, los cuatro grandes factores principales del Ser son designados con nombres derivados de la Revelación a San Juan.

Las visiones de Juan culminan en la visión exaltada de la Santa Ciudad, la Nueva Jerusalén, descendiendo del cielo, de Dios. Se trata de una ciudad establecida en cuadro, con cuatro costados iguales que representan los cuatro factores principales del Ser divino. “Los cuatro costados de nuestra ciudad son: la Palabra, el Cristo, el Cristianismo y la Ciencia divina” (C&S 575:18–20). Por tanto, los cuatro pasos con los que hemos estado tratando pueden ser definidos como el Verbo (la Palabra) de Dios, el Cristo, el Cristianismo y la Ciencia divina:

1. *El Verbo de Dios.* El Verbo de Dios, sin el cual nada de lo que ha sido hecho fue hecho, es el Principio divino de todo ser, al cual debemos adherirnos primero.
2. *El Cristo.* Cuando nos volvemos al Verbo de Dios y nos sometemos a él, se vuelve un poder redentor, liberador y auxiliar para nosotros. El Verbo de Dios se vuelve el Salvador, el Cristo.
3. *El Cristianismo.* Esta actitud-Cristo o esta forma-Cristo de actuar, cuando se expresa fiel y consistentemente, nos conduce a la práctica-Cristo en todo sentido. Produce el verdadero sentido del Cristianismo. El Cristianismo describe esa actitud que expresa el pensamiento, el sentimiento y la acción a semejanza del Cristo.

---

<sup>3</sup> El Libro de Texto utiliza la palabra *religión* sólo cerca de cuarenta veces, y la mayoría de ellas en un sentido negativo; la palabra *ciencia* por otro lado, aparece casi mil veces; y la palabra *comprensión* cientos de veces, y ésta última, siempre en un sentido positivo.

4. *La Ciencia Divina*. Sin embargo, lo que la Verdad divina es, sólo la autoridad absoluta de la Ciencia divina nos lo puede enseñar. La Ciencia divina interpreta al Principio del ser, el Verbo, el Cristo y el Cristianismo, y trae así al Principio divino más cerca de la comprensión humana, al enseñar su significado absoluto. Explica el Principio del ser como el Principio redentor, al cual el hombre puede y debe siempre acogerse.

El Principio para resolver todos los asuntos de la vida es hallado así en los cuatro costados de la Santa Ciudad. Éstos constituyen los cuatro factores principales de la conciencia divina, la cual está simbolizada por la ciudad que descendió del cielo, y la cual “enjuagará toda lágrima”, para que ya no haya “más llanto, ni clamor, ni dolor” (Apoc. 21:4).

### **Los cuatro requisitos fundamentales**

Si la solución de todos los problemas yace en seguir conscientemente los cuatro pasos de acuerdo con los cuatro grandes factores del Ser, entonces podemos fácilmente comprender por qué la existencia humana es tan incierta, tan llena de temores y problemas no resueltos. También en la jurisdicción divina, la ignorancia no nos excluye del castigo, es decir, de las consecuencias inarmónicas. Toda discordia se origina fundamentalmente en el fracaso total o parcial del hombre para cumplir los cuatro requisitos básicos, los cuales son:

1. *Volverse al Principio único del ser*: Generalmente nos volvemos hacia una variedad de principios para resolver nuestros problemas, de acuerdo a si se trata de asuntos de salud, morales, de relaciones humanas, sociales, económicas, etc. Pensamos que un principio diferente es lo apropiado para cada uno de nuestros distintos problemas. Pero llegamos a la solución genuina, sólo cuando nos damos cuenta que para todos nuestros problemas, el único Dios, sólo el único Principio, debe ser considerado como autoridad.
2. *Confiar en el Principio del ser como el único poder redentor*: Muy a menudo el pensamiento humano es capaz de aceptar un solo Principio en general, pero sin embargo espera que le llegue ayuda concreta de cualquier otro principio y teoría humanos. Por eso es que confiar en el único Principio divino, como el único poder salvador, nos libera de la discordia humana.
3. *Practicar la actitud-Cristo*: No basta detenernos en la aceptación teórica del único Principio redentor. Una solución armoniosa sólo llega por medio de la adherencia práctica al Principio que reconocemos como el verdadero libertador.
4. *Aprender a comprender el Principio del ser*: La fe ciega en el Principio no produce solución alguna. El Principio del ser, en cuyo poder liberador ponemos confianza implícita, debe ser comprendido. Damos por hecho que tenemos que pasar un buen tiempo en aprender aritmética, aunque se trata de un principio que sólo vamos a utilizar para resolver problemas aritméticos. Por otro lado, para el Principio del ser, cuya comprensión es crucial para toda nuestra vida, pareciera que le dedicamos muy poco tiempo, energía o dedicación. Aun así, sin un esfuerzo constante por comprensión espiritual, poco podemos esperar que nuestras vidas sean más armoniosas.

*Desarrollo del tema en capítulos subsecuentes*: El desarrollo posterior del tema surge de la necesidad de una mejor comprensión del ser:

- Primero, la palabra ‘Dios’ se examinará más, con especial referencia a la definición dada en el Libro de Texto (C&S 465:10).

- Después la palabra ‘Cristo’ será discutida en mayor detalle. La forma de operación redentora y sanadora del Cristo será investigada, mostrando que el Cristo eterno se expresa por siempre de acuerdo a la ley divina y que no hay escapatoria de él.
- Esto entonces nos conducirá a un estudio más profundo del Cristianismo. Aquí se explicará cómo, al actuar en conformidad con la actitud-Cristo, obtenemos un concepto superior de hombre, el cual nos lleva a soluciones armoniosas como las ejemplificadas por Jesús.
- El cuarto tema tratará con la conciencia divinamente científica y mostrará cómo, por medio del estudio y la investigación, podemos obtener una comprensión espiritual más amplia e incrementar nuestra visión de la Ciencia del ser contenida en la Biblia y en el Libro de Texto.

## Capítulo 2 El Verbo de Dios

### Dios debe ser definido

*El único Dios.* La Biblia contiene las enseñanzas del monoteísmo puro; presenta al Verbo, la propia revelación del Dios único, el Todo-en-todo. Si hubiera varios dioses igualmente poderosos, más que un Principio divino, esto implicaría que el ser es inarmónico. La discordia sería el resultado de la aparición inevitable y mutuamente contradictoria de esos diferentes principios, y por tanto, jamás podría ser removida, jamás resuelta. Jesús, sin embargo, resolvió toda desarmonía, probando que las discordias de todo tipo surgen, no porque exista más de un solo Principio del ser, más de un solo Dios, sino sólo porque la humanidad ha hecho muchos dioses—porque siguió muchos principios guía. Sin embargo, si todo está sujeto sólo al único Principio—como Jesús lo enseñara—entonces no puede surgir ningún resultado contradictorio, sino sólo resultados mutuamente complementarios, los cuales se combinan para formar un todo indivisible que puede ser experimentado como un estado de armonía.

De ahí que la comprensión de que hay un solo Dios, tan sólo es un pequeño paso hacia delante. No habremos obtenido el verdadero monoteísmo hasta que conozcamos a este Dios como realmente es, y no sólo como en nuestra ignorancia, imaginamos que es. Muchos afirman que creen en un solo Dios, pero a la pregunta ¿Qué es Dios?, dan las más variadas y contradictorias respuestas. Dios es considerado como una persona o un espíritu; como una inteligencia creativa inescrutable o como el desconocido; como el amoroso Padre o como el juez vengador. Para muchos, Dios está “arriba”, para otros, Él está “en las profundidades del ser”, y no para pocos, si cuando se les preguntara qué entienden por Dios, contestarían con un honesto: No lo sé. Más aún, la visión de la gente acerca de Dios, está propensa a cambiar durante el curso de la experiencia humana. En tanto aceptemos tan vagas y constantemente cambiantes nociones, no tendremos monoteísmo alguno.

*Definición divina.* El único Dios, como está representado en la Biblia, no es lo que nosotros imaginamos que es. Él es lo que Él es. Y lo que Él es, está definido más plenamente por medio de la propia revelación de Dios. La palabra “Dios”, por sí misma, sin ninguna explicación más detallada, es simplemente una palabra más, de cuatro letras, a la que pueden aplicarse los significados más divergentes. Como las palabras “el Señor”, “el Uno”, “el Infinito”, etc., “Dios” es un concepto vacío que no puede proporcionar ni la naturaleza, ni la esencia, ni la totalidad de la Deidad. La palabra “Dios” no da ninguna indicación de si este Dios es bueno, malo, o ambas cosas; tampoco de si es espiritual, material, o ambas cosas; ni si es una persona, impersonal, o ambas cosas; o de si imparte sólo salud, santidad y vida eterna, o si también manda enfermedad, pecado y muerte.

La palabra “Dios” por lo tanto, debe ser definida, y en forma tal, que el significado del único Dios sea tan rotundo, que excluya todo malentendido, y al mismo tiempo sea tan absoluto, que exprese todos los aspectos esenciales de Dios. Tal definición no puede ser concebida personal o humanamente—tiene que ser divina.

*Dios no puede ser definido como un todo.* El tema de Dios es infinito. La pregunta que surge inmediatamente es si uno no limita al Ser infinito, al tratar de expresarlo con una definición corta e inequívoca. “Ni la misma eternidad puede revelar la plenitud de Dios, puesto que no existe límite para la infinitud o para sus reflejos” (C&S 517:22–24), dice Mary Baker

Eddy en su Libro de Texto, y es igualmente enfática en su declaración de que Dios es “indefinible en conjunto” (C&S 213:12).

*El principio de todo debe ser comprendido.* Sin embargo no es necesario definir a Dios como un todo. Para dar el verdadero concepto de Dios, basta con explicar la naturaleza, esencia y operación de Dios. En aritmética, se utiliza un método similar. Nadie, queriendo progresar en aritmética, trataría de obtener el todo del tema, aprendiendo de corazón cuantos cálculos fueran posibles. Más bien hallaría cuáles son los elementos de la aritmética, así como las leyes por las cuales éstos se combinan. En otras palabras, el sistema de la aritmética tiene que ser explicado, y por medio de eso, llega uno a una comprensión total del tema. Dicho procedimiento es científico.

*Análisis del concepto Dios.* De la misma manera la esencia total de Dios puede ser comprendida por medio del análisis de Su naturaleza fundamental y método de operación. Esto se ejemplifica mejor con un ejemplo de la experiencia común. Supongamos que estamos platicando no acerca de Dios, sino del Sr. Pérez. Algunas personas no lo conocen, otras no están seguras si lo conocen o no, en tanto que otras piensan que lo conocen pero lo están confundiendo con otro Sr. Pérez. También en este caso utilizamos el análisis. Describimos a este Sr. Pérez mencionando su trabajo, sus responsabilidades, su vida particular: está casado, tiene tres hijos, administra un banco, es un prominente rotario, tesorero del club de golf; por ejemplo, enfatizamos que no se trata del Sr. Pérez originario de tal lugar, sino del propietario de la bella residencia en aquel otro lugar, el mismo Sr. Pérez que uno encuentra los sábados en el club de golf, etc. Cuantos más detalles añadamos al describir sus actividades y características, tanto más emerge su identidad. Los que no lo conocían antes, al fin saben quién es el Sr. Pérez; aquéllos que estaban confundiendo con otro, ahora lo identifican correctamente. De ahora en adelante, cuando se hable del Sr. Pérez, todo mundo al escuchar su nombre, pensará en el mismo hombre. Ya no hay más dudas acerca de su identidad.

La Biblia hace lo mismo en relación con Dios. El primer versículo presenta a la divina Persona Dios, en Su universalidad: “En el principio creó Dios los cielos y la tierra” (Gén. 1:1.) La totalidad de Dios ya está establecida en este primer versículo. Si este fuera el único objetivo de la Biblia, bien podría terminar al final del primer versículo. Mas entonces no nos habría dado el concepto exacto de Dios; cada uno de nosotros podría formarse su propia opinión acerca de la naturaleza y esencia de este Dios. Sería como hablar del Sr. Pérez en el ejemplo anterior, sin haber excluido primero, por medio de una mayor caracterización detallada, todas las posibles equivocaciones y todas las incertidumbres acerca de cuál Sr. Pérez hablamos.

Sin embargo la Biblia continúa dando la propia declaración de Dios. La creación de los cielos y la tierra, declarada en el primer versículo en su totalidad, es luego analizada más en detalle (en los primeros versículos del primer recuento de la creación), en sus siete estados—los siete días de la creación. (Véase Gén. 1:3–2:3) Por eso Dios no permanece para nosotros sólo como un vago concepto, sino se vuelve el nombre para la naturaleza de Dios, analizado en sus siete aspectos y concretamente definido. El cómo estos siete días de la creación presentan el tema de Dios en todo detalle, no puede ser tratado aquí;<sup>4</sup> para comenzar sólo es importante ver que la Biblia utiliza también el método de análisis.

Que el análisis de los diferentes aspectos nos conduzca inevitablemente a una comprensión más clara del todo, sólo puede ser demostrado con otro ejemplo: Cuando

---

<sup>4</sup>Respecto al tema de los días de la creación, véase: John W. Doorly, *Talks on the Science of the Bible, Vol. 1* y Max Kappeler, *References in the booklets Compendium for the study of Christian Science, No. 2, “The Seven Days of Creation”* [Pláticas Sobre la Ciencia de la Biblia, Vol. 1 y Recopilación para el Estudio de la Ciencia Cristiana, No. 2—Los Siete Días de la Creación, disponibles sólo en inglés].

analizamos la luz blanca pasando a través de un prisma, la luz blanca se dispersa en los siete colores del espectro. De igual manera, si pintamos un disco con segmentos iguales coloreados con los siete colores del espectro y lo giramos lo suficientemente rápido, ya no veremos los siete colores separados, sino de nuevo sólo el blanco. Por lo tanto, el blanco no es un color en sí mismo, sino un nombre colectivo para los siete colores diferentes del espectro. Así que para hallar lo que es el blanco, debemos investigar los siete colores de los cuales está compuesto el blanco. De igual manera, “Dios” es sólo el nombre colectivo para los siete aspectos fundamentales de la naturaleza del Ser divino. La Biblia explica a Dios como un todo, al definir estos siete aspectos detalladamente.

### **Definición por medio de los siete sinónimos para Dios**

*¿Qué es Dios?* En el capítulo “Recapitulación” de su Libro de Texto, Mary Baker Eddy nos da una nueva respuesta a la antigua pregunta: ¿Qué es Dios? Dice así: “Dios es Mente, Espíritu, Alma, Principio, Vida, Verdad, Amor, incorpóreo, divino, supremo, infinito” (C&S 465:10–12). En esta definición ella sigue el primer recuento de la creación en Génesis, pues también define el único término “Dios” en forma analítica, por medio de otras siete palabras (que corresponden a los siete días de la creación en el recuento Bíblico). De esta manera, pensando de nuevo en nuestro ejemplo del color blanco, ella, por decirlo así, pasa el nombre colectivo “Dios” a través del prisma del análisis científico y obtiene los siete “tonos de color” básicos que en conjunto forman el concepto de “Dios”.

*Los siete sinónimos para Dios.* Todas las siete palabras, Mente, Espíritu, Alma, Principio, Vida, Verdad, Amor, comparten una característica particular, es decir, son sinónimas. ¿Exactamente qué es lo que uno quiere decir por sinónimos o palabras de significado similar? En el Diccionario Funk and Wagnalls, hallamos esta definición: “Por palabras sinónimas se entiende comúnmente que son palabras que coinciden o casi coinciden en cierto grado en su significado, y por tanto pueden ser usadas, dentro de ciertos límites, en forma intercambiada, en tanto que fuera de esos límites pudieran diferir grandemente en uso y significado... Considerar a las palabras *sinónimas, idénticas*, es fatal para su precisión”. ¿Entonces, cuáles son los límites dentro de los cuales los términos Mente, Espíritu, Alma, Principio, Vida, Verdad y Amor coinciden en su significado, o dicho de otro modo, respecto de cuál concepto común pueden ser utilizadas como intercambiables? Mary Baker Eddy da la respuesta en su réplica a la pregunta: “¿Son sinónimos esos términos?” (C&S 465:13) cuando declara: “Lo son. Se refieren a un Dios único y absoluto” (C&S 465:14,15). ¿Qué significa esto? Significa que estos siete sinónimos tienen una característica común cuando se refieren a Dios, es decir, pueden utilizarse en lugar de la palabra “Dios”; cada uno de los siete sinónimos puede significar Dios, y podemos utilizar Mente, Espíritu, Alma, Principio, Vida, Verdad o Amor en forma intercambiable para significar Dios.

Aunque cada sinónimo implica todos los demás, eso no quiere decir que sean idénticos en significado. El Diccionario Webster añade a su definición de la palabra “sinónimo” el siguiente comentario: “Un análisis completo de los *sinónimos* mostraría en la mayoría de los casos, que las palabras verdaderamente tienen marcadas diferencias de significado...”. Todos los sinónimos para Dios caracterizan a Dios, esto es lo que tienen en común; pero cada uno caracteriza a Dios en su propia, única y no intercambiable manera, y en este sentido difieren unos de otros. Esta es la diferencia que constituye el punto principal, al sustituir con siete palabras, la única palabra “Dios”. Estos siete términos explican la naturaleza y esencia de Dios, al enfatizar cada uno, una característica divina particular de Dios. De ahí que los siete sinónimos para Dios acentúan diferentes aspectos fundamentales de Dios. Mente, por lo tanto, dice algo diferente de Espíritu



acerca de Dios. Alma enfatiza aspectos diferentes de Dios, de los que Principio implica. De nuevo, cuando decimos que Dios es Vida, estamos señalando características diferentes de la Deidad, que cuando hablamos de Dios como Verdad o como Amor, y aun así todos se refieren al único y mismo Dios.

Dado que cada uno de estos siete sinónimos significa la totalidad de Dios, cada uno incluye dentro de sí mismo a todos los otros seis. Así que cuando por ejemplo, sustituimos Mente por Dios, esto no significa que todos los aspectos divinos que caracterizan a Espíritu, Alma, etc., no estén comprendidos dentro del término Mente. Más bien indicamos con Mente, la totalidad de Dios, pero con énfasis en el aspecto especial que Dios posee como Mente, distinto del que posee Dios como Espíritu o Alma, etc. Naturalmente lo mismo es cierto para los otros sinónimos: para Espíritu, Alma, Principio, Vida, Verdad y Amor. Cada sinónimo para Dios debe por tanto, ser entendido por medio de sus divinas cualidades específicas o ideas que lo caracterizan.

*Los sinónimos deben estar específicamente caracterizados.* Al sustituir por los siete sinónimos el simple término “Dios” es posible obtener un concepto exacto, una comprensión científica y analítica de Dios. Esto presupone naturalmente que los siete sinónimos para Dios deban estar definidos y caracterizados con exactitud, de otra manera todo mundo sería capaz, de nuevo, de admitir su propia visión personal acerca de Dios como Mente, de Dios como Espíritu, como Alma, como Principio, como Vida, como Verdad y como Amor. Al determinar las características de cada sinónimo para Dios, debemos incluir sólo aquello que también es característico para Dios Mismo, es decir, nada que sea humano. También, dado que todos estos siete sinónimos representan a Dios en Sus siete diferentes aspectos fundamentales, difieren en su significado unos de otros. De ahí que al decir por ejemplo, Mente, comprendamos básicamente aquello que distingue este sinónimo de todos los demás sinónimos para Dios.

Este punto también puede ser visto con mayor claridad en el ejemplo del espectro. No sólo la luz blanca se dispersa en siete colores diferentes, sino más aún, los colores del espectro constituyen los colores primarios; cada uno de ellos está compuesto de infinitos tonos y matices. Por ejemplo, no hay un solo azul, sino muchos tonos de azul. Del mismo modo, el término “Mente” incluye muchos matices o tonos; tan sólo es un término colectivo que abarca infinitas ideas; lo mismo sucede con Espíritu, Alma, Principio, Vida, Verdad y Amor. Por esto “La Ciencia es el prisma de la Verdad, que difracta sus rayos y presenta los matices de la Deidad” (Ret. 35:14–15). Todas las ideas que caracterizan un sinónimo particular para Dios, constituyen juntas, ese concepto claramente definido o “tono básico” de lo que Mente, Espíritu, Alma, Principio, Vida, Verdad y Amor, específicamente significan. A cambio, esto revela siempre más claramente en qué sentido los sinónimos para Dios no coinciden en significado, es decir, cómo un sinónimo difiere de los otros seis sinónimos para Dios, y cuál aspecto específico de la Deidad está enfatizado, distinguiéndose con ello a sí mismo, de todos los otros sinónimos.

*Estudio de los sinónimos.* Nuestro debate de los cuatro pasos para la solución de problemas, mostró que sólo obtenemos resultados armoniosos cuando comprendemos el Principio del ser, el Dios único del cual la Biblia enseña cómo realmente es Él y no como imaginamos que sea Él. Pero ahora también sabemos cómo obtener este verdadero concepto divino de Dios: captando los siete sinónimos para Dios por medio de las ideas que los caracterizan. Por ello, una de las primeras y más importantes tareas es llegar a familiarizarnos completamente con estas ideas.

En el Libro de Texto los siete sinónimos para Dios están caracterizados por medio de ideas específicas. Así que si queremos investigar las ideas que pertenecen a un sinónimo en particular, debemos estudiar cada oración en el Libro de Texto que contenga dicho sinónimo,

para encontrar cuál característica particular se atribuye al sinónimo en cuestión. Cada uno de estos sinónimos aparece cientos de veces en el Libro de Texto, por lo que al estudiar estos pasajes sistemáticamente, recopilaremos una lista bastante comprensiva de las ideas, cualidades y atributos que caracterizan a cada uno. Sin embargo, para tener éxito en este estudio, necesitamos conocer más acerca del sistema de la Ciencia Cristiana.

Pero primero, para que el lector pueda seguir el tema de este libro con mayor facilidad, podría resultar útil incluir aquí, al menos una visión general del significado de los siete sinónimos para Dios, mostrando en *itálicas* las ideas más importantes que los explican:

**Mente:** Mente es el *creador* de todas las ideas; como creador es la *causa primaria*, por tanto, el *origen* de toda manifestación. Para *manifestar* habilidad creadora, Mente debe ser también *poder* y *fuerza*, los cuales se expresan a sí mismos como *toda acción*. Esta *voluntad divina* para manifestarse a sí misma procede de la *inteligencia total* de la Mente divina como *ley* que *conduce* y *guía* todo *sabiamente*. La única Mente divina *controla todo* y por lo tanto aparece en el nivel humano como verdadera *medicina* en acción en toda situación para *sanar*, *salvar* y *mantener*.

**Espíritu:** Espíritu es lo *único*; no conoce el dualismo ni reconoce nada aparte de sí mismo. Por lo tanto, Espíritu, y lo *espiritual*, es la única *realidad*, y por ello la única *sustancia*. Dado que nada que pretenda ser lo contrario al Espíritu puede existir aparte del Espíritu, el Espíritu se expresa siempre a sí mismo sólo en su propia *semejanza*; nada de naturaleza ajena puede por tanto oponerse al *despliegue* y *desarrollo*, por lo que, de acuerdo al *orden* divino, lo semejante siempre *da a luz* a lo semejante y produce lo semejante. Así esa creación divina es un *reflejo* divino del Espíritu.

**Alma:** Dios, Alma, es *inmortal*, *inmutable*. Como Alma *jamás puede estar “dentro” de algo*, es *ilimitada* y por tanto *“incorpórea”*; consecuentemente jamás puede perder su *identidad*, sino la preserva constantemente. Las *identidades* del ser permanecen como son. Sólo el *sentido del Alma*, es decir, el *sentido espiritual* o la *comprensión espiritual*, puede *dar testimonio verdadero*, y puede *nombrar* y *definir* todo correctamente. Dado que el Alma es el único *Ego* verdadero, el hombre, como idea del Alma, es *impersonal*. El Alma jamás ve al hombre como un cuerpo mortal, sino lo identifica siempre como incorpóreo, ilimitado, y con ello le otorga *libertad*, *gozo* y *felicidad*.

**Principio:** Mente, Espíritu y Alma constituyen el Principio *trino*. Este Principio es el Principio de todas las *ciencias*, y *gobierna absoluta* y *autoritariamente*. El Principio se *interpreta* a sí mismo por medio del *sistema de ideas* divino y se *demuestra* o *prueba* a sí mismo como el poder *que resuelve problemas*, como el poder *omniactivo*, el cual sólo produce siempre *armonía*. *Gobernada* por este Principio, cada idea está en *relación* armoniosa con todas las demás ideas; todas están unidas dentro de esta gran *unidad*.

**Vida:** Dios, Vida, es *eterno*, *constante*, *inmortal*, *sin principio ni fin*. La Vida *es*; *existe fuera de sí misma* y *se sostiene* a sí misma. La Vida siempre *provee* como un *Padre* divino, de la *abundancia* del ser, y trae *perpetua novedad* y *multiplicación* de Vida a la *existencia* como *individualidad* infinita. Por tanto, Vida es *indestructible* y *omnipresente*.

**Verdad:** Verdad sabe sólo la verdad de todo; es la *conciencia* divina de aquello que es real. Las *facultades* del ser *jamás son autocontradictorias*; son *innegables*, y *se cumplen a sí mismas*. Son *victoriosas* sobre toda clase de falsedad. La *potencia* de la Verdad trae *dominio* y dondequiera se levanta el *estándar* del divino *ideal*. Nada puede oponérsele. Puesto que en la Verdad no hay error, la Verdad expresa siempre *totalidad* y *salud*, siempre la *forma* completa o

*gestalt* de todo. De ahí que la Verdad se vuelve el *Salvador*, el *Cristo*, o *sanador* de todo problema erróneo; es el *Hijo de Dios* viniendo a esta época.

**Amor:** Amor no ve error alguno; contempla todo como la *Madre* divina y se manifiesta en *perfección y totalidad*. El plan divino está consumado en el Amor que *todo lo abarca*, en el cual *la gloria y santidad* del universo de ideas halla *cumplimiento* en perfecto *descanso* y en perfecta *paz*. El Amor jamás está sin su expresión completa. Por lo tanto, no conoce de enemigos, acusadores, temor o envidia.

Este pequeño resumen puede ser suficiente para mostrar que estas ideas no son conceptos aislados reunidos arbitrariamente juntos bajo el nombre colectivo de un sinónimo particular para Dios. Cualquiera que ha comenzado a *comprenderlos espiritualmente* se da cuenta que, por el contrario, están íntimamente relacionados unos con otros y deben considerarse juntos para transmitir el significado completo del sinónimo en cuestión. También las ideas que caracterizan un sinónimo para Dios, están íntimamente relacionadas en significado con las ideas que caracterizan al sinónimo siguiente, para que el orden divino pueda ser discernido en la abundancia infinita de ideas. Éstas y otras cuestiones importantes relacionadas con los sinónimos, no pueden sin embargo, tratarse más profundamente aquí. Para un estudio posterior del tema, el lector debiera consultar la “Recopilación” donde todos los sinónimos para Dios son explicados en detalle.<sup>5</sup>

El Verbo de Dios o la autorrevelación de Dios nos da el verdadero concepto de Dios que necesitamos. Pero, ¿cómo podemos captar al infinito Uno?

1. La Ciencia Cristiana define a Dios por medio de siete sinónimos, los cuales revelan al único Dios infinito en Sus siete diferentes aspectos fundamentales.
2. Cada uno de esos siete sinónimos puede ser definido por medio de ideas específicas. Un conocimiento de tales ideas conduce a una comprensión más y más exacta de lo que cada uno de estos siete sinónimos significa. De esta manera el término “Dios”, indefinido o vacío, es reemplazado; el Dios desconocido se vuelve el Dios conocido para nosotros. Entonces, así como tenemos un solo Dios, así también tenemos un solo concepto de Él. Este es el monoteísmo que la Biblia demanda y el cual el Libro de Texto declara a la época moderna en un simbolismo más abstracto.

## La enseñanza por medio de símbolos

*Definición por medio de símbolos.* “La enseñanza espiritual tiene que hacerse siempre por símbolos” (C&S 575:13–14). Los hechos espirituales sólo pueden ser presentados a la comprensión humana por medio de señales y símbolos. La clase de símbolo utilizado para elucidar hechos espirituales, puede variar y también cambiar con el paso del tiempo. El símbolo no es una realidad en sí mismo, sino sólo indica la realidad en forma tal que pueda ser comprendida. La Biblia, por ejemplo, ilustra la autorrevelación fundamental de la naturaleza de Dios por medio del simbolismo de los siete días de la creación; en tanto que hoy en día la misma naturaleza del ser divino puede ser simbolizada por medio de los siete sinónimos para Dios. Pero esto no cambia en ningún sentido el mensaje divino. Este hecho era claro para ese misionero de

---

<sup>5</sup> Max Kappeler, *References in the booklets Compendium for the Study of Christian Science, Nos. 4–10* [Recopilación para el Estudio de la Ciencia Cristiana, Nos. 4–10, disponible sólo en inglés].

Peggy M. Brook, *A Study of the Fundamentals of Christian Science* [Estudio de los Fundamentos de la Ciencia Cristiana, disponible sólo en inglés].

los esquimales, quien tradujo el “He aquí el Cordero de Dios” (Juan 1:29), como “He aquí la pequeña foca de Dios”, porque para un esquimal, la foca tipifica todo lo que es inocente, pacífico y amable.

*Desde el simbolismo Bíblico hasta el simbolismo metafísico del siglo veinte.* El simbolismo Bíblico fue especialmente adecuado para el pueblo de Israel y su entorno. También lo fue para mantener su visión del universo común de aquella época. Los escritores Bíblicos utilizaron cosas más concretas o fenómenos naturales para simbolizar su mensaje espiritual, tales como: cielos, tierra, luna, estrellas, agua, piedras, montañas, semillas, árboles y animales (tales como el cordero, el león, el lobo y el oso). Y adicionalmente utilizaron la política, la propia historia de su nación y la guerra, así como también sus fábulas, leyendas y mitos.

También utilizaron números para simbolizar hechos espirituales. El número 7 aparece con mayor frecuencia como un símbolo de perfección, porque la naturaleza total del ser puede ser reducida a siete elementos básicos, tal como todos los números en la aritmética pueden ser reducidos a diez dígitos. Otros números aparecen también con frecuencia (especialmente el 1, 3, 4, 10 y 12). Pero esto no implica una numerología oculta. Porque en tanto que la numerología atribuye poderes mágicos a los propios números, los números utilizados en la Biblia están ahí sólo como signos con los cuales un hecho o evento divinos puede ser explicado por medio de símbolos.

El lenguaje con el cual tratamos de comunicar hechos espirituales es en gran parte metafísico. Ya no utiliza más objetos concretos como muchos de los escritores Bíblicos tuvieron que hacerlo para ser entendidos. El simbolismo abstracto de hoy en día está mejor adaptado para proporcionar un sentido más exacto de los hechos del ser; en realidad esto hace posible, por vez primera, el formular una definición científica para Dios, la cual es apropiada para el pensamiento del siglo veinte. El simbolismo Bíblico que expresó la noción de “Dios” por medio de los siete días de la creación, fue trasladado por Mary Baker Eddy hacia un simbolismo más inteligible para la época presente. La definición de Dios por medio de los siete sinónimos hace más sencillo para el pensamiento moderno, el captar el verdadero concepto de Dios.

*El uso de mayúsculas en el Libro de Texto.* Los siete sinónimos *Mente, Espíritu, Alma, Principio, Vida, Verdad y Amor* son fundamentales para el sistema de la Ciencia Cristiana. Esto es evidente por la forma especial en que están escritos en el Libro de Texto.<sup>6</sup> Las siete palabras que, como hemos visto, pueden ser utilizadas en lugar de la palabra “Dios”, siempre están escritas en mayúsculas cuando están siendo usadas como sinónimos para Dios. Pero todas las siete palabras también aparecen en su significado humano generalmente aceptado, y en estos casos aparecen escritas en minúsculas. Así hallamos por ejemplo, la forma “mente” tanto como la de “Mente”. “Mente” con “m” minúscula denota la mente humana, mortal, enferma o pecadora; no representa a Dios y por tanto no se escribe con mayúsculas. Lo mismo aplica para todos los siete sinónimos. Por tanto:

- Escribimos “Mente” cuando nos referimos a Dios, pero “mente” cuando hablamos humanamente de una mente bien equilibrada o perturbada, enferma o satisfecha, etc.
- Escribimos “Espíritu” cuando nos referimos a Dios, pero “espíritu” cuando hablamos de las diferentes clases de espíritus, tales como el espíritu de discernimiento, el espíritu valeroso, el espíritu maligno, etc.

---

<sup>6</sup> Véase el Artículo de Mary Baker Eddy “*Uso de Mayúsculas*” en *Miscellany*, pág. 225:7.

- Escribimos “Alma” cuando nos referimos a Dios, pero “alma” cuando hablamos de un alma buena, de un alma gentil, de un alma humana o pecadora, etc.
- Escribimos “Principio” cuando nos referimos a Dios, pero “principio” cuando hablamos del principio de la física, los principios morales, los principios legales o económicos, o cualquier otro principio humano.
- Escribimos “Vida” cuando nos referimos a Dios, pero “vida” cuando hablamos de la vida orgánica, embrionaria, física o humana.
- Escribimos “Verdad” cuando nos referimos a Dios, pero “verdad” cuando hablamos de una verdad específica, en contraste con la Verdad absoluta, la cual es Dios.
- Escribimos “Amor” cuando nos referimos a Dios, pero “amor” cuando hablamos del amor humano, sexual, personal o del amor egoísta, o de cualquier sentido humano de amor, por más bueno que sea, si no puede equipararse con el Dios único.

Cualquiera de los sinónimos para Dios siempre representa la totalidad de Dios; denota cualidad o cantidad divinas. Por otro lado, los simples atributos o ideas divinas tales como el altruismo, el amor, la vida exaltada, el reconocimiento de una verdad, etc., tienen la misma cualidad divina, mas no la misma cantidad; de hecho son divinos, pero no son Dios. Debido a que estos términos no son sinónimos para Dios, no se escriben con mayúsculas. Podemos leer perfectamente bien sobre la vida de la Vida, sobre la verdad de la Verdad o sobre el amor del Amor, sin ningún sentido de contradicción.

## Capítulo 3

### El Cristo

El segundo lado de la Santa Ciudad, el Cristo, corresponde como hemos visto, al segundo paso para la solución de nuestros problemas. Aquí es donde nos sometemos al Verbo de Dios, para que el Principio pueda aparecer para nosotros como un poder para ayudar y salvar, como el Cristo. Este segundo paso o segundo gran factor principal del Ser, consiste por lo tanto de dos aspectos complementarios: primero, la necesidad de someternos incondicionalmente al Verbo de Dios; y segundo, el resultado que surge de esto, es decir, que experimentemos la ayuda del poder redentor del Verbo, como armonía. Por un lado tiene que ver con la actitud del hombre hacia Dios, y por otro lado con la operación de Dios como el poder redentor. Nuestra actitud-Cristo—obedeciendo incuestionablemente al Verbo de Dios y confiando implícitamente en él—nos capacita para experimentar el poder salvador de Dios como nuestro propio Salvador.

Lo que implica esta actitud-Cristo, y los medios por los cuales podemos cultivarla en nosotros, será tratado por completo más tarde (Capítulo 7, La actitud-Cristo, pág. 63). Pero primero consideremos al Cristo en su poder salvador.

#### La idea-Cristo

Al estudiar la definición de Dios por medio de los siete sinónimos, vimos que la naturaleza divina sólo incluye el reino de la perfección espiritual, de la que es excluida todo lo mortal e imperfecto. Por tanto, al hablar del Cristo como el poder salvador y sanador, debemos estar conscientes que es sólo el hombre quien experimenta esta acción-Cristo como redención, porque Dios Mismo, la perfección del ser, no requiere de Redentor. Por lo tanto, visto desde el enfoque de la realidad divina, el Cristo no tiene el significado limitado de un poder salvador, sino representa el poder fundamental de Dios y la voluntad de expresarse a Sí mismo. En tanto que el Verbo de Dios presenta la naturaleza y esencia de Dios, el Cristo enfatiza ese aspecto del Ser divino que da expresión a la naturaleza y esencia de Dios. Dios no es sólo un Principio divino autoexistente, sino también el Ser que se expresa a sí mismo. Sin expresión propia, Dios, el creador, estaría sin creación; por lo tanto, no habría creador, y de ahí, una inexpressión. Cristo es el poder inherente de Dios operando eternamente para expresarse a Sí mismo, por medio del cual la eterna novedad de la creación se manifiesta perpetuamente.

¿De qué manera se manifiesta Dios a Sí mismo? A través de Su idea infinita; Dios cuenta con una expresión infinita. Porque Él no sólo es Él mismo, sino que también tiene una idea infinita, es decir, un designio enorme, un propósito que todo lo abarca, conteniendo dentro de Sí mismo tanto la voluntad como el cumplimiento. Este poder dirigido hacia la meta está siempre en operación para establecer y realizar la perfección divina ilimitada dondequiera y en todo momento. Es la idea-Cristo, la cual obedece irresistiblemente el plan de Dios y lo cumple por completo. En la realidad del ser divino este plan de auto cumplimiento constante es la autorrealización o la propia expresión de la naturaleza de Dios; y en el reino humano, es experimentado como redención<sup>7</sup>.

---

<sup>7</sup> A este respecto, véase: *The Christ-idea* [*La Idea-Cristo*, disponible sólo en inglés], de Max Kappeler.

## El poder redentor del Cristo

*El Cristo transforma.* ¿Cómo opera este poder redentor? Por medio de la transformación. Pablo explica este proceso: “De modo que si alguno está en Cristo, nueva criatura es; las cosas viejas pasaron; he aquí todas son hechas nuevas” (2 Cor. 5:17). En otras palabras, tan pronto como cumplimos con el requisito de someternos total y humildemente al Verbo de Dios, los viejos y erróneos conceptos desaparecen y nos volvemos nuevos, criaturas redimidas. Tras este proceso de cambio yace un gran poder en acción, pero no hay nada misterioso o inexplicable acerca de ello. Opera de acuerdo a la ley general, la cual mantiene el bien en todo campo; por ejemplo la vemos operando bastante naturalmente en cada estudiante de aritmética. ¿Cómo puede alguien que no sabe nada de aritmética, convertirse en un buen aritmético? Volviéndose al principio de la aritmética y aprendiendo sus reglas, y de esta manera deponiendo sus propias falsas nociones acerca de los problemas matemáticos. Entonces está mentalmente unido a las reglas que conducen a la solución de estos problemas. Entonces “las cosas viejas” (su ignorancia) pasa, y se vuelve “nueva criatura” (un buen matemático). Por lo tanto este método efectivo de transformación del Cristo no es ya más un poder misterioso, sino un proceso científicamente explicable. Y debido a que podemos comprender el modo natural y fundamentalmente simple con el cual opera la acción-Cristo, nuestro asombro ante tal poder de resolución universalmente disponible, se incrementa.

## La traslación del Cristo

*Las dos fases de la traslación del Cristo.* La acción-Cristo descansa en el hecho de que Dios es todo poderoso, no sólo en el reino de la Verdad, sino también en el de las creencias; que Su poder es absoluto, no sólo en la esfera espiritual, sino también en la material; no sólo en lo divino, sino también en lo humano; no sólo en lo absoluto, sino también enfocado desde el punto de vista relativo. Por eso es que Jesús pudo orar: “Hágase tu voluntad, como en el cielo, así también en la tierra” (Mat. 6:10). Dios tiene un Cristo, el cual significa que lo divino siempre lleva en sí mismo la habilidad de trasladarse a sí mismo hacia lo humano. ¿Cómo sucede esto?

Al mostrarnos la “traducción científica de la Mente inmortal” y la “traducción científica de la mente mortal” (C&S 115–116), el Libro de Texto nos da una visión del proceso espiritual que tiene lugar dentro de la operación del Cristo. Es como si pudiéramos seguir en cámara lenta las leyes tras el poder redentor de Dios en acción. La traslación del Cristo continúa simultáneamente en dos direcciones. Primero, traslada la Mente divina, Dios, al hombre, al punto donde puede ser comprendida por medio de las ideas divinas; segundo, por tanto traslada simultáneamente toda creencia falsa y todo lo desemejante a la Mente inmortal, de retorno a la Mente divina y de esta forma intercambia todas las ilusiones, por ideas.

“*La traducción científica de la Mente inmortal*” comienza con Dios. Lo que importa ahora no es lo que Dios es (el Verbo), sino en qué forma opera y Se traslada a Sí mismo al hombre (el Cristo). Por eso en la primera traslación de la Mente inmortal, Dios se traslada a Sí mismo al hombre—como Principio divino, Vida, Verdad, Amor, Alma, Espíritu, Mente<sup>8</sup>—y Lo hace por medio de ideas.

---

<sup>8</sup> Aquí los siete sinónimos para Dios llevan a cabo una función completamente diferente y por tanto, no aparecen en el mismo orden que cuando son usados para definir la naturaleza de Dios. Véase *The Four Levels of Spiritual Consciousness* [Los Cuatro Niveles de Conciencia Espiritual, próximamente en español], de Max Kappeler, págs. 187–192.

“*La traducción científica de la mente mortal*” explica entonces el proceso que actúa en lo humano cuando estas ideas son aceptadas y comprendidas dentro de la conciencia. En tanto que la primera traslación muestra un orden descendente de Dios al hombre, la segunda traslación muestra el orden ascendente de lo mortal hacia lo divino.

*Los tres grados.* Esta traslación de lo mortal hacia lo divino tiene lugar en tres estados por medio de tres grados. *El primer grado* es llamado “Depravación” y comprende las creencias de “irrealidad”, que constituyen la visión “física” de las cosas. La lista continúa: “Creencias malas, pasiones y apetitos, temor, voluntad depravada, justificación propia, orgullo, envidia, engaño, odio, venganza, pecado, enfermedad, malestar, muerte” (C&S 115:21–24).

*El segundo grado.* Cuando la luz de la conciencia-Cristo penetra la oscuridad del primer grado, la oscuridad se desvanece y lo divino comienza a alborear en la conciencia humana, leudándola. Este es el paso de transición del segundo grado llamado “Las creencias malas en vías de desaparecer”, cuando la “depravación” de lo “físico” da lugar al estado “moral”. Aquí hallamos las “cualidades de transición”, es decir: “Humanidad, honradez, afecto, compasión, esperanza, fe, mansedumbre, templanza” (C&S 115: 27–28). Con estas cualidades, lo humano ha ganado un estado moral, pero aún así no ha alcanzado lo espiritual o divino.

*El tercer grado.* Es hasta el tercer grado, llamado “Comprensión”, que alcanzamos la “realidad”, la cual es totalmente “espiritual”. Aquí la comprensión se mueve en el reino de las ideas divinas: “Sabiduría, pureza, comprensión espiritual, poder espiritual, amor, salud, santidad. En el tercer grado la mente mortal desaparece, y aparece el hombre a imagen de Dios” (C&S 116:1–5). Entonces la conciencia está totalmente libre de toda creencia material y humana, y llena sólo con las ideas de Dios.

*El proceso de traslación.* Esta traslación muestra cómo las ideas divinas actúan en lo humano sobre el primer grado de “depravación”. Ilustra cómo las ideas divinas de la realidad espiritual operan en el nivel físico y mortal, llamado “irrealidad”. Esta segunda traslación muestra que las ideas, al darnos un verdadero concepto de Dios, nos hacen conscientes con mayor claridad, que las creencias malas del primer grado deben ser consideradas como irreales. En proporción al descenso de esta comprensión sobre nosotros, el concepto falso cambia, y en el lugar de las creencias físicas aparecen aquellas cualidades morales que caracterizan el segundo grado. Este proceso de transformación continúa hasta que todas las creencias han desaparecido y el tercer grado de “comprensión” es alcanzado. Entonces “aparece el hombre a imagen de Dios”—y es redimido.

Esta acción-Cristo—estas dos traslaciones, que necesariamente son establecidas una tras otra en el Libro de Texto—por supuesto que son un solo proceso; en realidad siempre están aconteciendo simultáneamente. Ambas traslaciones van siempre de la mano. En la medida en que dejamos que actúe la primera traslación, la traslación de la Mente inmortal, y aprendemos a conocer a Dios por medio de Sus ideas, nuestra experiencia humana mejora; porque como vimos justo al principio, el poder de solución de problemas, es decir, lo que resuelve todas las cuestiones de la vida, yace en nuestra sumisión al Principio que contiene la solución para todo caso específico. Dios, el Principio divino de todo ser, mantiene dentro de Sí mismo, la solución para todos los problemas humanos. Al trasladarse a Sí mismo para nosotros por medio de la primera traslación—la traslación de la Mente inmortal—y al hacerse a Sí mismo comprensible por medio de sus ideas, nos libera del sueño de la irrealidad y nos guía a la comprensión de Dios (la segunda traslación o la traslación de la mente mortal). El punto de arranque por lo tanto, siempre es la primera traslación; ésta implica la segunda traslación, por medio de la cual el mal



es transformado en bien, y la depravación en perfección. La segunda traslación siempre es el resultado de la primera. ¿Por qué este punto debe ser enfatizado?

Muy a menudo nos esforzamos por mejorar en lo humano tratando de vencer por medio de nuestro propio esfuerzo, todo aquello que nos parece incorrecto. Al hacer esto estamos tratando de “mejorar la creencia material con pensamientos que tiendan a elevarse hacia lo espiritual y destruir así la materialidad”. Esto, sin embargo, no nos lleva a la redención, sino aumenta “la condenación de los mortales” (C&S 545:7–11), como lo señala el Libro de Texto; porque el verdadero poder redentor no yace en los “pensamientos (mortales) que tiendan a elevarse hacia lo espiritual”, sino en la traslación del Cristo. La destrucción de la materialidad, la liberación del reino de la depravación por medio de la segunda traslación, obtiene su irresistible poder transformador sólo de la primera traslación, por medio de la cual Dios llega al hombre en forma de ideas que pueden ser comprendidas. Todo intento de experimentar una existencia más armoniosa debe por lo tanto, comenzar siempre con la primera traslación de la Mente inmortal, es decir, de Dios. La traslación de la mente mortal hacia lo divinamente real, ocurre entonces automáticamente en la medida en que permitimos que la primera traslación tenga lugar en nuestra conciencia.

*Los tres grados en la Biblia.* Este proceso redentor implica tres estados, explicados en el Libro de Texto por medio de los tres grados. De igual manera la Biblia siempre describe la acción de la traslación del Cristo en tres estados.

En la Biblia el hombre mortal es representado por la raza adámica. El propósito principal de la Biblia es mostrar cómo Cristo, la Verdad, siempre está en acción para liberarnos de este sueño Adán. Es Eva, como un capítulo posterior mostrará en más detalle (Capítulo 5, Conciencia mortal, pág. 46), la primera que capta la verdad de que el hombre no está caído; ella analiza al mal como la serpiente, la cual representa la conciencia mortal. Sus tres hijos, *Caín, Abel y Set*, simbolizan los tres estados del camino de salvación, ejemplificados en el Libro de Texto como los tres grados. Caín simboliza el primer grado de lo físico, la depravación. Él es labrador de la tierra y fraticida. Abel es pastor; representa el segundo grado, el estado moral, y testifica las cualidades morales pertenecientes a este segundo grado. Set, el tercer hijo, tipifica el tercer grado, de espiritualidad; él se vuelve a lo divino. En su tiempo “los hombres comenzaron a invocar el nombre de Jehová” (Gén. 4:26).

Pero, ¿cómo es que Caín pudo asesinar a su hermano Abel? ¿Por qué Abel, el representante de un estado mejorado y superior de humanidad, es sometido al primer grado de depravación? O, en otras palabras, ¿por qué nuestra experiencia humana constantemente nos muestra que el hombre moralmente bueno es engañado, inclusive destruido por el hombre completamente malo? La traslación del Cristo da la respuesta. Vimos, al considerar las dos traslaciones, que la verdadera salvación debe venir siempre de la primera traslación, y por lo tanto del reino de las ideas, de la realidad; que el intento de mejorar lo que está mal por medio de cualidades morales, a través de esfuerzo personal, aumenta la condena de los mortales. Todos quienes desde su interior quieren mejorar o aun vencer el mal, parecen estar bajo la misma maldición; porque en lugar de solucionar sus problemas por medio de la comprensión de ideas, trabajan duro para reducir lo que está mal y depravado en el mundo, o corrigiéndolo al expresar ellos mismos buenas cualidades morales. Tal esfuerzo está condenado al fracaso. El verdadero estado moral está en un grado superior al primer grado de depravación, pero aún no tiene el poder redentor del Cristo en él. El segundo grado, el moral, es sólo un estado transitorio, resultante de una comprensión creciente de la realidad espiritual. Pero el poder potencial que pondrá el primer grado de lo físico y el mal, yace solamente en el poder de traslación del

Cristo. Cristo traslada a Dios al hombre al punto donde el hombre puede comprender a Dios por medio de Sus ideas. Entonces podemos irradiar la luz de la comprensión hacia la oscuridad, para que la oscuridad ceda a la luz que alborea, y desaparezca. De ahí que para vencer el mal no debemos confiar en nuestras propias cualidades morales, sino consagrarnos a lo espiritual. Eso es lo que hace Eva, cuando su segundo hijo Abel es asesinado por Caín; cuando lo malo, como a menudo sucede, parece triunfar sobre lo moralmente bueno. Ella reemplaza a Abel por Set, a quien Dios le “sustituyó” (Gén 4:26). Con ello, en el lugar del segundo grado ella coloca el tercer grado de la comprensión, y al hacerlo así, es capaz de preparar el camino para la llegada de la verdadera idea redentora; Noé, Abraham, David y finalmente Jesús, fueron descendientes de la línea de Set.

Esto también responde otra pregunta que ha desconcertado a muchos lectores de la Biblia. ¿Por qué en la Biblia la maldad y la injusticia parecen triunfar tan a menudo? ¿Por qué el mal no es castigado y el bien recompensado? Aquí tocamos un punto clave en la enseñanza Bíblica. La Biblia no pretende ser un manual de ética; no pretende proveer un código moral ni establecer alguna teoría particular de buen comportamiento. Más bien, la Biblia persigue un propósito espiritual: mostrar cómo el hombre puede ser conducido hacia Dios, a lo espiritual. Esta enseñanza espiritual permanece válida para toda época y para toda la humanidad, en tanto que la visión acerca de lo que es moralmente bueno y recto varía de religión a religión, de país a país, y de siglo en siglo. El propósito de la Biblia es traer a todos los hombres hacia lo espiritual; por lo tanto debe presentar esos hechos espirituales que conducen a la salvación, independientemente de la perspectiva moral. Por ello la historia Bíblica de Caín, Abel y Set, ejemplifica la actitud que debemos adoptar cuando también nosotros, como Eva, suframos la experiencia de que nuestro sentido moral y nuestra manera de pensar puedan ser destruidos por lo incorrecto y el mal; enseña que debemos volvernos a lo espiritual, lo cual es lo único que posee dentro de sí mismo el poder de redención.

*Los Jueces*—por tomar otro ejemplo—tuvieron la misma experiencia. Los jueces de Israel no eran jueces legales, sino salvadores en tiempos turbulentos; ellos eran redentores. En los tiempos de los Jueces, “no había rey en Israel; cada uno hacía lo que bien le parecía” (Jue. 17:6). Ahora bien, el Libro de los Jueces enfatiza que ninguna redención puede resultar sobre el dicho de: “Haz el bien y no temas a nadie”. Lo que consideramos como bien, está a menudo muy lejos de ser el bien ante Dios. Así hallamos historias en el Libro de los Jueces que mantienen el mismo patrón. Aunque “cada uno hacía lo que bien *le parecía*”, no era lo correcto desde el punto de vista divino; porque “los hijos de Israel hicieron lo malo ante los ojos de *Jehová*..., y dejaron a *Jehová* el Dios de sus padres” (Jue.2:11, 12). Aunque los hijos de Israel hicieron el bien como lo entendían, tratando de vivir vidas moralmente buenas, Dios los entregó una y otra vez en manos de sus enemigos. Lo bueno de su moral no los ayudó, más de lo que la moralidad de Abel lo ayudó contra su enemigo Caín. Pero tan pronto como los israelitas se hallaban en manos de sus enemigos, recordaban el mandato divino de adorar un solo Dios, y “clamaron los hijos de Israel a *Jehová*” (Jue. 3:9). Ellos vieron que no podían triunfar sobre la poderosa fuerza del primer grado y se volvieron a Dios; y “*Jehová* levantó un libertador a los hijos de Israel y los libró” (Jue. 3:9). “Y el Espíritu de *Jehová*” (Jue. 11:29), (la comprensión del tercer grado), vino sobre este Juez y fue capaz de liberar a los hijos de Israel de las manos de sus enemigos (fuera del primer grado). Después de eso, la tierra tuvo descanso por cuarenta años. Esto significa que el poder redentor de lo espiritual, el tercer grado, trae una condición mejorada y pacífica en lo humano, el segundo grado. La misma historia se repite para cada Juez, mostrando una y otra vez que el segundo grado, el grado moral, siempre cede sobre el primer grado de depravación; que

sólo el tercer grado de comprensión de Dios tiene el poder de conquistar el primer grado y proteger las cualidades del segundo.

### **El poder sanador del Cristo**

Hemos estado estudiando la traslación de Dios al hombre como el poder redentor del Cristo, el cual nos familiariza con el tercer grado de comprensión espiritual que puede liberarnos de las creencias de la existencia mortal. Pero la definición de Dios nos ha mostrado que Dios, el Espíritu, no sabe nada acerca de la materia y no tiene conocimiento de las creencias mortales. De ahí surge la pregunta: ¿Cómo puede Dios, el Espíritu, sanar Su opuesto, del cual no tiene conocimiento? ¿Cómo puede el mundo físico de los mortales ser influido por el bien y ser reformado por medio de lo espiritual? La respuesta es: a través de un cambio de conciencia. Para comprender este proceso de redención de lo mortal a través de un cambio de conciencia, debemos mirar de nuevo hacia los tres grados.

*La jerarquía de espíritu, alma y cuerpo.* Comúnmente se considera al hombre como una unidad hecha de tres elementos igualmente importantes actuando hombro con hombro, consistiendo de cuerpo, alma y espíritu. Debe considerarse el alma como significando la psique humana. De acuerdo a esta concepción, la teología tiene que ver con la esfera espiritual, la psicología con la del alma y la medicina con el aspecto físico o cuerpo. Cuerpo, alma y espíritu pueden ser así considerados como tres realidades de diferente naturaleza, siendo igualmente reales y del mismo valor. La tarea sería entonces armonizar estos tres diferentes elementos unos con otros. Partiendo de esta premisa es imposible explicar cómo una de las tres esferas igualmente válidas, es decir, la espiritual, deba ejercer una influencia dominante sobre las otras dos.

Las tres esferas también están indicadas en la Biblia: “Y el mismo Dios de paz os santifique por completo; y todo vuestro ser, espíritu, alma y cuerpo, sea guardado irreprochable” (1 Tes.5:23). Pero cuando uno mira este versículo a la luz plena del Nuevo Testamento, se hace claro que las tres esferas de cuerpo, alma y espíritu muestran un orden de precedencia definido, o jerarquía, el cual corresponde a los tres grados de lo físico, lo moral y lo espiritual. En esta jerarquía, lo espiritual, el reino de la realidad, es de vital importancia; la psique o la psique humana, está subordinada a lo espiritual; esto significa que la esfera moral (del segundo grado) está gobernada por lo espiritual. En cambio el cuerpo está subordinado a la conciencia humana, la psique, y es influido por ella. La oración de Pablo de que el Dios de paz santifique completamente a los tesalonicenses, significa ese proceso que encontramos en la traslación del Cristo; la conciencia humana, la psique (el segundo grado), se llena más y más con la comprensión espiritual, con lo espiritual (tercer grado), y esto tiene un efecto inevitable sobre el cuerpo (primer grado). Aún la propia medicina otorga considerable importancia al equilibrio psíquico; y lo psicossomático hace especialmente cada vez más claro, que un cuerpo sano depende de una mente sana.

*El poder del Espíritu sobre el cuerpo.* Dios, el Espíritu, que no tiene conocimiento de la materia, ejerce una influencia sanadora sobre el cuerpo, por razón de que el cuerpo enfermo es controlado y restaurado por una conciencia sana, y la conciencia sana, a cambio, es modelada por una comprensión de Dios. Así como la luz jamás hace contacto con la oscuridad, y aun así provoca que ésa desaparezca al momento que brilla, del mismo modo el Espíritu jamás hace contacto con su opuesto, la materia o error, y aun así puede hacer que desaparezcan las discordias de la existencia mortal.

Para comprender correctamente este proceso de curación, se necesitará ir minuciosamente hacia la cuestión de si la materia verdaderamente posee realidad objetiva. Esto será tratado en un capítulo posterior (Capítulo 5, págs. 38–39). Pero en relación con la traslación del Cristo, en este momento necesitamos tan sólo tener claro que el Espíritu y la materia, lo divino y lo mortal, jamás se tocan ni se mezclan, y también que no hay contradicción en el hecho de que lo divino pueda redimir lo mortal sin tener ningún conocimiento de ello.

El Libro de Texto define al Cristo como: “La divina manifestación de Dios, la cual viene a la carne para destruir al error encarnado” (C&S 583:12–13). Cristo viene *a* la carne y no dentro *de* la carne, tal como la luz no entra dentro de la oscuridad, sino tan sólo se acerca a ella y la oscuridad se desvanece.

El hecho de que la Verdad se traslade a sí misma al hombre, es el Cristo o Redentor, para todos los problemas. La propia Verdad no requiere de Redentor; en el reino de la verdad no hay nada que requiera ser redimido o sanado. Pero la conciencia que acepta un concepto falso de la Verdad debe ser liberada de este “error encarnado”. Esto es posible sólo debido a que la Verdad opera dondequiera y en todo momento. Del mismo modo, el principio de la aritmética opera no sólo para aquéllos que son buenos con los dígitos o que conocen las reglas, sino también para aquéllos que no los comprenden adecuadamente. Pero si aquéllos que no son buenos para la aritmética aprenden cómo actúa ésta, tendrán que deponer sus concepciones equivocadas y adquirir la comprensión con la cual resolverán los problemas.

### **El Cristo es irresistible**

*El Cristo viene ya sea a través de sufrimiento o por medio de la Ciencia.* Cuando hacemos la declaración de que el Principio del ser opera como Redentor para todos, jamás debemos olvidar algo muy importante. De hecho el poder redentor del Cristo está siempre actuando, ya sea que lo aceptemos o no, ya sea que lo queramos o no, ya sea que nos sometamos a él o no. Pero en tanto que experimentamos la acción del Cristo como un poder salvador, sanador y consolador cuando conscientemente tenemos la voluntad de someternos a él, esta misma acción del Cristo aparece como conflicto, sufrimiento y pesar en nuestras vidas cuando pretendemos evadirlo o aun oponernos a él. Ocurre lo mismo de nuevo con la aritmética. Cuando voluntariamente aceptamos el principio de la aritmética, entonces se traslada a sí mismo hacia nuestro problema específico y lo soluciona; mas si ponemos resistencia a las reglas correctas de la aritmética, ellas continúan operando del mismo modo, y nuestro propio razonamiento resulta expuesto como falso e impreciso, y esto provoca que suframos y posteriormente dejemos de lado nuestra resistencia o ignorancia. En este caso, primero experimentamos la operación del principio de la aritmética en forma negativa. De igual modo el Principio del ser siempre está en acción, haciéndose cumplir dondequiera por medio de la acción del Cristo. En un caso percibimos este proceso como una experiencia dolorosa; y en el otro caso como el método científico para resolver nuestros problemas, como redención. “Bien aquí o en el más allá, el sufrimiento o la Ciencia tiene que destruir todas las ilusiones con respecto a la vida y la mente y regenerar el sentido y el yo materiales” (C&S 296:6–9).

Esto también responde a la pregunta de lo que les acontece a todos aquéllos que no se vuelven hacia Dios. ¿No se salvan? Ni aun ellos pueden escapar a la salvación divina. Dios tiene un Cristo. Está dentro de la verdadera naturaleza del Cristo manifestar lo divino siempre y en toda circunstancia, haciendo que aquello que es desemejante al Cristo desaparezca. Ninguna resistencia humana puede entorpecer esta energía dinámica autoexpresada del Cristo. Quienquiera que se resista al Cristo no puede excluirse a sí mismo del Ser divino, el cual tiene

siempre dentro de sí, el aspecto salvador del Cristo. Pero en este caso su experiencia humana toma un curso diferente. Como los israelitas en los días de los Jueces, cae en manos de sus enemigos, padece discordias de toda clase, y esta situación lo fuerza a buscar un nuevo principio que lo guíe. Luego, gradualmente comenzará a “clamar al Señor”, es decir, a seguir el Principio de Vida correcto. Y como para los israelitas, también levantará un Salvador en su necesidad, un juez que lo conducirá a la paz.

“*La ira de Jehová*”. Los profetas ya sabían que el poder de traslación del Cristo estaba tras su sufrimiento. Ellos nombraron a este proceso: “La ira de Jehová” (Núm. 12:9). “La ira de Jehová” es ese poder de la divina traslación que no admite nada opuesto, erróneo o malo; que jamás nos permite volvernos hacia otros dioses, ni pensar de ellos como buenos, positivos o de ayuda alguna. Siempre que los hijos de Israel se apartaron de un solo Dios, y buscaron bondad y justicia en fuentes ajenas a este único Dios, “la ira de Jehová” fue evocada por los profetas. Entonces este Dios celoso y vengador erradicaba y destruía todo cuando los israelitas considerabanpreciado, pero al hacerlo así, Él destruía sólo lo falso, sólo aquello que los apartaría de su verdadera salvación universal. De este modo el caprichoso y contumaz Israel es maldecido por la ley de Dios, porque, como leemos en Nahum: “Jehová... se venga de sus adversarios, y guarda enojo para sus enemigos” (Nah.1:2). Los adversarios de Dios siempre significan todas las creencias que se oponen a la naturaleza divina (Mente, Espíritu, Alma, Principio, Vida, Verdad y Amor). Son los enemigos perseguidos por “la ira de Jehová” o el poder salvador del Cristo.

Para el hombre, en su ignorancia, pareciera como si Dios hubiera enviado un desastre. Pero desde el punto de vista de la comprensión, el mismo proceso puede ser visto como una ley de bien rechazando el mal. Cuando la Verdad destruye al error, pudiera parecer para aquéllos que ignorantemente se aferran al error, como si ellos mismos fueran destruidos, pero lo que verdaderamente está aconteciendo siempre, es la autodestrucción del error. “Las manifestaciones del mal, que contrahacen la justicia divina, se llaman en las Escrituras ‘la ira de Jehová’. En realidad, demuestran la autodestrucción del error o materia e indican lo contrario de la materia, la fuerza y permanencia del Espíritu” (C&S 293:26–30). Siempre que alguien experimenta gran infortunio, debiéramos mantener en mente que ningún otro poder puede estar en acción, sino el poder del Cristo, el cual está forzando al pensamiento mortal a deponer sus creencias, hasta que todo error ceda y la Verdad prevalezca.

## **Cristo Jesús**

*Cristo y Jesús no significan lo mismo.* Ahora que hemos estudiado el significado del Cristo como el segundo factor primordial del Ser, estamos más capacitados para comprender lo que el Nuevo Testamento quiere decir con el nombre frecuentemente utilizado de “Cristo Jesús”. Durante siglos esta expresión ha conducido al malentendido de que “Cristo” y “Jesús” aluden ambos a la persona de Jesús de Nazaret, y que ambos términos—“Jesús” y también “Cristo”—pueden utilizarse intercambiándose como un nombre para Jesús. Sin embargo, Cristo y Jesús no son sinónimos, sino que tienen significados completamente diferentes.

“Cristo”, “el Ungido”, es el nombre griego para el título hebreo de “Mesías”. El Diccionario Bíblico Hastings define la palabra como “ungido e investido por Dios por medio de impartirle de Su propio Espíritu, para volverse el Salvador de Su pueblo”. “Cristo” entonces es usado así en la Biblia como un título para aquello que está “ungido e investido por Dios”.

Por otro lado, “Jesús” es un nombre propio que todavía se utiliza, el cual—como todos los demás nombres hebreos—tiene un significado especial, es decir: “Dios ayuda” o “Dios salva”, de ahí el título para Jesús, de: “Salvador”.

En consecuencia, la diferencia es clara: Jesús es el nombre para el humano Jesús de Nazaret; Cristo es el título divino para una determinada actitud mental, la actitud-Cristo, la cual consiste en hacerse uno; uno con la naturaleza divina, y con ello permitir que el poder salvador de Dios surta efecto. Jesús fue un ser corpóreo; Cristo es incorpóreo. Jesús apareció en la carne; Cristo es espiritual. Jesús fue un hombre, y por lo tanto, un humano; Cristo es la idea divina. La existencia humana de Jesús fue breve; el Cristo es eterno. Jesús *fue*; Cristo *es*.

La actitud-Cristo es algo que cualquiera de nosotros tiene el derecho de asumir en cualquier momento; no está reservada para alguna persona en la historia. En la medida en que nos identificamos y nos hacemos uno con la naturaleza de Dios, en que el poder salvador del Principio divino puede expresarse a sí mismo como un poder sanador, ayudador, liberador, tenemos la Mente de Cristo, y también de nosotros podría decirse que tenemos el título divinamente honorario de “Cristo”.

*Jesús el Cristo.* Jesús expresó la naturaleza Cristo en tal grado, que pudo finalmente liberarse de su vida humana y volverse uno con la Vida divina. El propósito de su vida fue resolver esta total unidad de mente con Dios. Él no se identificó a sí mismo con un hombre corpóreo ni tampoco como el hijo de María; más bien, su naturaleza, como “el cordero de Dios”, hizo que llegara a ser el Hijo de Dios. La naturaleza Cristo se volvió cada vez más manifiesta en el hombre Jesús. Por lo tanto, su semejanza con Dios, está más ejemplificada con el nombre “Cristo Jesús”. “Él expresó el modelo más elevado de la divinidad que forma carnal alguna podía expresar en aquella época” (C&S 332:29–31). Jesús está definido en el Glosario como: “El más elevado concepto corpóreo y humano de la idea divina, que reprende y destruye al error y saca a luz la inmortalidad del hombre” (C&S 589:15–17).

## **El Cristo eterno**

*El Cristo, la eterna idea de Dios.* El Cristo debe ser entendido como una verdad omnipresente en el ser divino. Tal como Cristo no vino primero al mundo con el nacimiento del Jesús de Nazaret humano, tampoco abandonó a Jesús en su ascensión. El poder salvador de Dios, el Cristo, es más bien, como leíamos en Hebreos: “el mismo ayer, y hoy, y por los siglos” (Heb.13:8). Así Jesús, quien se identificó tan completamente con este poder salvador, pudo decir de sí mismo: “Antes que Abraham fuese, yo soy” (Juan 8:58); no que su forma corpórea hubiera existido antes que Abraham, sino que la eterna conciencia Cristo, con la cual era uno, sí lo era. Los hombres espiritualmente inspirados desde el principio, tuvieron ocasionales vislumbres de la idea-Cristo. “Abraham, Jacob, Moisés y los profetas captaron gloriosas vislumbres del Mesías o Cristo, que bautizaron a esos videntes con la naturaleza divina, la esencia del Amor” (C&S 333:23–26). Pero Jesús comprendió al Cristo completamente. Después de su ascensión, el poder de iluminación del Cristo se manifestó a sí mismo en el Día de Pentecostés, y luego fue visto por Pablo en el camino a Damasco; unas cuantas décadas después el mismo Cristo hizo que Juan tuviera su visión en la isla de Patmos. La eternidad del Cristo está expresada en el último versículo del Evangelio de Mateo, cuando Jesús dice: “Y he aquí yo estoy con vosotros todos los días, hasta el fin del mundo” (Mat. 28:20).

*Formas infinitas del Cristo.* No sólo la operación del poder del Cristo no está limitada por el tiempo, sino que también se expresa a sí misma en infinitas formas y por medios infinitos. El Cristo se revela a sí mismo en toda época en la forma exacta, y de acuerdo al pensamiento general y a la necesidad especial del momento. No necesariamente llega por medio de una persona como lo hiciera en el caso de Jesús.

El Cristo apareció a Abraham, el padre de la fe, en una época de fábulas, leyendas y visiones, en la forma mítica de Melquisedec. La Epístola a los Hebreos interpreta el nombre de *Melquisedec* como “Rey de justicia”, “Rey de paz”, y lo describe como sigue: “sin padre, sin madre, sin genealogía; que ni tiene principio de días, ni fin de vida, sino hecho semejante al Hijo de Dios” y añade que él “permanece sacerdote para siempre” (Heb. 7:2, 3). Para Abraham el Cristo era la verdad, el gran sacerdote eterno, y por lo tanto no una persona, sino el reconocimiento de que el hombre es espiritual y eterno, semejante a su creador. Esta comprensión se volvió para Abraham la idea redentora Cristo; porque la promesa de que él debía convertirse en el “padre de todas las naciones” sólo podía ser cumplida si él no se identificaba a sí mismo como el padre de “Israel según la carne” (1 Cor. 10:18), sino como el padre de un Israel según el espíritu.

Para Moisés la idea-Cristo, o la idea de redención, apareció en forma nueva y bastante diferente, porque tenía una tarea totalmente distinta que cumplir; los hijos de Israel tenían que ser conducidos fuera de la esclavitud de Egipto. ¿Cómo pudo Moisés, su líder espiritual, liberarlos de la sed del viaje a través del desierto? De acuerdo al recuento Bíblico, Moisés golpeó una *roca*, de la cual mandó Dios que brotara agua. Pablo, describiendo este incidente, dice que todos los hijos de Israel “bebieron la misma bebida espiritual: porque bebían de la roca espiritual que los seguía: y la roca era Cristo” (1 Cor. 10:4). La roca, la piedra o piedra angular, más tarde se volvió el símbolo para el Cristo. Para Pedro, el primero que reconoció quién era Jesús, y quien por tanto pudo confesar: “Tú eres el Cristo, el Hijo del Dios viviente”, Jesús le declaró: “Tú eres Pedro, y sobre esta roca edificaré mi iglesia”<sup>9</sup> (Mat. 16:16, 18).

En Jesús, el poder salvador del Cristo se hizo *visible* en la forma de un *Salvador humano*. Pero el propio Jesús sabía que el Cristo aparecería más tarde a los hombres en forma diferente, y también vio que no sería una persona, sino “*el espíritu de Verdad*”; “Mas el Consolador, el Espíritu Santo, a quien el Padre enviará en mi nombre, él os enseñará todas las cosas, y os recordará todo lo que yo os he dicho” (Juan 14:26). Juan el Revelador reconoció este Consolador en su visión del libro sellado con siete sellos, el cual sólo podía ser desatado por el “Cordero”, es decir, por la comprensión-Cristo. La visión muestra claramente que el Consolador debe venir a los hombres en la forma de enseñanza, proclamando el “espíritu de Verdad”.

En la época científica, Mary Baker Eddy recibió la revelación del Cristo y escribió el Libro de Texto, el cual está sellado con los siete sinónimos para Dios. Quienquiera que comprenda éstos, está capacitado para abrir el Libro de Texto y hallar en él la Ciencia del ser, la cual “enseñará todas las cosas”. El Cristo está así expresado en la forma apropiada para nuestra propia época, apareciendo en la forma de *la Ciencia del Cristo*.

---

<sup>9</sup> “iglesia” tiene aquí el significado común del Nuevo Testamento, de *ecclesia* “comunidad” que comparten los cristianos en general.

## Capítulo 4 El Cristianismo

### **El Cristianismo es la naturaleza verdadera del hombre**

*El Cristianismo es actuar a la manera del Cristo, la forma de actuar del Cristo.* El tercer lado de la Ciudad Santa, el Cristianismo, está definido como “el producto del Principio divino de la idea-Cristo en la historia cristiana” (C&S 577:18). Entonces, el Cristianismo es un resultado. ¿Cómo puede alcanzarse este resultado en la historia cristiana, en la experiencia humana? Se produce, como ya lo hemos visto en nuestro estudio de las cuatro etapas para la solución de un problema, cuando nos volvemos al Principio divino del ser (Verbo), cuando nos acercamos al unísono, a la visión espiritual de él (Cristo), y después cuando actuamos y vivimos de acuerdo con él (Cristianismo). Entonces el resultado de este hacer y vivir coincide con la actitud-Cristo; es tan divinamente armonioso como el Principio del cual resulta.

El Cristianismo es la aplicación de la actitud-Cristo en todas las áreas de la vida; significa ese hacer a semejanza del Cristo que produce la manifestación a la semejanza del Cristo. Así, al igual que el Verbo y también que el Cristo, es un factor del único ser divino, y no es confundido con el uso ordinario de la palabra “cristianismo”, la cual implica comúnmente a la cristiandad— los cristianos en general, junto con su religión.

No podemos alcanzar el verdadero Cristianismo, el tercer gran factor principal del Ser, hasta que comprendamos el verdadero significado del primer factor (el Verbo) y del segundo factor (el Cristo). El tercer factor del Ser siempre le sigue a los dos primeros. No podemos comenzar con el tercer factor, puesto que inevitablemente resulta de los dos primeros. Como consecuencia del incontrovertible orden divino, no podremos evitar experimentar el verdadero Cristianismo, es decir, los resultados armoniosos, cuando comenzamos con el Principio divino (el Verbo), cuando nos identificamos con la naturaleza de este Principio (el Cristo) y cuando actuamos de acuerdo con este Principio en todas las áreas de la vida (el Cristianismo).

*Una humanidad superior.* En nuestra experiencia humana, “el producto del Principio divino de la idea-Cristo”, siempre se muestra como una condición mejorada de la naturaleza del hombre, como una naturaleza humana superior y más perfecta. Esta es la expresión natural de la transformación que ocurre en nosotros, cuando nos identificamos con la actitud-Cristo y renunciamos a todos nuestros deseos y objetivos, permitiendo al Principio divino operar y no a nuestros propios principios humanos. En la medida en que permitimos ser cambiados por esta actitud-Cristo, o en la medida en que somos uno con el Verbo de Dios, con las ideas del Principio divino, estas ideas se expresan a sí mismas y el nivel de nuestra naturaleza humana es elevado.

Por lo tanto, para ser capaces de inducir una vida humana mejor, más satisfactoria, más exitosa y más completa, nuestra primera necesidad es cambiar, no nuestras circunstancias externas, sino sólo nuestra actitud hacia ellas. En principio no se trata de lo que hacemos, sino de cómo lo hacemos. Aunque nuestro trabajo pudiera ser juzgado por los niveles humanos, el único criterio que importa es el motivo por el cual lo hacemos. Si actuamos de acuerdo al Verbo y al Cristo, estaremos llevando a cabo nuestra tarea en el espíritu del verdadero Cristianismo, y así obtendremos resultados satisfactorios; pero si nuestro pensar, sentir y actuar está orientado hacia los erróneos principios humanos, contrarios a Dios, entonces nuestra labor sólo nos producirá los frutos de dichos principios, es decir, enfermedad, carencia, discordia, inutilidad, etc. Por ello experimentaremos una condición humana mortal, lo opuesto al verdadero Cristianismo. Aún así,



el hombre está divinamente destinado a despertar al hecho de su inmortalidad y con ello alcanzar una humanidad superior. Por ello el Cristianismo, el tercer factor del Ser, demanda que cumplamos nuestro verdadero destino, volviéndonos al Verbo de Dios y actuando de acuerdo con él, por medio de nuestra actitud a semejanza del Cristo. Esta es la evidencia práctica que se nos pide: “Cada día nos exige pruebas más convincentes y no meras profesiones de poder cristiano” (C&S 233:1–2).

## Los mortales y los inmortales

Cuando consideramos al Cristianismo, encontramos que el enfoque está sobre el hombre y sobre aquello que constituye la naturaleza del hombre. Por esto resulta vital hacer una clara distinción entre el llamado hombre mortal, el hombre-Adán, y el hombre a la imagen y semejanza de Dios, el hombre inmortal.

*Los dos recuentos Bíblicos de la creación.* La Biblia presenta la gran pregunta “¿Qué es el hombre?”, desde el mismo comienzo. En el primer recuento de la creación (Gén. 1:1–2:3) se presenta al hombre como el hombre de Dios, como la imagen y semejanza de Dios, como el hombre inmortal. En el segundo recuento (Gén. 2:6–5:27) hay una historia bastante diferente de la creación, la cual contradice el primer recuento en todos aspectos, y presenta el opuesto exacto del hombre inmortal—la historia del hombre mortal, pecador y material.

Así es como los dos recuentos de la creación plantean el argumento fundamental de la vida humana y formulan la más controvertida de todas las preguntas: ¿Es el hombre inmortal, divino, eterno (como el primer recuento dice), o es creación mortal, material, pecador (como lo declara el segundo recuento)? Todos los siguientes libros de la Biblia tratan con esta problemática cuestión, hasta que al fin es hallada la solución: Jesús suministra la prueba de que el hombre es el hijo de Dios, al vencer el pecado, la enfermedad y la muerte, y al “sentarse a la diestra de la Majestad en las alturas” (Heb. 1:3).

*Comparación de los dos recuentos.* En el primer recuento de la creación, Dios es llamado “Elohim”, el cual en la Biblia se ha interpretado como “Dios”. En el segundo recuento la Deidad es llamada “Jehová”, traducido como “el Señor Dios”. Elohim es el exaltado concepto espiritual de la Deidad; Jehová por otro lado, es el Dios antropomórfico de la tribu de Israel. “La palabra *antropomórfico*, en una frase como ‘un Dios antropomórfico’, deriva de dos palabras griegas, que significan *hombre* y *forma*, y puede definirse como un intento de la mente mortal de reducir la Deidad a la corporeidad” (C&S 517:3). En consecuencia, la creación de estos dos conceptos para Dios, “Elohim” y “Jehová”, también es diferente. El primer recuento es divino; el segundo es mítico. El primer recuento comienza con la luz; el segundo con niebla—en mistificación y oscuridad. En el primer recuento, Dios o Elohim crea todo de Sí mismo; en el segundo recuento Dios requiere la co-operación de la materia y del hombre. En el primero recuento, la creación viene “de lo alto”, de la perfección suprema; en el segundo todo es creado “de abajo”, del polvo y la tierra. En el primer recuento el hombre es la imagen y semejanza de Dios; en el segundo es un pecador corpóreo, creado de la materia, influido por una mentira y más tarde maldecido. En el primer recuento el hombre es espiritual e inmortal; el segundo es de “mentalidad carnal”, y por lo tanto mortal. En el primer recuento el hombre es la creación perfecta de su creador perfecto; en el segundo aparece como imperfecto, lleno de pena y dolor, y es abandonado a la destrucción. El primer recuento muestra el orden ascendente de la creación eterna de Elohim, que conduce a la perfección más alta; el segundo recuento presenta el método falso de la creación, del hombre proyectado por Jehová, que conduce en línea descendente a la disolución de su propia creación. Ya el primer hijo de Adán, Caín, “salió, pues..., de delante del Señor, y habitó en tierra de Nod”

(Gén. 4:16). “Nod” significa “errar, sufrir”; así la creación de Jehová permanece en “sufrimiento” y no tiene parte en la verdad.

Al contrastarlos la Biblia de esta manera, muestra claramente desde el comienzo que la humanidad corpórea, material y pecadora, la raza Adán, no tiene nada en común con el hombre real creado por Elohim a Su propia imagen y semejanza. Por medio de los libros subsiguientes, tanto del Antiguo como del Nuevo Testamento, resuena el persistente llamado para identificarnos con el concepto perfecto del hombre, con la creación de Elohim, renunciando al hombre-Adán.

*Isaías*, por ejemplo, exhorta a Israel así: “Dejaos del hombre, cuyo aliento está en su nariz; porque ¿de qué es él estimado?” (Isa. 2:22). Es decir, dejemos al hombre del segundo recuento de la creación, al que el Señor Dios creó de la mezcla de materia y espíritu, formado del polvo de la tierra y a quien sopló aliento de vida en su nariz; dejemos la errónea creencia de que el hombre es tanto material como espiritual.

En los *Salmos* también se hace una clara distinción entre el hombre mortal y el inmortal. Del hombre mortal leemos: “El hombre, como la hierba son sus días; florece como la flor del campo, que pasó el viento por ella, y pereció, y su lugar no la conocerá más” (Sal. 103:15, 16). La tierra del hombre mortal es “Nod”: errar y sufrir; no sabiendo nada del hombre verdadero. Debemos despertar de este errar mortal: “En cuanto a mí, veré tu rostro en justicia; estaré satisfecho cuando despierte a tu semejanza” (Sal. 17:15). ¿Cómo podremos “estar satisfechos” con la semejanza de Dios? Despertando y reconociendo a Dios como es, es decir, al identificar a Dios correctamente (Verbo), al hacernos en nuestra naturaleza esencial, idénticos a este concepto verdadero (Cristo), y al ganar de esta manera nuestra verdadera identidad como el hombre de Dios (Cristianismo).

*Jesús* jamás se identificó a sí mismo con los mortales. “Y no llaméis padre vuestro a nadie en la tierra; porque uno es vuestro Padre, el que está en los cielos” (Mat. 23:9). Sin esta convicción de que había sido creado por Dios y no por un padre humano, no hubiera podido vencer la muerte. Para ser capaz de conquistar la muerte, tuvo que saber que jamás había muerto dentro de una condición mortal, dentro de un cuerpo; porque el nacimiento material no es mas que la primera muerte, y no viene de Dios. Sus palabras no dejan duda a este respecto: “Vosotros sois de vuestro padre el diablo, y los deseos de vuestro padre queréis hacer. El ha sido homicida desde el principio, y no ha permanecido en la verdad, porque no hay verdad en él” (Juan 8:44).

En forma similar *Pablo* se refirió constantemente al hombre de la gracia, porque sabía que “la carne y la sangre no pueden heredar el reino de Dios” (1Cor. 15:50). Por ello les dice a los corintios: “De manera que nosotros de aquí en adelante a nadie conocemos según la carne” (2 Cor. 5:16). Así él también se aparta del hombre material y mortal del segundo registro de la creación.

## **Diferencia entre el hombre mortal y el hombre verdadero**

*Criterio científico de distinción.* No es difícil obedecer el mandamiento Bíblico de distinguir con claridad entre el hombre mortal y el hombre verdadero hecho a imagen y semejanza de Dios. Reconocemos al creador del hombre verdadero como el Verbo de Dios; como Mente, Espíritu, Alma, Principio, Vida, Verdad, Amor. Todo lo que no sea la imagen y semejanza del Verbo de Dios, y por lo tanto, sea desemejante a la naturaleza y esencia de Mente, Espíritu, Alma, Principio, Vida, Verdad y Amor, no puede ser calificado como hombre.

¿Entonces, cómo es que se diferencia el verdadero hombre espiritual, del hombre mortal?

- El hombre inmortal es la imagen de Mente; como idea, tiene un origen divino—los mortales no tienen creador divino y por tanto, existen sólo como una creencia errónea.
- El hombre inmortal es la imagen del Espíritu; es puramente espiritual—los mortales son carnales, físicos, materiales.
- El hombre inmortal es la imagen del Alma; tiene una identidad divina; es incorpóreo e impecable—el mortal es un cuerpo pecador y sensual.
- El hombre inmortal es la imagen del Principio; es armonioso y siempre gobernado divinamente—los mortales son inarmónicos y siempre dominados por opiniones personales y humanas.
- El hombre inmortal es la imagen de la Vida; es inmortal, eterno e indestructible—los mortales son temporales, finitos y sujetos al deterioro.
- El hombre inmortal es la imagen de la Verdad; es el hijo de Dios, completo y saludable; dotado con conciencia divina—los mortales no son hijos de Dios; tienen una conciencia mortal, que produce continuamente enfermedad e inarmonía.
- El hombre inmortal es la imagen del Amor; es perfecto, completo, seguro en el descanso y la paz del plan divino del Amor—los mortales son imperfectos en todo sentido, llenos de temor, odio, envidia, conflictos, celos y vengativos.

*El hombre perfecto.* El hombre a la propia imagen de Dios es tan perfecto como su Hacedor. Pero como vimos en nuestro estudio del Verbo, el creador, Dios, se expresa a Sí mismo sólo por medio de ideas. Por tanto si queremos experimentar la verdad acerca del hombre, debemos comenzar siempre captando la verdad acerca de Dios—es decir, debemos comprender lo que Mente, Espíritu, Alma, Principio, Vida, Verdad y Amor son, como la verdadera naturaleza de Dios. Puesto que Dios Mismo es siempre perfecto, sólo aquello que pueda pretender ser llamado “hombre” es, de igual manera, siempre perfecto. El hombre verdadero por consiguiente, jamás puede perder su nivel de perfección; jamás está caído ni maldito. “Si hubo alguna vez un momento en que el hombre no expresó la perfección divina, entonces hubo un momento en que el hombre no expresó a Dios, y, por consiguiente, un momento en que la Deidad estuvo inexpresada—es decir, sin entidad” (C&S 470:24–29).

Tal como el hombre perfecto jamás puede ser algo menos que la expresión completa de su divino creador, así también es igualmente incapaz de estar en manera alguna, vinculado con un mortal. El hombre como la idea inmortal de Dios, y un mortal, son tan opuestos como la luz y la oscuridad. No tienen punto de coincidencia alguno. El hombre verdadero no tiene relación con un mortal; el hombre verdadero lo supera.

*Los mortales.* “Los mortales son contrahechuras de los inmortales” (C&S 476:1–2). Son “contrahechuras desde el comienzo” (C&S 409:24) y “una parodia del hombre de Dios” (C&S 92:20). Esto implica que los mortales no son verdaderos ni reales, sino sólo una imagen distorsionada del hombre verdadero divinamente creado, y que el cuerpo mortal y material al que erróneamente llamamos “hombre”, no es más que una contrahechura. Pero este mortal pecador y corpóreo no tienen nada que ver con el hombre verdadero y no puede ser llamado del mismo modo.

Reconocer que “el llamado hombre mortal no es la realidad del hombre” (C&S 347:12–13), es uno de los hechos más importantes y fundamentales en la enseñanza de la Ciencia

Cristiana. Para obtener una imagen verdadera de Dios y Su creación, debemos deshacernos de una de las mayores mentiras que han engañado a la humanidad por miles de años, es decir, que el mortal material, pecador y enfermo sea “hombre” y que Dios lo creara.

Otra equivocación, asentada firmemente en nosotros como falsa, es que el mortal es un inmortal que cayó. Pero el hombre verdadero jamás puede caer; tal como una mentira jamás ha sido previamente una verdad, así, un mortal, jamás en ningún momento ha sido un inmortal, y por lo tanto, no puede jamás llegar a serlo. “Los mortales no son hijos de Dios que han caído. Jamás tuvieron un estado de existencia perfecto, el cual les sería posible recuperar posteriormente” (C&S 476:15–17). De ahí que jamás se trata de mejorar un mortal o de convertirlo de algún modo en hombre verdadero e inmortal. El mortal es simplemente, como su nombre lo indica, mortal e imperfecto, el opuesto del hombre verdadero. Y tal como uno no puede sacarse luz de la oscuridad, Espíritu de la materia, o Verdad del error, así el hombre real no puede surgir de un mortal. Por otro lado, la oscuridad puede ser disipada por la luz y el error disuelto por la Verdad; del mismo modo el concepto del mortal puede ser reemplazado por la idea inmortal del hombre, es decir, la contrahechura o la “parodia del hombre de Dios” puede ser rechazada como una creencia falsa.

Y así, hasta donde podemos recordar, el objetivo principal de todas las religiones y de todo movimiento ético, ha sido mejorar a los mortales. Esto ha sido una gran tragedia, como lo muestra la Biblia en la historia de Adán. Adán fue condenado a labrar la tierra. El Libro de Texto explica esta condena como sigue: “La condenación de los mortales a labrar la tierra significa esto: que los mortales debieran mejorar la creencia material con pensamientos que tiendan a elevarse hacia lo espiritual y destruir así la materialidad” (C&S 545:7–11). La suposición de que podemos mejorar la materialidad “con pensamientos que tiendan a elevarse hacia lo espiritual” no es en consecuencia, una solución adecuada, sino la propia maldición que pesa sobre la raza adámica. Constituye una maldición, porque el esfuerzo de mejorar lo mortal siempre parte de la materia y no del Verbo de Dios. Comenzando desde la imperfección, desde aquello que es lo opuesto al Verbo, no obtenemos perfección, sino su opuesto, desarmonía. Sólo una solución científica puede librarnos de esta condena. El método científico comienza siempre desde la perfección, desde el Verbo, y nos capacita para adoptar la actitud-Cristo que luego nos conduce a resultados perfectos. Lo mismo sucede con otras ciencias al resolver sus problemas. El estudiante de aritmética, por ejemplo, no intentaría resolver los errores de una suma larga y compleja, comenzando con la respuesta errónea y pretendiendo corregirla. Más bien se vuelve de nuevo al principio de la aritmética, a la perfección, sin desviarse de él otra vez en su siguiente cálculo, y llega así al final, a la respuesta correcta y perfecta. Lo mismo aplica aquí en la Ciencia del ser; la perfección excluye la imperfección, y debido a esto, la corrección o la mejoría se hace posible. Considerando que el método no científico equivale a una maldición, del hombre verdadero leemos: “Al hombre creado por Dios le fue dado señorío sobre toda la tierra” (C&S 545:11–12). En otras palabras, por medio del método científico el hombre gana dominio. En la Ciencia del ser, por lo tanto, comencemos siempre desde la perfección, para ya no estar más bajo la maldición que aflige a la raza adámica, y la cual supone siempre hacer de algo desemejante a Dios, la semejanza de Dios. Con el método opuesto ganamos dominio al identificarnos desde el comienzo, con el hombre verdadero.

### **El hombre como reflejo de Dios**

El hombre real, como se muestra en el primer recuento de la creación, es la imagen y semejanza de Dios. Debido a que es una imagen, la cual es la semejanza exacta de su original, él

es el reflejo puro de Dios. “El hombre es, y eternamente ha sido, el reflejo de Dios” (471:20). ¿Qué se quiere decir con el término “reflejo”?

*Reflejo.* Un reflejo implica tres factores esenciales: primero, el objeto frente al espejo; segundo, el espejo; y tercero, la imagen resultante en el espejo. Interpretado metafísicamente, podríamos llamar al objeto frente al espejo, Dios; el espejo es el instrumento que produce la imagen reflejada correspondiente a este objeto, en nuestro caso es el Cristo, porque Cristo está definido en el Libro de Texto como “la coincidencia, o el acuerdo espiritual, entre Dios y el hombre a Su imagen” (C&S 332:32–2); y tercero, tenemos la imagen reflejada, el resultado del reflejo, el cual es el hombre. Dios, Cristo y el hombre—o el Verbo de Dios, la actitud-Cristo y el Cristianismo, constituyen así el reflejo.

En este proceso el espejo juega un papel particularmente importante. Sólo cuando está perfecto y suavemente pulido, su imagen se vuelve la semejanza del objeto frente a él. Sin embargo, si el espejo está rugoso, disparejo o no fue adecuadamente pulido, uno obtiene una imagen, mas no una semejanza; tan sólo una imagen distorsionada del objeto reflejado. Por eso es que aunque el objeto frente al espejo (Dios) permanece perfecto, en este caso el resultado no es la imagen y semejanza de Dios, el hombre verdadero, sino sólo una deflexión, una “parodia del hombre de Dios”. Esta falsificación o contrahechura ocurre cuando nuestro espejo no está limpio, o tan pronto como nuestra expresión de la requerida actitud-Cristo se empaña. Nuestro espejo debe ser la Ciencia del Cristo, la clara comprensión de la “coincidencia... entre Dios y el hombre”.

Manteniendo en mente cómo ocurre el reflejo, es fácil ver que la imagen jamás se convierte en el propio ser, ni tampoco puede hacer algo por sí misma. La causa de la imagen es siempre el objeto ante el espejo, Dios. Dios es el fundamento de toda perfección, el cual el hombre sólo puede reflejar. Cuando el espejo (nuestra actitud-Cristo) es impecable y por tanto científico, entonces el producto o reflejo es el hombre verdadero y perfecto, la imagen y semejanza de Dios. Pero si el espejo está empañado, o en otras palabras, si pretendemos actuar por nuestra cuenta, de acuerdo a nuestros propios principios equivocados, entonces el resultado es la imagen distorsionada llamada hombre mortal. Jesús expresó el hecho de que el hombre es el reflejo de Dios, en las siguientes palabras: “No puede el Hijo hacer nada por sí mismo, sino lo que ve hacer al Padre; porque todo lo que el Padre hace, también lo hace el Hijo igualmente” (Juan 5:19).

*El hombre no es persona.* Como el reflejo de Dios, el hombre verdadero no es una persona corpórea, sino un estado divino del ser. Esta es la causa por la que Mary Baker Eddy, al responder la pregunta: “¿Qué es el hombre?” (C&S 475:5) usa la forma impersonal: “lo que...” Al referirse al hombre real, ella deliberadamente evita lo más común: “el que...”. El hombre, de hecho, no es persona, sino aquello que resulta cuando la pura conciencia-Cristo refleja el Verbo de Dios. El hombre es “lo que no tiene mente separada de Dios; lo que no tiene ni una sola cualidad que no derive de la Deidad; lo que no posee, de sí mismo, ni vida ni inteligencia ni poder creativo, sino que refleja espiritualmente todo lo que pertenece a su Hacedor”(C&S 475:19–23). “Hombre”, insiste ella, “no es materia; no está constituido de cerebro, sangre, huesos y otros elementos materiales” (C&S 475:6–8). Por el concepto “hombre”, entonces, debemos comprender sólo aquello que proviene de Dios, de Mente, Espíritu, Alma, Principio, Vida, Verdad, Amor. Él es, exclusivamente aquello que Dios conoce, aquello de lo cual Dios es conciente; él es el nombre para “la conciencia de Dios de Sí mismo”.

*Hombre es la compuesta idea de Dios.* Puesto que Dios se expresa a Sí mismo sólo por medio de ideas, y conoce sólo ideas, hombre es la compuesta idea de Dios. Por lo tanto, la

Ciencia Cristiana define al hombre como “la compuesta idea de Dios e incluye todas las ideas correctas”. Hombre es “el término genérico de todo lo que refleja la imagen y semejanza de Dios” (C&S 475:15–17). Por consiguiente, hombre es mucho más que tan sólo una cualidad divina. Él es el compuesto de todas las ideas. Dios se expresa a Sí mismo en ideas infinitas; todas las ideas consideradas juntas como un todo, constituyen “hombre”. El hombre refleja siempre simultáneamente, todas las ideas de Mente, Espíritu, Alma, Principio, Vida, Verdad y Amor. Jamás es tan sólo una expresión de una sola cualidad positiva, tal como las finas características femeninas de paciencia, esperanza, bondad, sentido espiritual, receptividad, etc. El hombre verdadero expresa todas las ideas de Dios y por lo tanto, incluye también las características masculinas como creatividad, utilidad, inteligencia, lógica, pensamiento sistemático y original. Sólo eso es hombre, lo que resulta de la co-operación de todas las cualidades divinas.

*Debemos identificarnos como la idea de Dios.* Hemos estado familiarizándonos con la imagen del hombre real. Cuando nos esforzamos por alcanzar una humanidad superior, no basta con apartarnos de lo mortal; debemos ir conscientemente más allá de esto, e identificarnos con la verdadera idea de hombre. La Biblia nos enseña que tanto Cristo Jesús es el Hijo de Dios, como que nosotros mismos somos los hijos de Dios. “Amados, ahora somos hijos de Dios” (I Juan 3:2). Juan nos está diciendo aquí que debemos reclamar nuestra filiación divina, nuestra naturaleza de hombre verdadero y perfecto.

Tal como Jesús reconoció y reclamó su herencia divina como el Hijo de Dios, también nosotros podemos decir: Yo soy el hijo de Dios. Pero al hacerlo, debemos tener claro lo que queremos decir con el “Yo”. Si por el “Yo” queremos decir un mortal, nuestra propia personalidad enferma, corpórea e inadecuada, entonces estamos cometiendo una grave falta y declarando lo que no es cierto. El único “Yo” que puede clamar ser el hijo de Dios, es el hombre que es “la compuesta idea de Dios”. Cuando digamos “Yo” no debemos identificarnos con el tal llamado hombre físico y mortal, y luego llamar a esto el hijo de Dios. Podría ser de utilidad (para evitar confusiones) invertir la verdadera declaración: “Yo soy el hijo de Dios”, y decir: “El hijo de Dios soy yo”, o “El hijo de Dios (es decir, el hombre perfecto, no la corporeidad mortal) es mi ego verdadero”.

Puesto que el cuerpo no constituye nuestro ego verdadero, no puede ser la medida de nuestra naturaleza humana. Cuando nos identificamos con la idea correcta de hombre y no con el mortal corpóreo, entonces vemos que nada de cuanto acontezca al frágil cuerpo mortal puede tocar nuestro ego verdadero y nuestra naturaleza de hombre. Jesús fue crucificado, pero no el Hijo de Dios. Ni un cuerpo saludable ni otro enfermo, es la expresión o el estándar de nuestra verdadera naturaleza de hombre.

*Dios y el hombre es uno.* Dios, el Principio del ser, carece de tiempo y espacio; es omnipresente y eterno. Lo mismo es cierto de su expresión, su idea, el hombre. Dios y el hombre no están por tanto, separados en ningún sentido uno del otro, sino son siempre uno. “En la Ciencia divina, Dios y el hombre verdadero son inseparables como Principio divino e idea” (C&S 476:4–6). Para expresar esta unidad inseparable de Principio e idea, Mary Baker Eddy utiliza el aparentemente anómalo verbo singular: “es”, en lugar del plural “son”: “El Principio y su idea *es* uno...”.<sup>10</sup> Entonces continúa: “...y ese uno es Dios, el Ser omnipotente, omnisciente y omnipresente, y Su reflejo es el hombre y el universo” (C&S 465:20–1). Es decir: Justo ahí donde está Dios, está también el hombre real; donde está la expresión de Dios, el hombre real, también ahí está Dios. Consecuentemente el hombre no es sólo una parte de Dios, sino más bien un partícipe de todo cuanto constituye a su creador, el Principio eterno del ser. Él es uno con la

---

<sup>10</sup> Itálicas del autor.

eterna novedad del ser; él es uno con Mente, uno con Espíritu, uno con Alma, uno con Principio, uno con Vida, uno con Verdad, uno con Amor; él es uno con todo lo que está caracterizado por la naturaleza de Dios, por los siete sinónimos para Dios.

## Capítulo 5 La Ciencia

El significado de la Ciencia como el cuarto factor principal del Ser puede ser comprendido mejor cuando se enfoca en relación con el Verbo, el Cristo y el Cristianismo. Los “cuatro puntos cardinales son: primero, la Palabra de Vida, Verdad y Amor; segundo, el Cristo, la idea espiritual de Dios; tercero, el Cristianismo, que es la demostración del Principio divino de la idea-Cristo en la historia cristiana; cuarto, la Christian Science, que ahora y para siempre interpreta a ese gran ejemplo y al gran Modelo” (C&S 577:13–20). La Ciencia, entonces, tiene la función de interpretar el Cristianismo (es decir, “al gran Modelo”), el cual a cambio es “el producto del Principio divino de la idea-Cristo”. La Ciencia por tanto explica el Cristianismo, el Cristo y el Verbo. Es la única autoridad que puede enseñarnos lo que el Principio divino (el Verbo) es, con el cual debemos identificarnos (el Cristo), para que experimentemos el gran modelo, el producto (Cristianismo). La pregunta importante ahora es: ¿Qué es la Verdad, desde la cual debemos comenzar?

Al examinar los cuatro pasos para la solución de un problema, vimos que el reconocimiento del principio correcto de solución determina la medida de nuestro éxito; que nuestra forma de vida depende de cuál principio de solución sigamos. La pregunta, ¿cómo podemos ganar una comprensión de la Verdad?, se vuelve uno de los temas más importantes en el estudio de este cuarto punto cardinal, la Ciencia.

### Ciencia y revelación

*Las dos fuentes de conocimiento.* En la búsqueda de una comprensión de la Verdad, hay dos fuentes de conocimiento a las cuales recurrir: revelación y ciencia. *Revelación* significa abrir la realidad que, en su naturaleza, se encuentra oculta; se muestra a aquéllos que están receptivos, como una comprensión repentina dentro de la totalidad de la Verdad. Ciencia, por otro lado, significa conocimiento total; pero una característica especial de la ciencia es el aumento sistemático del conocimiento adquirido, bajo estrictos métodos lineales.

Ultimadamente, la revelación y la ciencia tienen uno y el mismo objetivo: la explicación de la realidad. Pero en tanto que el conocimiento de la Verdad por la revelación viene a través de la intuición, a través del conocimiento inmediato, el conocimiento científico de la Verdad descansa sobre una comprensión ordenada, por medio de un razonamiento lógico, el cual conduce a la comprensión gradual dentro del todo. La revelación pareciera haber sido el privilegio de unos cuantos, pero el método científico está abierto para todos. Esta diferencia fundamental entre la ciencia y la revelación conduce a una apreciación incorrecta que persiste aún hoy en día: que la ciencia y la revelación son necesaria y mutuamente exclusiva y diametralmente opuestas en sus métodos. La falacia pretende que para la comprensión de la naturaleza del Ser divino sólo el camino de la revelación es válido, en tanto que para la comprensión del universo y el hombre, necesitamos de un enfoque científico.

*La coincidencia de la ciencia y la revelación.* Sin embargo ésta ya no es más la postura mantenida por un creciente número de científicos. Hay una creciente comprensión de que el conocimiento científico no necesita necesariamente estar en conflicto con las verdades reveladas, sino que de hecho a menudo se complementan. Más aún, muchos científicos han hallado con frecuencia que en los primeros pasos del descubrimiento científico, la revelación y la intuición



juegan una parte importante, y después prosiguen de la mano al lado de posturas estrictamente metódicas en el trabajo de investigación posterior.

Esto nos lleva al hecho significativo de que, en tanto que la Ciencia y la revelación—representan dos enfoques bastante diferentes de conocimiento—a condición que ambas están fundados sobre el Principio divino del ser—en realidad se complementan una a la otra, y su contenido, el conocimiento que adquirimos de cada una, es ultimadamente el mismo—es decir, la Verdad.

De la misma manera la Verdad única puede ser captada por medio de la revelación, así como a través de la Ciencia. Por lo tanto la Verdad divina, revelada por los profetas y videntes Bíblicos, y registrada como revelación, también es científicamente explicable y comprensible. La verdadera revelación y el verdadero método científico jamás se excluyen; toda revelación divina debe ser verdaderamente científica, y toda conclusión divinamente científica debe ser de la misma naturaleza que la revelación. “La lógica divina y la revelación coinciden. Si creemos lo contrario, podemos estar seguros de que nuestra lógica está errada o que hemos interpretado mal la revelación” (C&S 93:9–12). Esto tiene que ser claramente entendido; la verdadera lógica divina siempre está de acuerdo con la revelación, pero lo que con frecuencia está francamente opuesto a ambas, son la revelación y la lógica humanas, el pensamiento humano.

En la Ciencia Cristiana la revelación y el verdadero método científico se combinan armoniosamente. Mary Baker Eddy llama a su descubrimiento: “(la) revelación final del Principio divino absoluto de la curación mental científica” (C&S 107:6–7). La Ciencia Cristiana es la revelación de la Ciencia divina del ser, y también es la Ciencia de la revelación divina. “Esa convicción celestial”, dice ella, “era ‘el don de la gracia de Dios’” (C&S 108:1–3). Por lo tanto le vino a ella por revelación, puesto que no descansó hasta que hubo triunfado en presentar la naturaleza científica de esta revelación a nuestra época. “Llegué a mis conclusiones al dejar que la evidencia de esa revelación se multiplicara con certeza matemática y que la demostración menor probara la mayor” (C&S 108:12–14); “la razón y la revelación se reconciliaron” (C&S 110:15–16).

### **La Ciencia en contraste con el testimonio de los sentidos.**

*La antítesis del Espíritu y la materia.* La Ciencia Cristiana enseña que la creación presentada en el primer recuento, simboliza la única verdadera creación. Muestra que sólo aquello que procede del Verbo de Dios puede ser llamado verdadero y real. En otras palabras, sólo el Espíritu y las ideas espirituales son reales y sustanciales. Desde el punto de vista divino, la materia es irreal, nada.

Que Dios es Espíritu y no conoce la materia, también es el punto de arranque de la Biblia. Elohim no está caracterizado en ningún lado como material, carnal o corpóreo. Por el contrario, la naturaleza de Dios se muestra puramente espiritual, más allá de toda duda: “Dios es (un) Espíritu; y los que le adoran, en espíritu y en verdad es necesario que adoren” (Juan 4:24). Puesto que Jesús siempre fue uno con este Dios, jamás fue un esclavo de la materia, jamás utilizó remedios materiales, sino que dominó a los llamados agentes y leyes materiales. Él se basaba en el hecho de que: “El espíritu es el que da vida; la carne para nada aprovecha” (Juan 6:63). En la Biblia, el Espíritu y la materia siempre se presentan como opuestos; por lo tanto, uno de los objetivos principales de los escribas Bíblicos es conducirnos al conocimiento de que la carne o materia para nada aprovecha, que carece en sí misma de vida, poder, sustancia, realidad, y por ello es nada.

La Ciencia Cristiana, al igual que la Biblia, comienza con la premisa de que hay un solo Dios, que Dios es Espíritu, la única realidad. La creación de Dios, hecha a Su imagen y semejanza, es por tanto también divina y por ello sólo real y espiritual. Consecuentemente, el opuesto a esta creación espiritual, lo que consideramos como creación material, no puede ser real. Sin embargo el por qué parece ser real, se explica posteriormente.

Esta conclusión espiritualmente lógica, sin embargo, contradice el testimonio de los sentidos. Para nuestros sentidos físicos, para nuestro pensamiento, y de acuerdo a nuestra experiencia humana, el universo material y el hombre corpóreo, y de hecho, el mal, son realidades. Podemos medir, sentir, ver la materia; podemos sentir el mal en el mundo.

No obstante, el que el testimonio de los sentidos materiales sea a menudo falso, se debe a que como instrumentos de percepción, son inadecuados y extremadamente limitados, y esto es algo generalmente aceptado hoy en día. Unos cuantos ejemplos ilustran lo anterior:

*El testimonio de los sentidos es engañoso.* Las experiencias cotidianas nos enseñan a no confiar en los sentidos. El firmamento parece tocar la tierra en el horizonte; dos líneas paralelas parecen encontrarse a la distancia. Éstas y otras incontables impresiones de los sentidos reconocidas por todos como falsas, permanecen sin embargo tan arraigadas en nuestra imaginación, que nos conducen en contra de nuestro mejor juicio. Por décadas hemos sabido, por ejemplo, que el sol no se mueve en relación a la tierra, sino que la tierra gira sobre su propio eje y además alrededor del sol. Pero nuestros sentidos no sienten dicho movimiento; ellos ven que el sol “sale” y se “pone”, por lo que todavía nos referimos a la “salida del sol” y a la “puesta del sol”.

*El testimonio de los sentidos es limitado.* Cuán limitadas pueden ser nuestras facultades de percepción, puede verse simplemente en los siguientes hechos. Fuera del rango total de los rayos electromagnéticos, de los rayos cósmicos, de entre una trillonésima parte de un centímetro hasta las inmensas ondas de longitud del radio, la banda de luz visible al ojo humano es extremadamente angosta. Por ello percibe y convierte en impresiones de color, sólo una cuarenta mil millonésima parte de las ondas terrestres conocidas. Más aún, en la naturaleza no hay colores, sólo ondas de luz de diferente longitud, las cuales al principio percibimos como grados de luminosidad. Por ello nuestra percepción nombra ciertas ondas de longitud verde, otras rojo, etc. Pero un objeto al que llamamos verde, es todo menos verde, porque no hay tal cosa como “verde” en la naturaleza, y aún más, si podemos percibir radiaciones con la onda de longitud “verde” es debido sólo a que son justamente estos rayos los que el objeto no absorbe, sino refleja. Así le atribuimos erróneamente al objeto “verde”, precisamente aquello que no posee.

Debido a que el ojo humano observa sólo un pequeño rango de los rayos de luz, y dado que malinterpreta y falsifica lo que asimila, es imposible que sepamos cómo está realmente constituido el universo. Si por ejemplo nuestros ojos detectaran, no los rayos del espectro, sino las ondas de longitud cortas de los rayos X, tendríamos una concepción totalmente diferente de nuestro mundo. Lo mismo sucede con nuestro sentido del oído, el cual puede percibir sólo una fracción minúscula de todas las frecuencias de sonido.

Estos cuantos ejemplos señalan la siguiente importante conclusión: Ni el número de personas que experimenta la misma impresión de los sentidos, ni el tiempo que ha sido considerada ésta como realidad, puede ofrecer prueba alguna de que cualquier cosa que captemos por medio de nuestros sentidos, sea cierta o verdadera.

El conocimiento científico y el testimonio de los sentidos se contradicen perpetuamente. De ahí la tarea de la ciencia de sustituir con conclusiones lógicas de la razón, las ilusiones de los sentidos, y de proveer al hombre de una comprensión que no esté basada en la creencia de lo que

los sentidos testifiquen, sino que surja de una comprensión de las relaciones invisibles, de la “unión universal de las cosas”.

*Todo depende del punto de vista.* Los físicos atómicos han sido particularmente responsables de la renovada investigación de los poderes de percepción del hombre, los cuales desde Kant, se han extendido a campos más amplios. La controversia acerca de si alguna vez podremos conocer “la cosa en sí misma”, y si fuese así, de qué consistiría, no ha sido resuelta ni por la filosofía ni por la física. Pero el interés renovado en este argumento nos ha recordado que lo que vemos depende siempre del punto de vista desde el cual lo observamos—por ejemplo, de los instrumentos de medición a nuestro alcance, o del grado de nuestra intuición acerca de las leyes que gobiernan el fenómeno. Lo que observamos es el resultado de un proceso de pensamiento; así que podríamos interpretar una y la misma cosa, con bastante diferencia, de acuerdo a la posición que hubiéramos alcanzado, debido al nivel de nuestras facultades de razonamiento.

El científico natural Lecomte du Noüy explica en su libro: “Destino Humano”, el siguiente ejemplo: “Supongamos que tenemos a nuestra disposición dos polvos. Uno blanco (harina) y el otro negro (polvo de carbón u hollín). Si los mezclamos obtendremos un polvo gris que será más claro si contiene más harina, y más oscuro si contiene más hollín. Si la mezcla es perfecta, en nuestra escala de observación (es decir, sin la ayuda de un microscopio), el fenómeno estudiado siempre será un polvo gris. Pero supongamos que un insecto del tamaño de los granos de la harina o del hollín se moviera alrededor en este polvo. Para él no habría polvo gris, sino sólo roca negra o blanca. Desde su escala de observación, el fenómeno ‘polvo gris’ no existe”.

Sin embargo no podríamos decir nada definido acerca de la mezcla de harina y hollín; tan sólo podríamos decir lo que nosotros vemos al mirar desde nuestro propio punto de vista. Pero si examináramos la mezcla más de cerca y viéramos sus partes constituyentes más pequeñas, sus partículas elementales, encontraríamos otro fenómeno. Como el físico Werner Heisenberg mostró, el movimiento de las partículas más pequeñas no puede ser medido sin ser cambiado como resultado del proceso de mezclar. Él descubrió que por ejemplo no habría diferencia alguna al examinar un diamante bajo el microscopio, pero al examinar un electrón habría una enorme diferencia, porque el “examen” implicaría que el objeto estaría sujeto a la luz. La luz cuántica posee energía, y esta energía desvía un simple electrón de su camino. Cada medida, aunque se haya llevado a cabo meticulosamente, puede por tanto, proporcionar sólo un cálculo aproximado de la posición y velocidad de una partícula elemental.

Como resultado de éstas y de otras investigaciones, los físicos llegaron a la conclusión de que debido a que estamos en desventaja, debida a los limitados medios de percepción a nuestra disposición, no podemos hacer válida ninguna afirmación acerca de la realidad de algo; a lo mucho sólo podemos declarar cómo un objeto observado se ha comportado durante la observación. Pero esto proporciona dos piezas vitales de información: primero, vemos cómo los sentidos físicos y su información, son engañosos, poco fidedignos y relativos; y segundo, comenzamos a sospechar que la propia materia tampoco es un hecho inquebrantable, sino sólo se presenta como sustancia real a nuestro nivel de conocimiento humano.

*La naturaleza subjetiva de la materia.* Como hemos visto, ni las ciencias naturales ni la filosofía pueden dar respuesta satisfactoria alguna relacionada con la naturaleza fundamental de lo que llamamos materia. Pero durante siglos y hasta la fecha, los grandes pensadores y científicos han venido hallando pistas de lo que la materia no es, es decir, realidad objetiva. Por ejemplo, cerca del año 460 AC Demócrito escribió: “Dulce y amargo, frío y caliente, así como

todos los colores, existen sólo en opinión, mas no en la realidad”; y el matemático y filósofo Leibnitz creyó que “no sólo la luz, el color, el calor y lo semejante, sino el movimiento, la forma y la extensión, también son meras cualidades aparentes”. Tal como Lincoln Barnett afirma en su libro: “El Universo y el Dr. Einstein”, los filósofos y los científicos “arribaron a la asombrosa conclusión que puesto que todo objeto es sólo la suma de sus cualidades, y dado que las cualidades existen sólo en la mente, todo el universo objetivo de la materia y la energía de los átomos y las estrellas, no existe sino como una construcción de la conciencia, un edificio de los símbolos convencionales delineados por los sentidos del hombre”. Y James Jeans, físico y ganador del premio Nóbel, declaró que “el universo comienza a parecerse más a un gran pensamiento que a una gran maquinaria”.

También el Libro de Texto llega a la misma conclusión: “La mente mortal produce sus propios fenómenos y luego se los achaca a otra cosa—como un gatito que se mira en el espejo y se imagina ver otro gatito” (C&S 220:19–22). “El testimonio de los sentidos corporales”, por lo tanto, “no puede indicarnos qué es lo real y qué es lo ilusorio” (C&S 70:2–3).

Hasta aquí la Ciencia Cristiana está de acuerdo con las declaraciones de los físicos modernos: “La mente mortal ve lo que cree tan ciertamente como cree lo que ve. Siente, oye y ve sus propios pensamientos” (CS 86:30–32). Mas da un considerable paso hacia delante. El Libro de Texto no sólo explica que la materia carece de realidad objetiva y la razón de ello, sino también declara que el Espíritu es la única realidad y explica lo que esto significa para la humanidad.

Para estar en posición de entender este hecho, primero debemos considerar hasta dónde el enfoque de la Ciencia Cristiana difiere del de los físicos. Así que nos apartaremos brevemente, y veremos qué clase de conclusiones se obtienen con la Ciencia Cristiana.

## **La lógica de la Ciencia Cristiana**

*La lógica de valor doble.* Aristóteles (384–332 AC) es considerado como el “padre” de la lógica formal. Él sostenía que toda declaración, al ser probada por su valor verdadero, caía en una de dos categorías: toda declaración era o “verdadera” o “falsa”; no había una tercera posibilidad.

Todo nuestro método moderno de pensamiento descansa en este *principio Aristotélico del valor doble*. En general todo cuanto vemos, pensamos y sentimos, cae dentro de esas dos categorías, dividiendo así todo fenómeno de nuestro universo en pares opuestos, tales como: bueno – malo, correcto – incorrecto, bello – feo, etc. Debido a que siempre existen dos valores opuestos, esta lógica es llamada lógica del valor doble o lógica dual.

Al contar con este modelo de pensamiento, la lógica clásica nos ha dotado con un método de diferenciación, con el cual podemos traer orden dentro de nuestro universo y comenzar a entenderlo. Esta lógica del valor doble está incrustada en toda la ciencia occidental.

Sin embargo hay ciertas áreas del conocimiento, tales como la psicología, la física, la cibernética, etc., las cuales han avanzado hacia regiones en donde la lógica del valor doble ya no es válida. Viendo que lo que cuenta ya no sólo es el objeto en sí mismo, sino igualmente el punto de vista del observador, y también que diferentes métodos y formas de ver las cosas pueden producir resultados bastante distintos, resulta claro que uno y el mismo objeto, es capaz de producir muchas más de dos interpretaciones. Esto no invalida en ningún sentido el método de lógica Aristotélica; sin embargo, muestra que esta lógica ya no es universalmente válida, sino sólo aplica para ciertos campos. Las cosas han cambiado desde hace más de cincuenta años. Hoy

en día nos resistiríamos a descartar, como no científica o ilógica, cualquier rama del conocimiento o cualquier argumento que no estuviera basado en esta lógica del valor doble.

*La lógica conceptual dual de la Ciencia Cristiana.* También la Ciencia Cristiana utiliza la lógica dual en tanto trata con opuestos tales como: Mente divina – mente mortal; Espíritu – materia; Alma – cuerpo; Principio – principios humanos; Vida – muerte; Verdad – error; Amor – odio. Sin embargo, a diferencia de la lógica de Aristóteles, la Ciencia Cristiana emplea estos pares de opuestos, no como valores, sino como conceptos. ¿Por qué representa esto un enorme paso hacia delante?

Cuando comenzamos desde la lógica del valor doble es cierto que podemos distinguir el bien del mal, lo correcto de lo equivocado; pero estos opuestos aparecen como dos valores igualmente reales. Por otro lado la Ciencia Cristiana enseña, tal como la física actual, que no vemos nada “en sí mismo”, sino sólo lo que nuestras facultades de percepción nos permiten ver. De ahí que los opuestos que percibimos no son realmente dos valores, sino sólo dos conceptos del único y mismo valor. Hay dos posibles caminos de aproximarse al Principio del ser, Dios: por el camino a semejanza del Cristo, el cual es uno con Dios y por lo tanto nos da una semejanza del Cristo, el concepto verdadero de Dios; o por la vía mortal, humana y limitada, la cual es lo opuesto a la actitud-Cristo y por consiguiente nos da sólo un concepto distorsionado, falso y opuesto a Dios. El Principio del ser no puede ser captado a través de métodos humanos de pensamiento y contemplación, ni tampoco puede de ese modo volverse hacia su opuesto. De ahí que lo que obtenemos no son dos valores, sino dos conceptos diferentes. En la Ciencia Cristiana podemos hablar por tanto, de una lógica conceptual doble, en contraste con la lógica clásica del valor doble.

*Un valor—dos conceptos.* Esto no quiere decir que la Ciencia Cristiana ignore el mundo material al pretender que la materia y el mal no sean reales, como muchos críticos han mantenido. Comprende el fenómeno del dualismo, el Espíritu y la materia, el bien y el mal, aun con mayor profundidad y de hecho con una lógica apropiada para este fenómeno, y lo define con una mayor exactitud científica. El que el hombre mortal deba estar constantemente lidiando con el dualismo, que lo divino y lo desemejante a Dios le parezcan reales a la vez, que en su vida cotidiana sean más comunes las pruebas de la presencia del mal que aquéllas que señalan a la bondad divina, etc., de todo esto no tiene la menor duda. Pero la lógica con la cual la Ciencia Cristiana prueba esta experiencia humana, va más allá de la lógica clásica. Como la física moderna, la Ciencia Cristiana no acepta el testimonio del mundo que experimentamos, como “verdad absoluta”, sino que toma nota de cuáles son los dos enfoques fundamentalmente diferentes que producen estos testimonios opuestos. Al enfoque humano y mortal lo llama falso, *el concepto errado del ser*; al enfoque a semejanza del Cristo lo llama *el concepto verdadero del ser*. Pero ambos enfoques están apuntando hacia el mismo valor inalterable, eternamente incontrovertible—el Principio divino. Sólo el Principio es reconocido como el único gran valor. Consecuentemente, la lógica de la Ciencia Cristiana no es de valor doble como la lógica clásica; es de un solo valor, pero de concepción dual en su lógica.

La naturaleza de un solo valor del ser ya está revelada en la Biblia con su gran tema del monoteísmo. En tanto que la filosofía y las ciencias naturales aún operan desde la admisión de que toda la verdad, o en la terminología de Kant, “la cosa en sí misma” debe permanecer desconocida para el hombre, la Ciencia Cristiana se basa en la revelación Bíblica, la cual muestra que el único gran valor, Dios, es el Principio del ser.

De esta manera la Ciencia Cristiana afirma por un lado claramente lo que el único valor, el Principio divino, es; y luego por otro lado explica lo que en el mundo de la experiencia es

opuesto, lo cual determina nuestra existencia humana; dos conceptos diferentes del mismo valor. La contradicción aparentemente insuperable entre el bien y el mal, es así resuelta. ¿Cómo? Mientras comencemos con la creencia de que en estos opuestos estamos tratando con dos valores coexistentes igualmente legítimos, seremos incapaces de cambiar nuestro mundo. Pero si sabemos que hay un solo valor, el ser divino, y que nuestras experiencias buenas y malas surgen de los dos conceptos diferentes del mismo valor único, entonces podemos cambiar nuestra experiencia humana, cambiando nuestra visión de las cosas; podemos adoptar conscientemente la actitud a semejanza del Cristo y con este concepto verdadero del ser podemos estar concientes del único verdadero valor divino. Lo que demanda la Ciencia de la Ciencia Cristiana contenida en el Libro de Texto es este mismo cambio de punto de vista del concepto falso al concepto correcto del ser.

### **Lo real y lo irreal**

El conocimiento de que todo lo que experimentamos está de acuerdo con el concepto que tenemos del ser, puede convertirse ahora nuestro punto de arranque. El bien divino coincide con la verdad, el concepto divino, y nos muestra la realidad; las experiencias malas provienen de nuestro concepto del ser, humano y distorsionado, haciéndonos creer que lo irreal es lo real. El hecho de que todo lo que percibimos sea el resultado de un proceso mental, nos lleva al meollo del asunto: ¿Cuál proceso mental, o cuál consciencia, es la verdadera, y cuál la falsa?

Todo lo que no sea uno con la perfección del ser divino carece de realidad, y surge sólo de la supuesta ignorancia de lo que es divinamente verdadero. En el Libro de Texto esta ignorancia es llamada “mente mortal”.

*¿Qué es la mente mortal?* La mente mortal es el supuesto opuesto de la Mente divina. En tanto que Dios, la Mente, sea reconocido como el origen de todas las ideas, y por ello, como la única fuente de todo ser verdadero, se verá que la llamada mente mortal es la fuente de todas las ilusiones a las que la materia y todas las formas de error pueden ser reducidas. La mente mortal es todo aquello que no tiene conocimiento del ser divino, y todo aquello que de esta ignorancia provocaría en nuestra conciencia un falso concepto de la realidad del ser. Este concepto erróneo entonces nos engaña para creer que el fenómeno material del pecado, la enfermedad, la muerte y la discordia de todo tipo, sea real.

Pero la expresión “mente mortal” no implica que haya otra realidad aparte de Dios. Por el contrario, “mente mortal” es algo que carece absolutamente de existencia en la realidad del ser divino. Porque tal como las ilusiones de la materia no poseen realidad en sí mismas y son reconocidas como inexistentes tan pronto como son iluminadas por la conciencia de la Verdad, así también su supuesto origen, la mente mortal, no es una entidad con existencia propia. “Puesto que la Mente es inmortal, la frase *mente mortal* indica algo que es falso y, por tanto, irreal; y la frase se usa en la enseñanza de Christian Science para designar lo que no tiene existencia real” (C&S 114:13).

Por más real que la materia pueda aparecer a la concepción humana, no es nada más que “la condición subjetiva de la mente mortal” (C&S 189:34). Procede así de una fuente que no es parte de la realidad divina, y la cual en “obediencia a la ley inmutable del Espíritu... se destruye a sí misma” (210:24–26). Por ello la materia no puede ser jamás algo más que “un concepto humano, a veces bello, pero siempre erróneo” (C&S 277:34).

*El concepto divino y el humano.* Cuando la Ciencia Cristiana afirma que “la materia es la falsedad, no la realidad, de la existencia” (C&S 127:21), y cuando declara que “la materia no es más que una creencia mortal” (C&S 125:33), esto verdaderamente contradice nuestra experiencia

humana, mas no contradice la lógica. Sin embargo el lector para quien esto pasa desapercibido, pudiera fácilmente malinterpretar estas explicaciones. Entonces estaría presto a elevar su objeción de que el Libro de Texto se contradice, mostrando en un solo lugar por qué la materia no tiene realidad, y en el siguiente cómo puede ser vencida.

Por esta razón es vital mantener siempre en mente el hecho de que el Libro de Texto está basado en un solo valor lógico, en tanto que en sus declaraciones utiliza la lógica conceptual dual. El Libro de Texto muestra cómo el ser se presenta a sí mismo desde el punto de vista divino, y al mismo tiempo, cómo este mismo ser divino se ve cuando nosotros lo miramos desde el erróneo punto de vista humano. Estos dos conceptos opuestos, el divino y el humano, nos conducen entonces a dos declaraciones aparentemente contradictorias acerca del ser. El lector del Libro de Texto debe por tanto, considerar siempre el punto de vista desde el cual se hace cualquier declaración acerca del ser. Enfocado desde el punto de vista mortal, el cual contiene un concepto falso del ser, la desarmonía y la enfermedad son reales; y así podríamos leer en el Libro de Texto: “La enfermedad no es ni imaginaria ni irreal—es decir, no lo es para el sentido equivocado y atemorizado del paciente. La enfermedad es más que fantasía; es firme convicción” (C&S 460:15–18). Pero igualmente correcta es la declaración (vista desde la perspectiva divina, la cual imparte el concepto correcto), que el ser desconoce la enfermedad, el pecado y la muerte: “El pecado, la enfermedad, todo lo que a los sentidos materiales les parece real, es irreal en la Ciencia divina” (C&S 353:2–4). Cuando la Ciencia Cristiana enseña que en realidad no hay pecado, enfermedad ni muerte, no está diciendo que no debemos experimentar inarmonía en nuestras vidas humanas. Tan sólo está negando que pueda asignarse algún valor real a esta experiencia humana. Por lo tanto a la enfermedad “hay que tratarla por medio de la comprensión correcta de la verdad del ser” (C&S 460:18–20).

*¿Cuál conciencia es verdadera y real?* La respuesta a esta pregunta es evidente por sí misma. Sólo esa conciencia que es una con Dios y Sus ideas, puede ser verdadera. Esta conciencia es una con Mente, Espíritu, Alma, Principio, Vida, Verdad, Amor; de lo cual todo aquello de lo que está consciente, coincide con esta naturaleza divina, y es real. La conciencia mortal, en contraste, jamás es una con la naturaleza divina y siempre testifica del concepto irreal y falso del ser. Al ser divino podemos sustituirlo con los siete sinónimos para Dios y Sus ideas, lo que nos lleva a las siguientes conclusiones:

- Es real aquello que es uno con Mente y sus ideas, y percibe los hechos de Mente; aquello que proviene de la mente mortal, de los enfoques y opiniones del mundo, es irreal y por lo tanto testifica lo opuesto a Mente.
- Es real aquello que es uno con Espíritu y sus ideas, y percibe la naturaleza espiritual del ser; aquello que proviene de la carne, de la materia, es irreal y testifica del universo material.
- Es real aquello que es uno con Alma y sus ideas, y se da cuenta constantemente de la inmutable impecabilidad; la corporeidad que testifica de los sentidos físicos, es irreal.
- Es real aquello que es uno con Principio y sus ideas, y percibe la armonía del ser; todo aquello que testifican las teorías y dogmas humanos como desarmonía, es irreal.
- Es real aquello que es uno con Vida y sus ideas, y percibe la inmortalidad del ser; todo lo que testifica de la muerte, el deterioro y la carencia, es irreal.

- Es real aquello que es uno con Verdad y sus ideas, y percibe siempre el ideal completo del ser divino; todo lo que testimonia de enfermedad, error, falsedad, es irreal.
- Es real aquello que es uno con Amor y sus ideas, y percibe dondequiera la perfección del Amor que todo lo abarca; aquello que en algún momento o en cierto lugar testimonia de algo más que esta perfección, es irreal.

*Comprensión—la llave del ser.* Al considerar la irrealidad y lo inadecuado del testimonio de los sentidos, (pág. 36–39) vimos que no podemos captar la realidad debido a los límites de percepción de nuestros sentidos físicos. Para conocer la Verdad, para obtener el concepto verdadero del ser, requerimos de comprensión científica. La comprensión científica es la llave para el enigma de la existencia mortal, porque sólo ella nos informa que no hay dos creaciones, dos valores mutuamente contradictorios en el ser, sino un solo valor, un Principio divino y su creación. Cuando vemos esta creación correctamente, hallamos que es espiritual, armoniosa y perfecta; pero si la malinterpretamos, entonces la misma creación aparece a nuestro falso concepto material, inarmónica e imperfecta:

- Un universo mortalmente mental, con multitud de agentes mentales y físicos produciendo el mal, no es más que nuestra propia interpretación equivocada de la creación de Dios, la Mente divina.
- Un universo material es sólo nuestra propia interpretación equivocada de la creación de Dios, el Espíritu.
- Un universo pecador, malicioso y malvado es sólo nuestra propia interpretación equivocada de la creación de Dios, el Alma.
- Un universo mal gobernado es sólo nuestra propia interpretación equivocada de la creación de Dios, el Principio.
- Un universo temporal, finito y mortal, es sólo nuestra propia interpretación equivocada de la creación de Dios, la Vida.
- Un universo lleno de mentiras y engaños, injusticia y falsedad, es sólo nuestra propia interpretación equivocada de la creación de Dios, la Verdad.
- Un universo falto de amor, agitado, falto de paz, es sólo nuestra propia interpretación equivocada de la creación de Dios, el Amor.

*La Conciencia de la Verdad.* Con esta comprensión, el estudiante de Ciencia Cristiana renuncia a su lucha continua contra el universo material; ya no tratará más de encontrar una razón para las contradicciones e inconsistencias de la existencia material, sino enfocará su energía en adquirir un mejor entendimiento del valor único, Dios, y de Su creación de ideas. En la medida en que comience a entender al universo único, en lugar de malinterpretarlo, ganará el concepto espiritualmente verdadero que le mostrará la realidad como verdaderamente es: perfecta y armoniosa. Esta transformación puede tener lugar aquí y ahora. En Apocalipsis, Juan “estaba en nuestro plano de existencia, y, sin embargo, contemplaba lo que el ojo no puede ver —lo que es invisible para el pensamiento no inspirado. Ese testimonio de las Sagradas Escrituras sostiene el hecho en la Ciencia, que los cielos y la tierra, para cierta conciencia humana, esa conciencia que Dios imparte, son espirituales, mientras que para otra, la mente humana no iluminada, la visión es material. Eso demuestra inequívocamente que lo que la mente humana llama materia y espíritu indica estados y fases de conciencia” (C&S 573:3–12).



Eso simplifica la prueba frente a nosotros. Necesitamos permitir que la Ciencia divina nos enseñe lo que el ser es, y ganar un aún más claro entendimiento de que el testimonio de la conciencia mortal no posee ninguna realidad en sí mismo, sino que es tan sólo una interpretación errónea de la única realidad divina. El Libro de Texto dice de Jesús: “Jesús veía en la Ciencia al hombre perfecto, que aparecía a él donde el hombre mortal y pecador aparece a los mortales” (C&S 476:34–2). Es este ejemplo el que debemos seguir. Dice, él “veía en la Ciencia”, por lo tanto, no con sus ojos físicos y no de acuerdo a los conceptos humanos, sino con una conciencia divinamente científica. Así, él renunció al falso concepto humano y contempló con comprensión científica. Por lo tanto, lo que vio no fue “al hombre mortal y pecador” que aparece ante todos nosotros, sino “al hombre perfecto”. “En ese hombre perfecto el Salvador veía la semejanza misma de Dios, y esa manera correcta de ver al hombre sanaba a los enfermos” (C&S 477:2–4). La “manera correcta de ver” trae frutos; salva, ayuda, sana.

### **Conciencia mortal**

Para una “manera correcta de ver” al ser, todo lo que contradiga el concepto verdadero debe ser reconocido como falso y dejado de lado. Toda la conciencia mortal que constituye al mortal, debe ser depuesta por la conciencia divina que constituye al hombre real. Pero, ¿qué es la conciencia mortal? ¿Cómo opera y cómo se manifiesta?

1. *¿Cuál es la base de la conciencia mortal?* “Conciencia mortal” es un nombre colectivo para todas las creencias, para todo lo que no provenga del Verbo de Dios—es decir, de los siete sinónimos para Dios. Está basada en la mente mortal y sus conceptos erróneos, en la materia, lo físico, los sentidos corporales; está basada en teorías y doctrinas humanas, en enfoques finitos de la vida, en el error y la mentira, en la imperfección. La conciencia mortal está marcada con todo lo que no tiene parte en la verdadera naturaleza del ser divino.

2. *La mente mortal produce toda la desarmonía.* Hemos visto (pág. 38–39) que todo lo que consideramos material existe sólo en nuestra propia conciencia. La inarmonía de la vida humana radica sólo en la conciencia mortal, es producida completamente por ella, y por lo tanto no es objetivamente real. La enfermedad tampoco es intrínsecamente real, sino sólo el producto de la conciencia mortal. Hoy en día la propia medicina ya no excluye esta explicación. Puesto que lo sicosomático ha ido ganando terreno continuamente, hay un mayor consenso acerca de que en los desórdenes funcionales y orgánicos, la causa principal de la enfermedad sea psicológica. Aun la medicina ortodoxa está comenzando a comprender que es la conciencia mortal la que produce la enfermedad. Por lo tanto, para ser seres humanos más sanos, nuestra prioridad no es hacer cuerpos más sanos, sino obtener un concepto más sano de lo que el hombre verdaderamente es.

3. *Formas diferentes de conciencia mortal.* La conciencia mortal es extremadamente compleja; se presenta a sí misma en diferentes formas, de maneras diferentes y opera en muchas esferas. Para reconocer como irreales las ilusiones que provienen de ella, necesitamos una comprensión más clara de su estructura y mecanismo. Las creencias que conforman la conciencia mortal pueden dividirse en varios grupos. Las distinguimos principalmente como creencias individuales, colectivas y universales, así como conscientes e inconscientes.

*Creencias individuales.* Todo enfoque y concepción personal, toda creencia errónea y falsa acerca del Ser divino y su creación, mantenida por cada uno de nosotros, puede ser calificada como creencia individual. Fija su marca en el pensamiento y en el sentimiento y modela el carácter individual de los mortales. La clase de vida que llevan y la forma como experimentan el mundo donde viven, está, en parte, determinada por estas creencias individuales.

Un enfoque negativo de la vida produce experiencias negativas. La preocupación acerca de la mala salud y las desgracias, a menudo provoca aquello que más tememos.

*Creencias colectivas.* Pero no todas las enfermedades, dificultades y problemas que nos acosan pueden ser explicadas atribuyéndoselas a nuestras propias creencias individuales. Muy a menudo una persona se enferma sin siquiera haber temido esa enfermedad en particular, o sin siquiera haber escuchado previamente su nombre. Niños inocentes, así como personas sin educación acerca de las creencias personales, caen enfermos, y lo mismo ocurre con los animales y aun con las plantas. Esto prueba que la conciencia mortal no sólo incluye las creencias conscientes individuales, sino también las colectivas, las universales y las inconscientes.

Muchas de estas creencias no se formulan en la conciencia individual, sino son compartidas por grupos de personas, cuerpos colectivos de pensamiento. Toda persona en lo individual es miembro de incontables grupos; pertenece a cierta raza, a cierta nación, cultura, religión; es hombre, mujer, niño, etc. Como miembros de estos grupos, aun sin darnos cuenta, somos influenciados por todas las creencias que son importantes para los grupos respectivos. Estas creencias colectivas pueden tener su efecto sobre las vidas y cuerpos de los individuos sin su conocimiento.

*Creencias universales.* Por creencias universales entendemos todas esas creencias que no sólo aplican a los individuos o a grupos especiales, sino al universo mortal en general, tales como pecado, enfermedad, muerte, vejez, decadencia, herencia, catástrofes, influencias cósmicas, etc.

No debiéramos llevar todos nuestros problemas hacia nuestras propias fallas, haciendo en automático responsables a nuestras creencias conscientes individuales de haber producido toda condición inarmónica. Un inválido de nacimiento, sufriendo quizá de la creencia universal en la herencia, podría tener una conciencia superior, y hablando espiritualmente, una conciencia individual más cultivada que el materialista que disfruta de la mejor salud simplemente porque la misma pretensión universal de herencia lo ha dotado con una constitución más fuerte. La enfermedad y la discordia de toda clase provienen de las creencias colectivas y universales, así como de las individuales. La familia, la profesión, el clima, la nacionalidad y mucho más, también podrían ser responsables. Cualquiera que sea la causa de la enfermedad, ya sea que se trate de una creencia individual, colectiva o universal, y sus efectos, en todo caso es importantísimo ver que son creencias, y no hechos objetivos, los que producen estos fenómenos.

*Creencias conscientes e inconscientes.* La psicología se basa en la proposición de que el hombre experimenta conscientemente sólo un pequeño porcentaje de lo que ocurre en su conciencia, y que con mucho la mayor parte yace dormida en el inconsciente. La conciencia puede asemejarse a un iceberg, del cual sólo la más pequeña parte aparece sobre la superficie, en tanto que la mayor parte yace escondida, pero que sin lugar a dudas está ahí. Y precisamente es esta mayor parte invisible del iceberg la que es traicionera y peligrosa. Ocurre lo mismo con el inconsciente. Imágenes y fuerzas desconocidas por nosotros, que hayan estado latentes por años en el subconsciente, pudieran surgir con un impacto tal, que la mente consciente no podría comprender ni está capacitada para tratar.

La mente mortal inconsciente abraza todas las creencias de la mente mortal, muchas de las cuales pudieran tener millones de años de edad; tal como las creencias de las que estamos conscientes, éstas también provocan toda clase de discordias. “Pero en la metafísica el hecho es que sólo la mente del individuo puede producir un resultado sobre su cuerpo. La creencia que produce este resultado puede ser totalmente desconocida para el individuo, porque yace en el

pensamiento inconsciente, y es la causa latente que produce el efecto que vemos” (Cur. 6:23–28).

La mente mortal es en todo sentido, el opuesto a la Mente divina. Por ello no es omnisciente, sino completamente ignorante de sí misma, de su origen, sus errores, sus métodos de operación y sus efectos. “La mente mortal no se conoce a sí misma—no conoce los errores que ella encierra y los efectos que éstos producen” (C&S 408:33–1). Por lo tanto, los mortales son en su mayoría, una víctima indefensa ante las circunstancias discordantes que surgen de la mente mortal, porque con esta misma mente mortal ignorante jamás pueden dar con la causa verdadera de la discordia, en forma tal, como para hallar la solución adecuada al problema.

4. *La conciencia mortal no es personal.* La conciencia mortal proviene de la mente mortal y no de una persona. Los mortales no pidieron ni crearon la conciencia mortal. Por el contrario, la mente mortal crea a los mortales. “El pecado existía como falsa pretensión antes de que se formara el concepto humano del pecado; por lo tanto, nuestro concepto del error no es el todo del error. El pensamiento humano no constituye el pecado, sino *viceversa*, el pecado constituye el concepto humano o físico” (Ret. 67:1–5). En general estamos propensos a creer que es el pecador quien peca, que los mortales comenten pecados y por tanto deben ser castigados. Pero el caso es todo lo contrario: “El pecador no se creó a sí mismo ni creó el pecado; sino que el pecado creó al pecador” (Ret. 67:19–20). El pecador es tan sólo la herramienta de la mente mortal. Pero esta mente mortal ya estaba en acción como el supuesto opuesto de la Mente divina, antes que los hombres estuvieran familiarizados con el concepto de pecado. Más bien la mente mortal es la supuesta creencia en un opuesto a la Mente divina, que busca dominar todo lo que sea incapaz de resistirla, tal como el pensamiento de los mortales enredados en creencias erróneas. Por ello, lo que origina el pensamiento falso y vicioso, jamás es el propio mortal, jamás una persona, sino siempre solamente la conciencia mortal. Para liberarnos de ella, no tenemos que culparnos ni condenarnos como pecadores, sino más bien buscar los medios para protegernos de convertirnos en la herramienta del pecado o de la mente mortal.

También la Biblia enfatiza en sus enseñanzas que el pecado no debe achacarse a una persona en particular. Cuando Jehová le pregunta a Adán si ha comido del árbol prohibido, Adán responde en la forma en que los mortales lo hacen cuando han cometido un error: buscando pasar la culpa sobre algo o alguien más. Por consiguiente Adán responde: “La mujer que me diste por compañera me dio del árbol, y yo comí”; Adán culpa a Eva, o hablando metafísicamente, hace personal la tentación. Más aún, también intenta hacer responsable a Jehová por el pecado, al señalar que Jehová le dio la mujer que lo tentó. Por otro lado, la respuesta de Eva demuestra la comprensión de que el pecado no es ni persona ni proviene de Dios. Ni culpa a Dios ni a otro por el pecado, sino dice: “La serpiente me engañó” (Gén. 3:11–13). La serpiente simboliza la conciencia mortal. De esta manera Eva se convierte en la primera de las grandes mujeres de la Biblia; por su comprensión de la impersonalidad del error fue capaz de dar a luz a Set, su tercer hijo, que señala el primer paso en el camino de la redención, porque de él leemos que en su tiempo “los hombres comenzaron a invocar el nombre del Señor” (Gén 4:26). Hasta que comprendamos que el mal, el pecado o la mente mortal no son persona, y por lo tanto no nos pertenecen, es que podremos liberarnos de ellos. La enfermedad no es nuestra enfermedad, el dolor no es nuestro dolor; la enfermedad y el dolor son creencias de la mente mortal. “El mal no tiene realidad. No es ni persona ni lugar ni cosa, sino simplemente una creencia, una ilusión del sentido material” (C&S 71:2).

Si el mal o pecado no es una persona, entonces nuestro primer deber es no castigar a las personas por el pecado, sino deshacernos de las creencias pecaminosas. Siempre el mal se castiga

a sí mismo; desde el comienzo, el pecado lleva dentro de sí mismo la semilla de la autodestrucción. Tan luego como dejemos de identificarnos con el mal, comprendiendo que no nos pertenece, sino a la mente mortal, podremos también liberarnos de sus consecuencias, del castigo que conlleva. Por ejemplo, esto es lo que Jesús hizo al resucitar a Lázaro. Removió la consecuencia de la enfermedad, la muerte, y trajo a Lázaro a la vida. Pero de la enfermedad de Lázaro dijo: “Esta enfermedad no es para muerte, sino para la gloria de Dios, para que el Hijo de Dios sea glorificado por ella” (Juan 11:4). Aun cuando el mal nos haya esclavizado temporalmente, siempre podemos invertir la situación para que no nos destruya, y para que sirva “para la gloria de Dios” y debe glorificar al hijo de Dios, nuestro ser verdadero a semejanza del Cristo. Tan novedosa inversión como ésta no fue sólo posible para Jesús; ocurre siempre que despertamos al reconocimiento de que el mal no tiene nada que ver con nosotros personalmente y por tanto no puede destruirnos, tan sólo a sí mismo.

Debido a esto es que no debemos jamás juzgar a otros. La enseñanza de Jesús: “No juzguéis, para que no seáis juzgados” (Mat. 7:1), no es sólo una buena norma de ética, sino que establece un hecho metafísico fundamental. Esto está claramente ejemplificado en la historia de Noé y sus hijos. Noé había bebido, “y estaba descubierto en medio de su tienda. Y Cam, padre de Canaán, vio la desnudez de su padre, y lo dijo a sus dos hermanos que estaban afuera”. Con ello Cam juzgó a su padre y esparció el mal. “Entonces Sem y Jafet tomaron la ropa, y la pusieron sobre sus propios hombros, y andando hacia atrás, cubrieron la desnudez de su padre, teniendo vueltos sus rostros, y así no vieron la desnudez de su padre”. A diferencia de Cam, ellos impersonalizaron al mal al no adjudicárselo personalmente a su padre; por ello se alejaron de la vista de la desnudez de su padre. Por esta razón Cam fue maldecido en tanto que Sem y Jafet fueron bendecidos (Véase Gén. 9:21–27). La justificación propia personaliza tanto al bien como al mal. Le atribuye el mal a otros, el bien a sí misma, y con ello obstruye su camino a la realidad donde el bien viene de la conciencia divina y el mal de su falsificación, la conciencia mortal. “Los publicanos y las ramera van delante de vosotros al reino de Dios” (Mat. 21:31), dijo Jesús a los fariseos que expresaban justificación propia.

El que juzga a otros se juzga a sí mismo. Al adjudicar el mal a las personas en lugar de a la mente mortal, se incluye uno a sí mismo en el mal, junto a los demás, porque también se es una persona, y consecuentemente aquél, como los demás, está sujeto a la autodestrucción del mal. Pero el propósito de la Verdad jamás es destruir a un pecador, sólo aniquilar el pecado.

5. *En la conciencia mortal lo mayor controla lo menor.* En la conciencia mortal hay una acumulación de creencias individuales, colectivas, universales, conscientes e inconscientes; en parte complementándose y en parte contradiciéndose. En cualquier situación, el temor particular de un individuo puede diferir bastante del de otro; por ejemplo, del de cualquier otro miembro de su grupo. Surge entonces la pregunta sobre cuál creencia domina, y de si hay una especie de jerarquía en las creencias de la conciencia mortal.

*Las creencias mayoritarias gobiernan a las creencias minoritarias.* Las creencias universales tienen prioridad sobre las colectivas, y las universales y las colectivas dominan las individuales. Esto ocurre tanto en el sentido positivo como en el negativo. Así por ejemplo, el temor colectivo de un grupo acerca de una epidemia, puede anular la creencia de un individuo de que no lo dañará; y aunque el individuo pudiera no haber pensado ni saber nada de la enfermedad, de todas maneras se contagia porque su creencia individual acerca de su sana constitución, es menos poderosa que la creencia colectiva de que todos caerán víctimas de la enfermedad. Pero naturalmente lo contrario ocurre también; aunque el paciente quizá pudiera ser escéptico a una medicina y no tener fe en su efecto curativo, a pesar de eso ésta puede sanarlo,

porque la confianza general en su eficacia es muy fuerte. “Cuando los enfermos se restablecen con el uso de medicinas, lo que efectúa la curación es la ley de una creencia general, que culmina en fe individual; y conforme a esa fe serán los resultados” (C&S 155:3–6). “Aunque quitéis la confianza individual en el medicamento, todavía no habéis desligado el medicamento de la fe general. El químico, el botánico, el farmacéutico, el médico y la enfermera equipan la medicina con su fe; y las creencias que están en mayoría son las que dominan. Cuando la creencia general atribuye al inanimado medicamento la virtud de producir tal o cual efecto, el disentimiento individual o la fe individual, a menos que descansa en la Ciencia, no es sino una creencia mantenida por una minoría, y tal creencia es gobernada por la mayoría” (C&S 155:6–16).

*La creencia más fuerte gobierna a la más débil.* Cuando consideramos creencias diferentes dentro del mismo rango, como por ejemplo creencias individuales de varios tipos, pronto reconocemos que las más fuertes gobiernan a las más débiles. Por ejemplo la creencia del doctor es generalmente más fuerte que la del paciente, y determina así el curso de la enfermedad. La propia medicina está consciente del poderoso efecto que la reacción del médico puede tener sobre el enfermo. Una palabra de aliento, una observación favorable por parte del médico, contribuye más a la recuperación, que la medicina que administra.

De la misma manera las creencias de los padres fijan su impresión en las de sus hijos. Los bebés son especialmente susceptibles a las creencias de sus padres, cuyas ansiedades y temores pueden en muchos casos afectar la condición física de sus pequeños.

Un ejemplo típico del control ejercido por una creencia individual fuerte sobre una débil es la que hallamos en el hipnotismo. Ningún hipnotizador puede tener éxito si su paciente lo confronta con una mentalidad particularmente poderosa o con una profunda convicción religiosa. Si tiene éxito en hipnotizar a otros, “emplea un error para destruir otro. Si cura la enfermedad por medio de una creencia, y fue una creencia lo que originalmente causó la enfermedad, es un caso en que el error mayor vence al menor. Después de eso, ese error mayor ocupa el terreno y deja el caso en peor estado que antes que el error más fuerte se apoderara de él” (C&S 104:23–29).

Los diversos métodos de la autosugestión también funcionan sobre la misma base. En éstos, las creencias débiles en la propia conciencia están sojuzgadas por la repetición constante de la sugestión de que la salud está mejorando, y continúan hasta que éstas se conviertan en la creencia fuerte y finalmente gobiernan el caso.

En el reino de las creencias, las buenas creencias no dominan a las malas, pero como aprendemos por experiencia, la más fuerte vence a la débil sin importar si es buena o mala. Esto explica por qué la gente que no obedece ningún código moral en ocasiones es más exitosa y sana, que los moralmente buenos. Debido a que piensan exclusivamente y sin reparo alguno en sí mismos y no tienen escrúpulos de conciencia, ni viven en un estado de contradicción interna, no sufren de sentimientos perpetuos de culpa y están libres de conflictos psicológicos. Su convicción errónea de que tienen el derecho de hacer lo que les plazca, es más fuerte que su temor moral en el castigo por sus pecados. La creencia más fuerte vence a la más débil, y con la más fuerte predominando, el mal toma el control. Pero de lo que no se dan cuenta es que a pesar de ser humanamente saludables y exitosos, están fallando en su misión como hombres. En algún momento se verán forzados por el poder del Cristo, a ajustarse al plan divino, tal como vimos en la sección relacionada con el poder irresistible del Cristo (pág. 23–24).

*Curación por fe.* Que las creencias más fuertes gobiernan siempre a las más débiles, lo podemos ver también en las diferentes formas de curación por fe, que han sido practicadas en mayor o menor grado en toda época, y han sido consideradas como milagros inexplicables. Pero

éstas también descansan sobre el principio fácilmente comprensible de que la más fuerte controla a la más débil; una creencia fuerte en el poder sanador de Dios gradualmente vence al temor que debilita, al poder destructivo de la enfermedad. Entonces aquí el éxito no depende de lo que el paciente crea, sino más bien de cuán imperturbable sea su fe religiosa. Su fe ciega e imperturbable en Dios, o en el poder sanador místico de una persona en particular, pudiera quitar el peso de la creencia de que está enfermo, y provocar la curación. En tal caso no es tanto el contenido de la creencia sino la intensidad de la confianza, lo que determina el éxito. Esto acontece no sólo en el reino de la curación a través de la fe religiosa y metafísica, sino también y más frecuentemente de lo que uno supone, en el campo de la medicina.

*Fe en la medicina y en el médico.* Como todos los médicos saben, en todo tratamiento, la esperanza, la fe y la confianza en el médico, juegan una mayor o menor parte. Esta fe juega una parte importante en la labor de curación, y se utiliza deliberadamente en el tratamiento sicosomático. Actualmente hay una convicción creciente, de que no es tanto la droga prescrita, sino la expectativa del paciente, la que provoca la mejoría en su condición. Las pruebas hechas con placebos confirman esta opinión. Los placebos son medicinas simuladas que se parecen a las verdaderas en apariencia, forma, color, sabor y consistencia, pero que no contienen ingrediente alguno. Series de pruebas prolongadas demostraron que los placebos producen efectos que pueden conducir a un mejoramiento subjetivo de la enfermedad. Aun la homeopatía que tiene bastante buena aceptación, no puede dar una explicación convincente de cómo una droga reducida a su atenuación extrema puede aún tener algún efecto; de ahí que la medicina ortodoxa critica que las curas homeopáticas no tienen nada que ver con los remedios que ella utiliza. Mary Baker Eddy estuvo familiarizada con estos métodos por su experiencia personal: “Se sabe que remedios homeopáticos, que a veces no contienen ni una partícula de medicina, alivian los síntomas de la enfermedad. ¿Qué ocasiona el cambio? Es la fe del médico y del paciente, que reduce los sufrimientos autoimpuestos y produce un efecto nuevo sobre el cuerpo” (C&S 398:17–22).

El paciente que tiene fe en Dios tiene en común lo mismo que otro que cree en su médico: también renuncia a sus propias dudas y temores por una creencia cada vez mayor en que puede ser curado. En la curación por fe no importa aquello en lo que el paciente crea, ya sea en su médico, en algún nuevo medicamento o en la omnipotencia de Dios, porque en todo caso es su fe creciente lo que lo sana, y cualquier creencia que venza su miedo, ayudará. Sin embargo hay una diferencia fundamental entre el paciente que pone su fe en un médico y otro que confía en Dios. En el primer caso, la creencia más débil en la enfermedad es dominada por otra creencia material y más fuerte. Pero en el segundo, la creencia más débil en la enfermedad es reemplazada por una creencia en la verdad.

*La creencia en la verdad es el primer paso.* Mirando estas curaciones por fe desde el punto de vista de la Ciencia Cristiana, ciertamente es mejor ser sanado por una fe ciega e incuestionable en la verdad, que por una fe fuerte en una creencia errónea, en remedios materiales o en una persona. En muchos casos la creencia en medios materiales o en una persona puede de hecho ser más fuerte que la creencia específica de enfermedad, y por ello demostrará ser útil. Más también hay un gran riesgo en ello. El paciente tan sólo habrá contribuido a una creencia mayor, y de ninguna manera habrá sido sanado, sino sólo gobernado por una creencia más grande, la cual puede ser útil en lo que a la enfermedad se refiere, pero puede hacer más daño que la propia enfermedad. En esto es como la medicina: el hecho de que toda medicina efectiva tenga sus efectos secundarios, es ampliamente reconocido en la profesión médica.

Sin embargo esto no es aplicable para la creencia en la verdad. Esta creencia no daña al paciente y puede ser considerada como el primer paso hacia una comprensión de la Verdad. Moisés ya estaba consciente de esto cuando trató de transformar la incredulidad de los hijos de Israel hacia una creencia en el poder sanador de Dios. Les dio una señal: “Y Moisés hizo una serpiente de bronce, y la puso sobre una asta; y cuando alguna serpiente mordía a alguno, miraba a la serpiente de bronce, y vivía” (Num. 21:9). También Jesús le dijo a aquéllos a quienes había sanado, que su fe los había hecho sanos.

*A largo plazo no basta una creencia en la verdad.* Para muchos es más fácil creer en un Dios inescrutable con Su incomprensible poder para sanar, que comprender a este Dios y la forma como actúa. Debido a esto, las curaciones por medio de la fe ciega en Dios a menudo se obtienen más rápido que aquéllas que surgen a través de la comprensión científica de Dios. Puesto que en la mayoría de los casos lo primero que le interesa al paciente es ser sanado, en ocasiones le da mucha más importancia a un resultado rápido, considerándolo como prueba de la gran eficacia de la fe, o como un signo de que la fe ciega es el mejor método. Pero esta “fe santa y enaltecedora” (C&S 109:19), a la larga se vuelve insatisfactoria. ¿Por qué? Ciertamente que con este tipo de fe, uno se vuelve hacia la Verdad y no hacia la materia; pero tan sólo cree en ella, no se la comprende. Y toda creencia puede ser suplantada por otra creencia más fuerte; aun la creencia en la verdad puede perder sus efectos tan pronto como una creencia más fuerte en enfermedad se presente. Esa es la razón por la que en ocasiones se da una curación más rápida por medio de la creencia en la verdad, aunque en la mayoría de los casos no se da la curación. Mary Baker Eddy compendió que “hay peligro en este estado mental llamado creencia” y nos alerta que “si la Verdad es admitida, pero no comprendida, puede perderse y el error entrar por este mismo conducto de creencia ignorante. La curación por la fe tiene devotos seguidores, cuya práctica cristiana está mucho más avanzada que su teoría”<sup>11</sup>.

*La comprensión científica gobierna todas las creencias.* Esto nos trae a una pregunta crucial: ¿Hay algo más fuerte que todas las creencias? ¿Hay algo superior a las creencias más fuertes individuales, colectivas, conscientes, inconscientes y aun universales? Dios es lo mayor y lo más fuerte, y uno con Dios es una mayoría, y por lo tanto, siempre superior. Una comprensión científica de Dios tiene control sobre todas las creencias; puede controlar completamente la conciencia mortal con todas sus manifestaciones. El hecho de que la ciencia sea superior a cualquier creencia, es algo universalmente aceptado. Aun cuando miles estuvieran convencidos de que dos más dos son cinco, un solo individuo, comprendiendo las leyes de la aritmética, llegaría a la respuesta correcta con el conocimiento de que dos más dos son cuatro, independientemente de la falsa creencia o del número de personas que la compartiera. La comprensión de la Verdad es el antídoto más efectivo que podemos emplear contra toda clase de creencias.

6. *La conciencia mortal es el opuesto de la Mente divina.* Ya hemos visto qué clase de creencias constituyen la conciencia mortal, y llegamos a la comprensión de que el entendimiento de la Verdad puede eliminar estas creencias. Desde el punto de vista de la comprensión, por tanto, no hay verdad ni sustancia verdadera en esta conciencia mortal. Es nada en sí misma, sólo la falsificación de lo que existe en la realidad. La conciencia mortal es sólo la suma total de la ignorancia acerca de la verdadera naturaleza del ser; es una imagen distorsionada de la Mente, el

---

<sup>11</sup> Ver el artículo de Mary Baker Eddy: *Curación por la Fe* en “Retrospección e Introspección,” páginas 54 y 55. También el artículo: *El Principio y la Práctica* reimpresso en el folleto de Max Kappeler: “*Why Study Christian Science as a Science?*” [“¿Por qué estudiar Ciencia Cristiana, como Ciencia?” disponible en español.]

Espíritu, el Alma, el Principio, la Vida, la Verdad y el Amor, derivada de la ignorancia. El fenómeno de la conciencia mortal, llamado pecado, enfermedad, muerte y toda forma de discordia, es igualmente irreal. Ciertamente que para los sentidos físicos este fenómeno parece justo tan verdadero y real como una suma incorrecta escrita sobre el pizarrón le parece verdadera a todo el que la ve. Pero tanto los fenómenos de la conciencia mortal como el producto de la suma incorrecta son irreales, porque su verdad es atestiguada sólo por esos sentidos físicos y por esa ignorancia que a cambio se originan en la conciencia mortal, y por ello son incapaces de testificar de lo que es verdadero. Tal como el cálculo de que dos por dos son cinco no existe en la aritmética, así el pecado, la enfermedad y la muerte no existen en la Ciencia del ser.

7. *La conciencia mortal es nada.* Hemos visto por un lado lo que la conciencia mortal aparenta ser, y por el otro lo que verdaderamente es, al mirarla desde el punto de vista de la comprensión, es decir, nada, la aparente ausencia de lo que verdaderamente es. Tan pronto como reconocemos por medio de nuestra comprensión de lo que es real, que la conciencia mortal con todas sus erróneas manifestaciones es nada, jamás volverá a parecernos como algo más. De ahí que como Científicos, nos volvamos a la verdadera naturaleza del ser y nos demos cuenta que:

- Como lo opuesto a Mente, las creencias mortales carecen de inteligencia, poder creativo, causa y efecto.
- Como lo opuesto a Espíritu, las creencias mortales carecen de sustancia y de realidad; son incapaces de desarrollarse y por tanto no pueden dar fruto.
- Como lo opuesto a Alma, las creencias mortales no pueden dar testimonio del verdadero ser.
- Como lo opuesto a Principio, las creencias mortales carecen de sistema, y no están basadas en alguna autoridad real, y jamás conducen a la armonía.
- Como lo opuesto a Vida, las creencias mortales no pueden dar a luz ningún fenómeno indestructible, y por ello carecen de existencia permanente.
- Como lo opuesto a Verdad, las creencias mortales no contienen ningún elemento de verdad, y siempre son contradictorias y autodestructivas.
- Como lo opuesto a Amor, las creencias mortales carecen de objetivo, y por tanto jamás se satisfacen.

También esto responde la antigua pregunta: ¿De dónde vino el mal, si Dios creó sólo el bien y Él es todo? Esta cuestión siempre es preguntada desde el punto de vista del sentido material, empañada por la mente mortal al creer en el mal como real. El pensamiento humano no puede dar ninguna respuesta satisfactoria a esta pregunta, pues está encadenado por el error. Sólo puede ser respondida por una comprensión de la Verdad, donde la pregunta del mal no surge, porque no existe. De igual manera, la pregunta que de dónde vienen “dos más dos igual a cinco” sólo puede ser contestada correctamente por alguien con cierto conocimiento de que dos más dos son cuatro. Y la respuesta de aquéllos con comprensión, tanto en aritmética como en la Ciencia Cristiana, es siempre la misma, es decir: la mentira, la falsedad, no viene de algún lado, porque no existe. Surge sólo como un concepto erróneo de aquéllos engañados por la ignorancia. Sin embargo a ellos, no puede uno darles la respuesta correcta tratando de explicar lo falso que ellos consideran como verdadero. Es mejor explicarles lo que en realidad es verdadero y real; entonces la ilusión se cae por su propio peso, y la pregunta ya no surge más.



## Comprensión divina

*Conciencia mortal, conciencia humana, conciencia divina.* Básicamente hay tres tipos diferentes de conciencia: la mortal, la humana y la divina. Hemos descrito la conciencia mortal con todas sus creencias, como aquella que está grabada por la ignorancia de la verdadera naturaleza del ser, de ahí que contenga sólo ilusiones. En contraste, la conciencia divina sólo conoce ideas divinas; es aquella conciencia que sabe todo acerca de la naturaleza verdadera del ser. La conciencia humana está en algún lugar en medio; en parte está gobernada por las creencias que surgen de la conciencia mortal, y aun así participa en mayor o menor medida, de aquellas ideas que pertenecen a la conciencia divina. “Los pensamientos humanos tienen sus grados de comparación” (C&S 297:26–27). En la medida en que la conciencia humana se aparta de la conciencia mortal y sus creencias, y acepta las ideas de la conciencia divina, es transformada y se vuelve más y más a semejanza de la Mente divina. Cuando el último vestigio de creencia mortal ceda a lo divino y desaparezca, entonces será alcanzado ese estado que Jesús demostrara en su ascensión; él alcanzó la perfecta conciencia divina.

*El camino a la comprensión.* Tenemos la capacidad de tomar decisiones conscientes, no para ser engañados por la mente mortal y por todas sus creencias, sino para poder estar abiertos a la conciencia divina y en consecuencia a los hechos espirituales del ser. Cuando tomamos este camino se efectúa un cambio de conciencia en nosotros. ¿Cómo sucede? Por la vía del entendimiento, la cual tiene dos estados descritos por Mary Baker Eddy como sigue: “La Ciencia divina, superando las teorías físicas, excluye la materia, resuelve *cosas* en *pensamientos* y reemplaza los objetos del sentido material con ideas espirituales” (C&S 123:14–17).

El primer estado consiste en resolver cosas en pensamientos. Dimos este paso cuando estuvimos discutiendo el testimonio de los sentidos físicos. Entonces vimos que la materia no tiene realidad como tal, así que no necesitábamos considerarla; y nos dimos cuenta que no se trata de cambiar cosas materiales, cuya existencia aparente en todo caso es ilusoria, sino cambiar nuestro concepto de las cosas. Esta comprensión nos trajo al segundo paso: reemplazamos los objetos del sentido material por las ideas espirituales; es decir, llenamos nuestra conciencia con las verdades del ser divino, con ideas. Aumentamos nuestra comprensión de la verdadera naturaleza del ser, de Mente, Espíritu, Alma, Principio, Vida, Verdad y Amor. Luego experimentamos la realidad que produce este entendimiento espiritual: la armonía, la salud, la creación perfecta de Dios.

*Sólo la Ciencia conduce a la comprensión.* Ganamos dominio sobre el mundo material y su séquito de discordia, sólo por medio de una comprensión espiritual bien establecida. Pero ni la fe ciega en Dios ni una religión ritualista conducen a este entendimiento del ser. En una era donde todos los aspectos del mundo material son tema de investigación por métodos científicos, resulta también esencial que la verdad del ser sea captada en su Ciencia, porque sólo como Ciencia puede ser explicada, aprendida, comprendida y después probada. Nuestra era ha atestiguado un gran desarrollo de las ciencias en todos los aspectos de la vida humana, pero lo más importante de nuestra época es la posibilidad que tenemos hoy en día de captar la realidad del ser por medio de la Ciencia de Dios, para con ello obtener ese entendimiento que vence a la conciencia mortal.

“El universo, lo mismo que el hombre, debe ser interpretado por la Ciencia desde su Principio divino, Dios” (C&S 124:16–17). Esta interpretación desde el Principio divino, la explicación de los cuatro grandes factores del Ser (el Verbo, el Cristo, el Cristianismo y la Ciencia) desde el punto de vista de la Ciencia, constituye por tanto, el tema de la segunda parte de este libro.

## El Enfoque Científico Hacia el Ser Divino

### Capítulo 6

#### El enfoque científico hacia el Verbo de Dios

##### El estándar divino

Al estar considerando el Verbo de Dios (Capítulo 2, pág. 9–16), vimos que el concepto de Dios tiene que ser definido, y su significado explicado en detalle. Vimos que el verdadero monoteísmo descansa no sólo en tener *un solo* Dios, sino aún más importante en tener uno y el *verdadero* concepto de este Dios. La Ciencia nos da esta única interpretación verdadera de lo que Dios realmente es. Dios, el infinito Principio divino del ser, tiene una Ciencia para declararse (Véase C&S 546:10). Esta Ciencia presenta el estándar absoluto o norma divina. No interpreta al único y eterno Ser divino desde un punto de vista humano y finito, el cual es incapaz de impartir el verdadero concepto de las cosas, sino más bien, da la propia revelación del Principio divino de todo ser verdadero. Ejemplos de esta autodeclaración fundamental de Dios son hallados en la Biblia (en los siete días de la creación), y en el Libro de Texto por medio de los siete sinónimos para Dios, los cuales coinciden con los días de la creación tanto en su significado como en su orden de presentación. Por medio de esta Ciencia, que revela la naturaleza de Dios como Mente, Espíritu, Alma, Principio, Vida, Verdad, Amor, podemos renunciar a varias de las nociones acerca de Dios y ganar el concepto verdadero. Sólo la Ciencia puede conducirnos al verdadero monoteísmo, porque a través de la Ciencia encontramos el estándar divino desde el cual nuestro concepto jamás debiera desviarse.

Conforme comprendemos lo que constituye la naturaleza divina, también comenzamos a ver aquello que no es parte de la naturaleza de Dios. La verdadera comprensión siempre marca una línea divisoria entre el estándar que entendemos que es divino, y todo lo desemejante a este estándar, es decir, entre la Verdad y el error, entre la realidad y las supuestas falsificaciones de la realidad. Para el estudiante significa aprender a percibir a Dios por medio de los siete sinónimos, pero al mismo tiempo, ir sabiendo lo que no tiene parte en el ser divino, porque es opuesto a la claramente definida séptupla naturaleza de Dios. Un concepto verdaderamente científico de Dios incluye así, tanto la comprensión de la naturaleza de Dios y de Sus ideas, como la noción de la nada de lo que parece ser lo opuesto a Dios.

##### Creencia—fe—comprensión

Con el reconocimiento de que la Ciencia es capaz de darnos el verdadero concepto del ser, de inmediato surge la pregunta: ¿Cómo podemos estar receptivos a esta verdadera interpretación? ¿Cómo podemos responder a esta Ciencia? Hay tres formas fundamentalmente distintas de tratar de entender al ser: 1. por medio de la creencia, 2. por medio de la fe, 3. por medio de la comprensión. Todos los tres métodos tienen un denominador común: su principal objetivo es discernir la Verdad. Pero a pesar de eso, nos conducen a resultados muy distintos. Si elegimos el camino de la creencia, seguiremos a la Verdad en forma ignorante; si elegimos el camino de la fe, tendremos una fe esperanzada en la Verdad; pero si elegimos el camino de la

comprensión, encontraremos la Verdad como Ciencia demostrable. Por lo tanto consideremos cada uno de estos tres enfoques en forma independiente:

1. *Creencia*. Toda creencia, incluyendo la creencia en la Verdad, está basada en la ignorancia. Pero la ignorancia no nos protege. Aun la creencia buena de que hay un solo Dios, que Él es bueno y cuida a la humanidad, aun esto en sí mismo, carece del poder de la demostración; porque siendo una simple creencia, no tiene ninguna fuerza para resistir la creencia opuesta de que la materia o el mal sean reales. Por ello una creencia buena no puede vencer una creencia falsa, porque no sabe lo que la verdad es, sino sólo cree. Puesto que en el reino de la creencia, siempre la creencia más fuerte gobierna a la más débil, la creencia en la Verdad, aunque sea una creencia correcta, estará a merced de todas las creencias erróneas que sean más fuertes o que mantengan la mayoría. De ahí que si nos aproximamos al Verbo de Dios tratando de manejar la Ciencia del ser por medio de la creencia ciega en la Verdad, no llegaremos muy lejos. Tan solo habremos cambiado nuestras anteriores creencias religiosas por otras creencias, y esto sirve de poco. Si queremos experimentar la demostración de la Verdad revelada por la Ciencia, no basta aceptar y embeber esta Verdad por medio de la creencia.

Más aún, el camino de la fe ciega no implica tan sólo carecer de resultados, sino que es perjudicial. “Nada es más antagónico a la Ciencia Cristiana que una creencia ciega sin comprensión, pues tal creencia oculta a la Verdad y construye sobre el error” (C&S 83:9–12). Sin embargo no debemos deducir de esto que sea del todo malo creer en la Verdad. “Una creencia en la Verdad es mejor que una creencia en el error” (C&S 297:28–31); al principio aun pudiera ser necesario aceptar el tema nuevo por fe. Pero no está bien permanecer en este estado inicial, intentando demostrar la Ciencia de Dios con ignorancia, más que con comprensión.

*Fe*. Aun con fe en Dios, no se capta en su totalidad, la realidad del ser, aunque la fe nos lleve más lejos que la creencia ciega. Al menos la fe es lo suficientemente superior al testimonio de los sentidos como para ser capaces de tener “esperanza contra esperanza” (Rom. 4:18). Vimos en un capítulo anterior (pág. 5–6), que en la Biblia, la palabra “fe” tiene un significado diferente a su uso actual. Por lo tanto necesitamos diferenciar entre la fe que es “fe ciega” y la “fe santa y enaltecedora”. En relación al tema de la fe ciega, el Libro de Texto dice: “Si no nos elevamos más alto que la fe ciega, no alcanzamos la Ciencia de la curación ni llegamos a comprender que la existencia está en el Alma y no en los sentidos” (C&S 167:3–6). La fe ciega es muy similar a la creencia. Sin embargo la fe espiritual es algo bastante distinto. De esta fe, el Libro de Texto declara: “La fe es más elevada y más espiritual que la creencia. Es un estado de crisálida del pensamiento humano, en el cual la evidencia espiritual, contradiciendo al testimonio de los sentidos materiales, empieza a aparecer, y la Verdad, lo siempre presente, empieza a comprenderse” (C&S 297:21–26). La fe verdadera puede volverse una piedra de ascenso para la comprensión espiritual, mas no debemos conformarnos sólo con la fe. La “fe santa y enaltecedora” puede, es cierto, asirse fuertemente a la Verdad contra el testimonio de los sentidos, y tener esperanza en la Verdad “contra esperanza”, pero no puede probar concluyentemente esta Verdad. De hecho alguien que tenga fe, puede tener un sentido de la realidad, aun donde la irrealidad pareciera triunfar, pero en tanto que no comprenda la realidad, jamás podrá producir prueba evidente de que su “sentido” de ella es correcto. Es cierto que esta fe podría ser capaz de poner mayor y más duradera resistencia a las creencias más fuertes, pero al final esa fe tendría que capitular si las creencias opuestas fueran más fuertes. Por ello la fe debe ser vista sólo como un paso más en el camino de la comprensión espiritual. Si nos detenemos en este punto, aun la fe puede probar ser una traba. “A menos que la fe humana pueda ser distinguida de la curación científica, la Ciencia Cristiana se perderá de nuevo de la práctica de la

religión, como sucedió poco después del período de enseñanza y práctica de nuestro gran Maestro Científico”.<sup>12</sup>

2. *Comprensión espiritual.* De la fe en la Verdad a la comprensión científica hay otro gran paso esperando ser dado. Pero la fe pura puede preparar la conciencia para la comprensión de la Verdad, dejándola lista para el entendimiento espiritual. Las realidades de la Ciencia divina “amanecen en la fe y resplandecen de lleno en la comprensión espiritual” (C&S 298:3–4). Sólo la comprensión espiritual de la Verdad nos capacita para demostrar las verdades del ser, en contra de todas las creencias humanas, por más fuertes o aceptadas que parezcan ser. Este estado de conciencia que no permanece en el nivel de la fe en la Verdad, pero que también es capaz de dar prueba innegable de lo adecuado de esta fe, está basado en un entendimiento del Principio. En el siguiente pasaje de la Epístola de Santiago, este estado de conciencia es llamado fe: “Muéstrame tu fe sin tus obras, y yo te mostraré mi fe por mis obras” (Sant. 2:18). A esta fe que se muestra “por obras”, es decir, por las pruebas de la comprensión del Principio, la llamamos “comprensión espiritual”.

Por todo el camino hacia una completa y consciente comprensión de la Verdad, estos tres distintos aspectos nos conducen de una creencia inicial en la Verdad, a través de una fe enaltecida, hasta el punto de la comprensión espiritual. En este viaje, la creencia ciega, así como la fe, tienen un uso positivo y temporal; pero la verdadera solución se alcanza sólo por medio de la comprensión espiritual. “Incluso la fe ciega quita padecimientos corporales por un tiempo... La Ciencia de la Mente tiene que acudir en socorro para lograr una cura radical” (C&S 398:29–33).

### **Ideas—ilusiones—pensamientos**

Así, el camino hacia el ser no es hallado en creencias mejoradas acerca de la realidad, ni en una fe enaltecida en Dios, sino en el método de comprensión espiritual de Dios. El Verbo de Dios: Mente, Espíritu, Alma, Principio, Vida, Verdad, Amor, debe, sin embargo, ser comprendido por medio de las ideas con las cuales cada uno de los sinónimos para Dios está caracterizado. Pero para comprender mejor a Dios por medio de Sus ideas, tenemos que tener en claro lo que las ideas verdaderamente son.<sup>13</sup>

*Ideas.* En la Ciencia Cristiana, ‘idea’ tiene un significado fundamentalmente distinto al de uso común. Puesto que las ideas caracterizan la naturaleza de Dios, no pueden tener un significado humano; más bien indican algo divino. Por tanto una idea no es aquello que comúnmente se considera como una “buena idea” en el sentido de “una noción” o “una onda cerebral”. También es algo bastante distinto del uso filosófico de esta palabra.

¿Cuál es la diferencia? El uso ordinario de la palabra implica que es el hombre quien tiene una idea o quien imagina algo; esa idea es algo que puede originarse en el pensamiento y en la conciencia de la gente. Igualmente común es el significado que implica que las ideas son expresadas como materia, que los objetos sensibles de nuestro mundo físico son las expresiones objetivas de las ideas. Pero la Ciencia Cristiana explica el término “idea” en una forma nueva. El Libro de Texto utiliza la definición de Webster para “idea” como “una imagen en la Mente; el objeto inmediato de la comprensión” (C&S 115:17–18). En la nota marginal al lado de esta

---

<sup>12</sup> Véase : *El Principio y la Práctica*, por Mary Baker Eddy.

<sup>13</sup> Para “Ideas, ilusiones, pensamientos” véase *References in the booklets Compendium for the Study of Christian Science* #1–10, No. 1, p. 16 f de Max Kappeler [*Compendio para el Estudio de la Ciencia Cristiana*, disponible sólo en inglés].

definición, la idea también es llamada “reflejo divino”. Especialmente aquí hay dos puntos que resaltan: primero, la Mente no quiere decir pensamiento humano, razonamiento humano, sino la Mente que es Dios; segundo, idea es “el objeto inmediato de la comprensión”, un “reflejo divino”. De ahí que la idea tenga sólo un origen puramente espiritual y sea una expresión puramente espiritual; un reflejo divino, no material.

Por lo tanto, las ideas son fundamentalmente sólo aquello que la Mente, Dios, sabe acerca de sí misma, son las concepciones primarias de la Mente divina. No son los conceptos humanos de nuestra imaginación, sino son valores divinos y por consiguiente, son como los elementos del Ser divino. Son las expresiones infinitas, las manifestaciones o reflejos infinitos, las identidades espirituales del Ser divino. Tal como los elementos de la música son los tonos, los elementos de las pinturas los colores, y los de la aritmética los números, así los elementos del Ser divino son las ideas.

El hecho de que el Principio divino se manifieste por medio de ideas tiene gran importancia. Si Dios no tuviera expresión, sería incomprendible para nosotros. Podemos captar lo infinito del ser sólo a través de sus formas o expresiones infinitas; estos reflejos divinos o ideas son accesibles de inmediato a la comprensión espiritual, y de esta forma el Uno infinito se comunica con nosotros de una manera que podemos captar y comprender, es decir, en ideas.

*Las ideas son divinas.* Las ideas son valores divinos; es decir, siempre son buenas, eternas, perfectas e infinitas, tal como el Ser divino que se manifiesta por medio de ellas. De este modo pueden poseer sólo las características que Dios Mismo tiene. Su significado se aclara cuando ponemos los siete sinónimos para Dios en lugar de la palabra “Dios”, como sigue:

- Las ideas son la concepción primaria del Ser divino y por lo tanto siempre emanan de la Mente divina; no se originan en el pensamiento del hombre ni en la imaginación (Mente).
- Las ideas son puramente espirituales en su naturaleza, y forman la sustancia de la realidad; de ahí que jamás sean materiales, sino sólo buenas, y no tanto ambas, buenas y malas (Espíritu).
- Las ideas son las divinas identidades inmutables del ser, las cuales pueden ser captadas sólo por medio de los sentidos del Alma; el testimonio de los sentidos materiales no puede darnos ningún concepto de lo que las ideas son (Alma).
- Las ideas pertenecen siempre a su Principio divino y no a alguna persona en lo particular; por ello no pueden ser controladas por las personas ni por voluntad humana, sino que obedecen sólo a la autoridad divina (Principio).
- Las ideas son eternas y siempre están presentes; no tienen principio ni fin y por lo tanto siempre están disponibles. Las ideas no están sujetas al tiempo ni al espacio; son, y están, libres de todas las limitaciones de la existencia mortal (Vida).
- Las ideas son formas por las cuales se expresa la conciencia divina; por lo tanto no pueden contener errores, faltas ni ilusiones, sino que prevalecen sobre la conciencia mortal y sobre todas sus creencias (Verdad).
- Las ideas sólo operan siempre hacia la realización del objetivo divino; todas sirven al plan universal de salvación del Amor; jamás pueden malversarse humanamente, ni utilizarse para propósitos equivocados (Amor).

*Ilusiones.* Las ilusiones son lo opuesto a las ideas. En la Ciencia Cristiana el término “ilusión”, como el término “idea”, adquieren un significado nuevo y diferente. De acuerdo a este nuevo significado, una ilusión no es aquello que parece ser irreal ni engañoso al pensamiento y la razón humanos. Más bien el término “ilusión” representa todo lo que no es “una imagen en la Mente”. Todo aquello que no emana del estándar divino de los siete sinónimos para Dios, es ilusión. Por lo tanto, mucho de lo que aparece completamente lógico, real y verdadero a la comprensión humana, aun aquello que parece hermoso y bueno a los sentidos humanos, debiera llamarse ilusión. Todo cuanto venga de la conciencia mortal, del mundo mortal de los fenómenos en el que vivimos, es ilusión. En tanto que las ideas son valores divinos, su opuesto, las ilusiones, son los valores aparentes de la mente mortal, sin ningún elemento de verdad. En tanto que las ideas siempre son verdaderas y buenas, las ilusiones siempre son malas, destructivas y negativas, aun cuando al sentido humano parezcan atractivas, bellas y positivas.

*Pensamientos.* El propio pensamiento no es ni positivo ni negativo, sino neutro. Por decirlo así, es el canal para las ilusiones o las ideas. Sólo el contenido del pensamiento lo hace bueno o malo. El pensamiento en sí no es bueno ni malo; pensar bien es admitir ideas; pensar mal es admitir ilusiones. Estamos motivados por pensamientos espirituales o materiales, por pensamientos realistas o mundanos, por pensamientos perfectos o imperfectos, verdaderos o falsos, inmortales o mortales, de acuerdo a lo que aceptemos en nuestro pensamiento: ideas o ilusiones. Por lo tanto, el pensamiento no es ilusión ni idea, pero el pensamiento puede pensar en ideas o en ilusiones.

Esto tiene un significado especial en la práctica de la Ciencia Cristiana, porque a diferencia de muchos otros métodos de curación mental, la curación en la Ciencia Cristiana no está basada en la curación por el pensamiento, sino en la curación por la Mente divina a través de las ideas. No es el pensamiento lo que sana, sino la idea; el pensamiento sólo puede estar dispuesto a recibir la idea sanadora y dejarla obrar. Este tema será tratado en más detalle en un capítulo posterior (pág. 72–75). Aquí sólo se requiere enfatizar que debe hacerse una clara distinción entre una idea y un pensamiento. Una vez que hemos captada esta diferencia, podemos fácilmente ver cómo es posible que comprendamos al ser infinito; la naturaleza del Ser divino está revelada por medio de las ideas de Mente, Espíritu, Alma, Principio, Vida, Verdad, Amor, como las ideas de los siete sinónimos para Dios. Cada uno de los siete sinónimos para Dios está caracterizado por cualidades divinas, las cuales son de naturaleza espiritual y divina (no material ni humana), es decir, por ideas. El pensamiento humano puede comprender estas ideas y con ello ganar el concepto verdadero del ser que lo capacita al mismo tiempo para reconocer el supuesto opuesto, como una ilusión.

Al pensamiento que capta las ideas de Dios lo llamamos divino o espiritual; una idea aparece a la percepción humana como un pensamiento divino. “Ideas inmortales, puras, perfectas y perdurables, son transmitidas por la Mente divina mediante la Ciencia divina, la cual corrige al error con la verdad y exige pensamientos espirituales, conceptos divinos, a fin de que éstos produzcan resultados armoniosos” (C&S 259:30–35). Cuanto más nos ocupamos de las ideas, tanto más se espiritualiza nuestro pensamiento, hasta que eventualmente se vuelve consciente de las ideas. Resumiendo: el error no es corregido con pensamientos, sino con la verdad, es decir, con ideas. Sin embargo los pensamientos espirituales son necesarios para ver esta operación de las ideas como “resultados armoniosos” en la experiencia humana.

Para probar si un pensamiento que mantengamos es divino o mortal, necesitamos determinar su origen: “¿Cómo pueden distinguirse las ideas verdaderas de las ilusiones? Averiguando el origen de ambas. Las ideas son emanaciones de la Mente divina. Los

pensamientos, los cuales proceden del cerebro o de la materia, son vástagos de la mente mortal, son creencias mortales y materiales. Las ideas son espirituales, armoniosas y eternas” (C&S 88:9–15). Por ello los verdaderos pensamientos buenos deben coincidir siempre con la naturaleza divina; deben estar de acuerdo con las ideas, “las emanaciones de la Mente divina”. Cualquier pensamiento que proceda simplemente de nuestro propio pensamiento no es divinamente bueno.

### **Comprendiendo espiritualmente**

El Ser divino se da a conocer al hombre por medio de la comprensión espiritual. Esta declaración posee una variedad de cuestionamientos, todos centrados en el problema principal de cómo el estudiante puede obtener tal comprensión. ¿Qué cualidades debemos tener? ¿Qué actitud mental es la necesaria? ¿Juega el intelecto, por ejemplo, un papel importante, o requiere el estudiante de alguna educación particular? ¿Se otorga la comprensión espiritual a algunos al nacer, y a otros no?

*La letra y el espíritu.* El Libro de Texto da una respuesta muy clara a la pregunta: “¿Cómo puedo progresar más rápidamente en la comprensión de la Ciencia Cristiana?” Primero debemos “(estudiar) a fondo la letra y (embeber) el espíritu” (C&S 495:30–33). Hay dos claros requisitos indicados aquí, y ambos son indispensables para la comprensión espiritual: la letra y el espíritu, o en otras palabras, el sentido científico para comprender el significado correcto del Texto revelado, y el sentido espiritual para interpretar la letra y parir su vida e inspiración. Ambos deben ir de la mano, y sólo los dos, juntos, conducen a la verdadera comprensión espiritual; porque la comprensión espiritual, como hemos visto, depende de dos puntos esenciales—primero, la Verdad no sólo debe ser aceptada y creída, sino también verdaderamente comprendida; y segundo, este entendimiento no debe ser humano, sino espiritual.

Sin embargo, tan pronto como comenzamos a poner demasiada atención en alguno de estos dos aspectos, negando con ello al otro, detenemos la comprensión espiritual. Si sólo confiamos en la letra, no llegaremos muy lejos, porque la letra por sí misma está muerta. La letra correcta, la explicación de los hechos divinos por medio de un libro, clases o conferencias, debiera ser considerada sólo como una ayuda para colocarnos en la senda hacia la comprensión espiritual. No es la meta, sino simplemente una ayuda necesaria para la comprensión de la Verdad. Nos da el fundamento científico desde el cual el sentido espiritual inspirado puede operar. La letra debiera sólo ayudar a poner al pensamiento en armonía con el espíritu de la Verdad y el Amor, que sana al enfermo y al pecador” (C&S 454:33–3). Así al aprender la letra, no debemos olvidar lo más importante: el sentido espiritual, el cual, solo, trae la declaración correcta de la Verdad viva para nosotros.

Por otro lado, el sentido espiritual, sin el fundamento provisto por la letra, tampoco basta. Porque si la inspiración no está fundada sobre una base científica, sino sólo sobre creencias y vagas suposiciones, de hecho pudiera elevar por un tiempo, pero luego, al igual que las creencias, carecerá del poder de la demostración. Mas nuestra meta debiera ser la comprensión espiritual, la cual, sola, es superior a todas las creencias erróneas.

De ahí que la comprensión espiritual incluya siempre dentro de sí, tanto la letra como el espíritu, el sentido científico y el sentido espiritual.

*Lo Intelectual y lo espiritual.* “Esa comprensión no es intelectual, no es el resultado de logros eruditos” (C&S 505:27–28). El Prefacio del Libro de Texto nos asegura que: “No es necesario que (se) tenga pericia intelectual” (C&S x:32–33) para comprender la Ciencia Cristiana; y esto, a pesar del hecho de que es una Ciencia con la que estamos tratando, requiriendo ser espiritualmente comprendida y no sólo creída. ¿Cómo es esto posible? Como

hemos visto, un paso importante hacia la percepción de la Verdad, consiste precisamente en desechar las creencias del pensamiento mortal y dedicarnos a las verdades del ser. También el conocimiento material, con toda su educación formal y toda la deliberación y razonamiento de la conciencia humana, aunque ingenioso, pertenece fundamentalmente a este reino de las creencias humanas, y por lo tanto puede ayudar poco en la comprensión de la Verdad. Por ello no se trata de lo que hemos aprendido, del entrenamiento y la educación que hemos tenido. Más bien es un asunto de obtener una visión inteligente de las verdades del ser, nuevas para todo pensamiento humano. Pero esta clase de inteligencia tiene poco que ver con el conocimiento humano, sino más bien con el talento que le es dado a todo mundo, y que todos poseemos en cierto grado. Es tan sólo este don que distingue al hombre de los animales; la capacidad para discernir conscientemente las relaciones y para ajustar sus formas y acciones a este conocimiento recién descubierto de nuevo. Esta facultad específicamente humana es llamada intelecto, y es del todo positiva. Todo lo que entrene o desarrolle nuestro intelecto, esta facultad que es innata en todos nosotros, nos ayuda a avanzar en la comprensión de la Ciencia Cristiana. “Estudios académicos apropiados son esenciales. La observación, la inventiva, el estudio y el pensamiento original son expansivos y debieran promover el desarrollo de la mente mortal para que salga de sí misma, de todo lo que es mortal” (C&S 195:20–24).

El temor de muchos estudiantes de que no cuentan con la educación o la inteligencia suficientes para un estudio sólido de la Ciencia Cristiana, no está realmente justificado. Por el contrario, todo aquél que está dispuesto a dar el primer paso en este tema nuevo, observa que la capacidad de captar sus enseñanzas aumenta en proporción a la ocupación en su pensamiento. De hecho, hay otras cualidades necesarias más importantes que un fino intelecto; éstas se discutirán a continuación.

El intelecto, sin embargo, no debe ser confundido con *el intelectualismo*. El intelectualismo es definido como un “énfasis excesivo en el conocimiento derivado de la razón pura”, lo cual muestra claramente que el entendimiento espiritual nada tiene que ver con el intelectualismo. Ya hemos tratado en cierta manera con los dos aspectos de la comprensión espiritual—la letra y el espíritu—y hemos visto que el sentido espiritual y el sentido científico deben siempre complementarse armoniosamente para que permanezcan en una relación equilibrada el uno con el otro, si es que nuestro entendimiento de la Ciencia ha de ser verdaderamente espiritual y no humano. En este sentido notamos que el énfasis excesivo en un solo aspecto—como por ejemplo demasiado énfasis en el intelecto—no conduce a una comprensión verdaderamente espiritual.

Por lo tanto podemos resumirlo así: la Ciencia Cristiana, como toda otra ciencia, utiliza el intelecto del hombre como un instrumento que sirve para el proceso de comprensión; pero el intelectualismo es del todo rechazado.

*Cualidades espirituales necesarias.* Para un estudio básico de la letra que nos lleve al punto donde podamos embeber el espíritu del tema, hay tres cualidades especialmente necesarias: 1. buscar, 2. esforzarse, 3. perseverar.

1. *Buscar.* Para progresar en la comprensión de la Ciencia Cristiana, no basta sólo estar interesado en ella. Sus declaraciones no sólo deben ser leídas, sino también estudiadas e investigadas con gran devoción e inmolación propia. El estudiante debe siempre buscar la Verdad per sé; en primer lugar no debiera concentrarse en hallar una respuesta a sus propias preguntas, sino debiera tratar de sondear el tema completo, investigarlo totalmente y estar abierto a la enseñanza total de la Ciencia. El estudiante que busca, está animado siempre por el deseo de



ser capaz de comprender la Verdad completamente; estudia con gran cuidado todo lo que lo acerque a la meta.

2. *Esforzarse*. Este examinar y buscar debe estar asociado con un esfuerzo honesto, con un esfuerzo verdadero por comprender. “Buscar no es suficiente. Es el esforzarnos lo que nos capacita para entrar. Los progresos espirituales abren la puerta a una comprensión más elevada de la Vida divina” (C&S 10:16–18). Sólo un verdadero esfuerzo por la Verdad provee la profundidad necesaria para nuestra búsqueda. Los estudiantes “tienen no sólo que buscar sino que luchar por entrar en el camino estrecho de la Vida” (C&S 451:11–12). En tanto que buscar y examinar corresponden más con nuestro sentido científico, es el sentido espiritual el que nos capacita para luchar por la Verdad. No se trata sólo de comprender el Texto; el tema demanda ahora completa devoción. Vamos hacia él con todo el corazón, con nuestro aprecio y amor; estamos llenos de temor reverente y gratitud por la magnitud del tema. Cuando luchamos por conocer la Verdad, no consideramos el esfuerzo como un deber; se vuelve un privilegio el ser capaces de estudiar las verdades del ser con cuidado y devoción. El estudio de la Ciencia Cristiana no es un pasatiempo en el cual participamos cuando todo lo demás ha sido atendido. Para el estudiante de Ciencia Cristiana, Dios se vuelve lo primero, no lo último.

3. *Perseverar*. Tanto buscar como luchar conducen al éxito sólo si perseveramos en nuestros esfuerzos. La habilidad para no permitir que avance la desilusión, sino continuar aun cuando la comprensión espiritual se despliegue sólo gradual y lentamente, es de la mayor importancia. Significa que siempre estamos prestos para poner lo divino primero y ante todo; que le damos a este gran tema el primer lugar en nuestro corazón, la primera llamada en nuestro tiempo, y lo hacemos nuestro propósito principal en la vida, aun cuando no obtengamos de inmediato los resultados que esperamos. En respuesta a la pregunta de cómo los Científicos Cristianos podían avanzar más rápidamente, Mary Baker Eddy continúa como sigue: “Adhiérase al Principio divino de la Ciencia Cristiana y acátense los mandatos de Dios, morando firmemente en la sabiduría, la Verdad y el Amor” (C&S495:33–36). Esta inquebrantable perseverancia en la búsqueda y esfuerzo, esta lucha persistente de trabajar tanto científica como espiritualmente, nos conduce exitosamente a nuestro objetivo.

Estas tres cualidades espirituales: buscar la Verdad, esforzarnos por la Verdad, y perseverar en la Verdad, son más importantes para la comprensión del Principio divino que la rapidez en las respuestas, una buena memoria o una buena educación. Son facultades que debemos cultivar constante y conscientemente, aun si resultara especialmente fácil para nosotros el apegarnos a la letra.

*La comprensión espiritual se despliega gradualmente*. Como se mencionó anteriormente, el estudiante de Ciencia Cristiana a menudo quisiera poder progresar más rápidamente en la comprensión. Sin embargo, “la letra de la Ciencia llega abundantemente a la humanidad hoy en día, pero su espíritu viene solamente en grados pequeños” (C&S 113:4–6). La conciencia mortal con todas sus creencias no cambia por lo regular a conciencia divina, de un golpe. Nuestros pensamientos son elevados poco a poco fuera de lo material hacia lo espiritual. Cada vez que comprendemos algo nuevo, no sólo avanzamos en la teoría, sino toda nuestra vida es transformada y afectada de manera práctica. Debido a esto somos sabios en “trabajar gradual y serenamente hasta llegar al pensamiento divino perfecto” (Un 5:4–6). Los esfuerzos impetuosos por avanzar, sólo producen reacción y disturbán el desarrollo ordenado de la comprensión espiritual. El nacimiento del entendimiento espiritual no es obra de un instante, toma años; de hecho es la obra de la eternidad. Todo lo espiritual es eterno. Por ello la comprensión espiritual, conlleva consigo el despliegue infinito, el cual es un proceso espiritual ordenado que no

mantiene objetivos humanos. El entendimiento espiritual no se desarrolla como el impaciente estudiante quisiera, sino sigue los dictados de la sabiduría, la cual nos permite “abandonar lo material tan pronto como sea posible” (C&S 254:22–23). Ganamos la comprensión espiritual por un largo y constante proceso de cambio. Siempre llega gradualmente para que la búsqueda sea “dulce, tranquila, animada por la esperanza” (C&S 109:16).

## La oración

Una de las formas más antiguas de volverse a Dios es la oración. Juega un rol principal en muchas religiones, incluyendo la religión cristiana. El Libro de Texto también comienza con el capítulo sobre “La oración”. ¿Podemos acercarnos a la Ciencia de Dios, que se imparte sólo por medio de la comprensión espiritual, a través de la oración? Para obtener una respuesta clara a esta pregunta, debemos distinguir entre dos clases de oraciones, las cuales son diametralmente opuestas: la petición y la oración científica de la comprensión espiritual.

*La petición.* En general, orar significa pedir algo, suplicar; es la forma en la cual nuestros deseos y necesidades se hacen conocidos para Dios. Cuando sentimos que carecemos de algo, nos volvemos a Dios con nuestra solicitud. Al hacerlo así partimos de premisas, las cuales, a la luz de lo que anteriormente se ha dicho, pueden ser vistas como equivocadas.

Al hacer la petición, el peticionario comienza siempre desde una posición de imperfección y desde esta base se vuelve hacia la perfección de Dios. En lugar de obedecer el mandato de Cristo de identificarse con la perfección, busca informarle a Dios, la perfección, acerca de la imperfección. La petición también parte de la premisa de que Dios no tiene ya una expresión perfecta; al hacer sus demandas, el peticionario asume que debemos de vez en cuando, informar a Dios que algo está faltando. Por lo regular, éste permite que Dios sepa exactamente lo que se necesita hacer, y también cómo debiera ser hecho.

De ahí que las peticiones son dirigidas hacia un concepto de Dios muy limitado, humano y finito, que no tiene nada en común con la verdadera naturaleza de Dios. Esta forma de oración por lo tanto, es inconsistente con la comprensión de que debemos volvernos a Dios sólo con el entendimiento espiritual.

*La oración científica.*<sup>14</sup> En una ciencia no hay nada que se obtenga tan sólo con pedir. Uno puede acercarse a una ciencia sólo con comprensión. “¿Quién se pondría ante una pizarra rogando al principio de las matemáticas que resuelva el problema?” (C&S 3:5–6). Es más, sin la necesaria comprensión no podemos entender ni demostrar las matemáticas. Para tener éxito en la solución de un problema matemático, no debemos rogar por algo, sino identificarnos con el principio de las matemáticas. Sólo cuando nuestro pensamiento entiende las reglas de las matemáticas, sólo cuando podemos pensar en una forma matemática correcta, es que se resuelven los problemas matemáticos. Lo mismo sucede con la Ciencia del ser. Sólo la perfección en nosotros puede captar la perfección divina, o en las palabras de Pablo: “Nadie conoció las cosas de Dios, sino el Espíritu de Dios” (I Cor. 2:11). La oscuridad jamás puede comprender la luz, y la luz jamás puede entender la oscuridad. De igual modo, la imperfección jamás puede comprender la perfección, ni puede la perfección entender la imperfección; la mente mortal no puede entrar en comunión con la Mente divina, ni la materia con el Espíritu, el pecado con el Alma, la inarmonía con el Principio, la carencia con la Vida, la enfermedad con la Verdad, ni el temor con el Amor. Una oración que surge simplemente de una forma errónea de

---

<sup>14</sup> Véase también de Max Kappeler, *The Spiritual Principle of Prayer* [El Principio Espiritual de la Oración, disponible sólo en inglés].

pensamiento mortal expresando sólo deseos materiales, que pide perdón por los pecados, que importuna a Dios con asuntos inarmónicos, que enumera los defectos y carencias, que cree en la realidad de la enfermedad, y que pide a Dios en temor, no puede alcanzar el oído divino. Dios “es muy puro de ojos para ver el mal” (Hab. 1:13).

La oración científica comienza con el reconocimiento de que la Mente sólo puede ser alcanzada por aquello en nosotros que es semejante a la Mente; el Espíritu sólo por aquello que es semejante al Espíritu; el Alma sólo por aquello que es semejante al Alma; el Principio sólo por aquello que es semejante al Principio; la Vida sólo por aquello que es semejante a la Vida; la Verdad sólo por aquello que es semejante a la Verdad; y el Amor sólo por aquello que es semejante al Amor. Esta es la nueva forma de oración, como se muestra en el primer capítulo del Libro de Texto. La oración del Científico Cristiano es la oración de la comprensión espiritual. Es la oración “que reforma al pecador y sana al enfermo”, es “una fe absoluta en que todas las cosas son posibles para Dios—una comprensión espiritual de Él, un amor desinteresado” (C&S 1:1–4).

Ese es el concepto de oración (tan diferente a la forma usual), que hallamos tan a menudo en las enseñanzas del Nuevo Testamento. Jesús dijo: “Yo soy el camino, y la verdad, y la vida; nadie viene al Padre, sino por mí” (Juan 14:6). Esto quiere decir que ninguno llega al Principio del ser excepto por aquello que coincide con la esencia del Principio: Vida, Verdad y Amor. Jesús nos alienta constantemente a pedir a Dios en nombre de Cristo. “Nombre” es un símbolo para la identidad, porque nosotros identificamos a alguien o algo, por su nombre. “En el nombre de Cristo” significa por tanto, “idéntico a Cristo”; y Cristo, como hemos visto, es “la coincidencia, o el acuerdo espiritual, entre Dios y el hombre a Su imagen” (C&S 332:32). Esto nos ayuda a comprender las palabras de Jesús: “Todo cuanto pidieréis al Padre en mi nombre, os lo dará. Hasta ahora nada habéis pedido en mi nombre; pedid, y recibiréis, para que vuestro gozo sea cumplido” (Juan 16:23, 24). Hasta entonces los hombres habían orado en su propio nombre, expresando sus propias deseos personales. Pero ahora se nos dice que oremos en nombre de Cristo, desde una posición de unidad con la Mente, el Espíritu, el Alma, el Principio, la Vida, la Verdad y el Amor. La oración que procede de la unidad con el Padre recibirá entonces la bendición del Padre. Jesús hizo explícito el cumplimiento de nuestra solicitud, si dependiera de esta unidad con Dios. “Si permanecéis en mí, y mis palabras permanecen en vosotros, pedid todo lo que queréis, y os será hecho” (Juan 15:7). Si somos uno con la naturaleza divina, también somos uno con la voluntad del Principio del ser. Entonces es que oramos correctamente y somos oídos. Nuestras peticiones no deben ser egoístas o personales, sino siempre dirigidas hacia un fin, la manifestación de la voluntad divina. “Y esta es la confianza que tenemos en él, que si pedimos alguna cosa conforme a su voluntad, él nos oye” (I Juan 5:14). Si nuestra oración es respondida o no, depende sólo de si estamos aprendiendo a orar, no de acuerdo a nuestro propio juicio e intenciones, sino “conforme a su voluntad”, es decir, por aquello que yace dentro del propósito de la naturaleza de Dios. ¿Cómo podemos aprender a orar “conforme a su voluntad”? Trabajando conscientemente para establecer la conciencia divina dentro de nosotros. Para llevarlo a cabo, necesitamos tener la conciencia del Cristo.

## Capítulo 7

### El enfoque científico hacia el poder salvador del Cristo

#### La actitud-Cristo

Sólo la oración científica puede ser escuchada y contestada. Es decir, experimentaremos al Cristo en operación eterna como el poder salvador y sanador, sólo cuando hayamos desarrollado en nosotros una actitud de conciencia que dé la bienvenida a esta operación del Cristo, en lugar de oponérsele. Tenemos que hacer lo mismo en relación al Principio del ser, tal como debiéramos hacerlo con cualquier otro tema, por ejemplo, con la aritmética. Si quisiéramos resolver una suma complicada, sabiendo que el principio de la aritmética opera a favor de nosotros y resuelve nuestros problemas, primero tendríamos que dejar de lado nuestros puntos de vista y juicios personales acerca del problema, concentrándonos sólo en el principio de la aritmética. Lo mismo aplica para todos problemas en la vida. Aquí también experimentamos la solución armoniosa sólo cuando nos sometemos incondicionalmente al Principio del ser. ¿Cómo es que podemos hacerlo?

*Identificándonos con el Verbo de Dios.* ¿Cómo podemos identificarnos con Dios? Ocupándonos más y más consistentemente con Dios, el Principio del ser, y no con otros dioses ni con otros principios humanos. El Verbo de Dios es Mente, Espíritu, Alma, Principio, Vida, Verdad, Amor. Al asimilar las ideas de los siete sinónimos para Dios y meditar sobre ellas, nos identificamos espiritualmente con ellas. Jesús demandó esta actitud de total devoción al Verbo de Dios al afirmar el gran mandamiento: “Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, y con toda tu alma, y con toda tu mente” (Mat. 22:37). Cuando todos nuestros pensamientos y anhelos estén dirigidos hacia Dios y Sus ideas, habremos dado el primer paso en obediencia al mandamiento del Cristo.

Esta identificación total con el Principio, implica los siguientes requerimientos esenciales:

No debemos vacilar debido a las emociones, el sentimentalismo o la evidencia de los sentidos físicos, sino seguir el sentido espiritualmente científico, la verdadera comprensión. Todas las emociones humanas deben estar subordinadas a este entendimiento. Necesitamos invertir todas las creencias falsas tan pronto como lleguen a la conciencia, sustituyéndolas por las ideas.

Debemos aceptar el entendimiento espiritualmente científico como nuestro único maestro. Entonces todos nuestros sentimientos, sensaciones y opiniones se establecerán por sí mismos; porque sólo esta comprensión puede decirnos lo que está correcto en una situación, así como lo que no lo está.

Debemos unir esta comprensión con la voluntad efectiva de renunciar a todas las creencias y dejar de lado las falsas concepciones mortales del ser, sin importar cuán placenteras sean para el sentido mortal. No llegaremos muy lejos si tan sólo estamos dispuestos a abandonar aquello que nos cause sufrimiento, aferrándonos al mismo tiempo a aquello que le es caro a la mente mortal. Por eso tenemos que estar preparados para renunciar a todo lo que no esté de acuerdo a la naturaleza divina, aun cuando humanamente parezca hermoso.

*Acuerdo espiritual entre el hombre y Dios.* Cuando nos identificamos en esta forma con el Verbo de Dios, alcanzamos un acuerdo espiritual con Dios. Mary Baker Eddy señala esta característica especial del Cristo al escribir: “El Cristo ejemplifica la coincidencia, o el acuerdo espiritual, entre Dios y el hombre a Su imagen” (C&S 333:1-2). Todo lo que sirva para unir

nuestros pensamientos, sentimientos, acciones, inclinaciones y objetivos con Dios y Sus ideas, participa de la naturaleza del Cristo, provocando el acuerdo espiritual del hombre con Dios.

*Reconciliación con Dios.* Este acuerdo del hombre con la naturaleza de Dios, ocasiona la reconciliación del hombre con Dios. Conocemos al Cristo como el gran conciliador que ha reconciliado al mundo con Dios. Al mismo tiempo debemos recordar que jamás es Dios quien Se reconcilia con el hombre, sino siempre es el hombre quien puede reconciliarse con Dios. ¿Qué significa esto?

Dios, la Verdad, no puede ser reconciliado con su opuesto, el error; es decir, estos opuestos son irreconciliables. Pero los mortales pueden participar de esta reconciliación, al renunciar a sus principios erróneos, falsos y humanos, y con ello, encontrar la unidad con el Principio divino. Este proceso de reconciliación es otra característica de la naturaleza del Cristo. Dios jamás tiene que ser reconciliado con el hombre “a Su imagen”, porque Dios jamás ha permitido que Su hombre, Su imagen y semejanza, caiga, sino que siempre lo ha “atraído... con cuerdas de amor” (Os. 11:4).

*Unicidad con Dios.* Por la reconciliación obtenemos la unicidad o unidad con Dios. La actitud-Cristo culmina en esta unidad, a la que Jesús constantemente se refería. Declaró: “Yo y el Padre uno somos” (Juan 10:30). Él no dijo: “El Padre y yo somos uno”, aunque esto, visto desde un ángulo bastante distinto, también expresa una verdad. En su declaración, Jesús quiso enfatizar que la verdadera actitud-Cristo siempre está activa tratando de identificarse totalmente con Dios, para llegar a una coincidencia espiritual con Dios, para ser reconciliado con Él, para ser uno con Él.

Más aún, debemos clamar conscientemente nuestra unicidad con el Verbo de Dios, de acuerdo al mandato de Jesús: “Pero sea vuestro hablar: Sí, sí; no, no” (Mat. 5:37). Con “Sí, sí” estamos afirmando para nosotros que somos uno con todas las ideas de Mente, Espíritu, Alma, Principio, Vida, Verdad, Amor. Con “No, no” estamos negando simultáneamente que tengamos alguna relación con las creencias de la mente mortal. Esta conciencia de unidad con Dios se identifica conscientemente con la naturaleza divina, y por consiguiente se separa de cualquier conciencia o creencia mortales.

Esta actitud-Cristo trae una liberación tremenda. Porque, ¿qué significa para nosotros que nos hagamos uno con Dios de esta manera? Significa que tenemos parte en todo lo que Dios es, hace y tiene. Podemos entonces experimentar las siguientes palabras de Mary Baker Eddy: “Emerson dice: ‘Ata tu carro a una estrella’. Yo digo: Alíate al poder deífico, y todo lo que es bueno te ayudará en tu viaje, así como los astros, desde sus órbitas, pelearon contra Sísara (Jue. 5:20)” (Un. 17:5–8). La actitud-Cristo nos pide que atemos nuestro carro, nuestra visión total en la vida, a Mente, Espíritu, Alma, Principio, Vida, Verdad y Amor; entonces todas las ideas de Mente, Espíritu, Alma, Principio, Vida, Verdad y Amor nos ayudarán en nuestro viaje.

Desde el punto de vista del primer lado de la Santa Ciudad, el Verbo de Dios, somos capaces de definir primero, en detalle, lo que Dios es. Ahora desde el punto de vista del segundo lado, el Cristo, comprendemos que estos siete sinónimos para Dios y sus ideas nos ayudarán. Por medio del enfoque científico podemos “atar nuestro carro” al Verbo y experimentar la operación de las ideas divinas como un poder salvador. Pero si atamos toda nuestra actitud hacia la vida con aquello que es desemejante a Dios, experimentaremos el verdadero sufrimiento que de ninguna manera nos conducirá a la meta final, a la unicidad con el Principio del ser.

*Humildad.* Sin embargo, si nos esforzamos por ser uno con el Verbo, el Principio del ser, debemos renunciar a todos los otros principios guía y a toda otra concepción humana acerca de

Dios y el hombre. Toda visión personal y humana, deseos y planes, deben ser dejados de lado. Para tener éxito al hacer esto, requerimos de gran humildad.

El cordero es el símbolo para la humildad en la Biblia. El cordero carece de voluntad propia; es sumiso, fácil de guiar, no ofrece resistencia. Mary Baker Eddy da el significado metafísico de este símbolo, interpretando al “Cordero de Dios”, como “...la inmolación de sí mismo; inocencia y pureza; sacrificio” (C&S 590:11–12). Tal “abnegación, por la cual renunciamos a todo por la Verdad, o Cristo, en nuestra guerra contra el error”, la designa como “una regla en la Ciencia Cristiana” (C&S 568:31–34). Esta humildad absoluta, esta inmolación o abnegación propia, fue ejemplificada por Jesús en la forma más alta, y debido a ello fue llamado el “Cordero de Dios”. Su actitud-Cristo hacia todo, fue siempre: “pero no se haga mi voluntad, sino la tuya” (Luc. 22:42). Jesús jamás presentó sus peticiones a Dios, sino más bien se sometió a la voluntad divina. Cuando abandonamos lo menor por lo mayor, como él lo hiciera, es decir, cuando sacrificamos nuestros pequeños y limitados deseos y concepciones personales, por el concepto verdadero de Dios, entonces “atamos nuestro carro a una estrella”, a algo infinitamente grande, es decir, a los siete sinónimos para Dios. Entonces, de acuerdo con la ley del Cristo, experimentaremos las bendiciones que fluyen de esta actitud-Cristo de humildad. En las palabras de Revelación: “El Cordero que fue inmolado es digno de tomar el poder, las riquezas, la sabiduría, la fortaleza, la honra, la gloria y la alabanza” (Apoc. 5:12). Sin embargo, a menos que cultivemos la naturaleza del Cordero en nosotros, no cosecharemos ninguna recompensa divina. Muy a menudo sólo nos volvemos hacia el poder divino salvador con el único objetivo de satisfacer nuestros propios deseos. Si cometemos el error de considerar al Principio del ser sólo como una especie de contra recibo para tener el derecho a satisfacer todos nuestros deseos, naturalmente que nos decepcionaremos cuando aprendamos por experiencia propia que “la regla en la Ciencia Cristiana” requiere primero de la abnegación “por la cual dejamos todo por la Verdad o Cristo”.

¿Cómo podemos obedecer el mandamiento de Cristo y establecer la naturaleza de Cristo en nosotros?

- Identificándonos con el Verbo de Dios, es decir, con los siete sinónimos para Dios y sus ideas;
- alcanzando con ello el acuerdo espiritual con Dios;
- esto nos guía a la reconciliación con Dios;
- con la cual nos volvemos uno con Dios;
- en esta unidad con Dios, manifestamos la naturaleza del “cordero” del Cristo, la cual sacrifica todos sus deseos y concepciones propios. Tal conciencia-Cristo, lleva dentro de sí misma el poder redentor del Cristo.

## **El poder redentor**

*Cristo, el redentor.* Luego de considerar las demandas del Cristo, podemos comprender dónde se encuentra el poder que resuelve todos los problemas. Preguntémosnos: ¿Qué fue lo que le confirió a Jesús el poder para liberar a los hombres, para ayudarlos, sanarlos y redimirlos? De lo que se acaba de comentar, resulta claro que Jesús no estaba dotado de algún don místico de gracia peculiar, sino más bien fue su humildad lo que lo capacitó para llevar a cabo las obras que hizo. Esto puede verse, por ejemplo, en su dicho: “Yo y el Padre uno somos”. Debido a ésta y a otras afirmaciones similares fue que los fariseos lo acusaron de arrogancia y blasfemia. Ellos lo juzgaron erróneamente por completo. Requiere de la mayor humildad el renunciar por completo a la voluntad propia, para llegar a ser uno con el Padre, uno con la voluntad divina. Pero debido a

que él era uno con Dios, Dios también era uno con él. Puesto que él se sometió por entero a la naturaleza divina, la naturaleza pudo trabajar en él, y por medio de él llegar a su total expresión. Esto también continúa vigente hoy en día para todo aquel que cumpla las demandas de Cristo como Jesús lo hiciera. Volverse uno con Dios, quiere decir aliarse por completo con el todo del Verbo de Dios, para que more y actué en nosotros esa naturaleza divina: Mente, Espíritu, Alma, Principio, Vida, Verdad y Amor. Esto entonces, nos otorga ese poder que Pablo declarara que Dios le había dado “para edificación” (2 Cor. 13:10). Como Jesús, Pablo recibió este poder debido sólo a su humildad, la cual hizo que exclamara: “Porque cuando soy débil, entonces soy fuerte” (2 Cor. 12:10). ¿Qué quiso decir Pablo? Al decir esto él se fundió con los dos aspectos complementarios de la ley de Cristo, es decir, que cuando el pensamiento humano es débil, cuando no tiene ya más metas o deseos (la actitud-Cristo de humildad), entonces la naturaleza divina se expresa como el poder salvador y fortalece. Experimentamos al Verbo en su oficio de Cristo como redención (como bendiciones del poder de autoridad del Cristo).

*No hay redención indirecta.* Muchos cristianos deducen del recuento Bíblico de las obras de Jesús, que por su sacrificio expió indirectamente al mundo de todos sus pecados y que por lo tanto ganó la redención para toda la humanidad. Esta visión ampliamente aceptada está basada en un malentendido. Jesús, el mostrador del camino sólo puede ser para nosotros, lo que un gran matemático puede ser en relación a nuestros problemas matemáticos, alguien que puede mostrarnos el camino porque ha hallado el método correcto para resolverlos. Pero así como no esperamos que el matemático haya resuelto nuestros problemas matemáticos indirectamente, de una vez y para siempre, tampoco podemos recurrir a la vida y obras de Jesús para que nos liberen de todo esfuerzo para resolver nuestros propios problemas. Mas como el matemático, también Jesús nos ha ahorrado la necesidad de tener que descubrir continuamente el método de solución. Aquí es donde yace su mayor servicio; él descubrió, para redención de toda la humanidad, el Principio de la Vida eterna y nos demostró cómo es que opera como un poder redentor. Sin embargo no pudo liberarnos de la prueba más sencilla, la de aplicar a nuestros propios problemas el Principio que descubriera y enseñara. Jesús sabía que ninguno puede escapar a las demandas del Cristo, que todos debemos beber de su copa. “Bebed de ella todos” (Mat. 26:27), les dijo a sus discípulos en la última cena.

*Adopción de la redentora actitud-Cristo.* Jesús y también sus apóstoles, pusieron gran énfasis en el hecho de que todos podemos adoptar la actitud-Cristo redentora; es más, es el deber de cada uno de nosotros, tener “la mente de Cristo” (1 Cor. 2:16). Jesús vivió y sufrió para mostrar a la humanidad cómo resolver su propia salvación, al volverse al Padre, el Principio del ser, y reconciliarse con él. Jesús conocía la ley divina tras este proceso de salvación y fue capaz de asegurarla para sus seguidores con estas palabras: “De cierto, de cierto os digo: El que en mí cree, las obras que yo hago, él las hará también; y aun mayores hará, porque yo voy al Padre” (Juan 14:12). Esto quiere decir: Quienquiera que comprenda el Principio demostrado y enseñado por Jesús, y vaya como él, hacia el Padre, haciéndose uno con la naturaleza de Dios, con Mente, Espíritu, Alma, Principio, Vida, Verdad y Amor, hará las mismas obras y por ello se volverá un canal para el gran plan y propósito de Dios.

En esta actitud-Cristo yace el misterio divino del cual Pablo a menudo habla; es la actitud que todos debemos adoptar si es que no queremos permanecer encadenados por el pensamiento del Antiguo Testamento. Los escribas del Antiguo Testamento captaron vislumbres del poder del Cristo, pero no pudieron identificarse completamente con él. Siempre posponían la salvación completa para un tiempo futuro, y al hacerlo así, se privaban a sí mismos de su herencia divina. Jesús, por otro lado, se hizo a sí mismo el Hijo de Dios. Él reclamó su herencia al hacerse



completamente uno con el poder salvador del Cristo. Llamó a todos los que habían venido antes que él, “ladrones y salteadores” (Juan 10:8), porque habían privado a Israel de tomar posesión de su herencia divina justo aquí y ahora. Al posponer siempre para un futuro las bendiciones del poder del Cristo que habían captado, privaron a Israel de esas bendiciones.

El hecho de que todo aquel que asume la actitud-Cristo sea capaz de liberarse a sí mismo de las creencias de la conciencia mortal, va de acuerdo con una ley científica, la que discutimos al tratar con la conciencia mortal (pág. 47–48). Vimos que en el reino mental lo mayor controla siempre a lo menor. Por lo tanto, cuando nos aliamos a la naturaleza completa del ser divino y nos sometemos a ella, entonces esta conciencia automáticamente controla todas las creencias de la existencia mortal; porque el Principio del ser siempre es mayor que todas las creencias del pensamiento mortal: individuales, colectivas, universales y aun las conscientes y las inconscientes. Nuestra comprensión de Mente, por lo tanto, maneja las creencias de la mente mortal; nuestra comprensión de Espíritu maneja las pretensiones de la materia; nuestra comprensión de Alma maneja todo pecado y sensación; nuestra comprensión de Principio maneja la voluntad humana; nuestra comprensión de Vida maneja la limitación, la decadencia y la muerte; nuestra comprensión de Verdad maneja la enfermedad; nuestra comprensión de Amor maneja el temor, la envidia, el odio y toda supuesta imperfección.

*El orden irreversible de los dos aspectos del Cristo.* Sin embargo, obtenemos este poder divino de estar conscientes de que el poder salvador del Cristo es sólo una fuente de bendición y salud para nosotros, cuando primero hemos cumplido con las demandas del Cristo. Sólo adoptando primero la actitud-Cristo es que experimentamos la operación del Cristo como un proceso de salvación.

Mucha gente religiosa no presta ninguna atención a esta importante progresión ordenada desde el primero hacia el segundo paso. Comienzan con el segundo aspecto del Cristo, y apelan al poder sanador y salvador de Dios, sin comprender que sus declaraciones, sin la preparación del primer paso, no están basadas sobre un entendimiento científico, sino sólo sobre la fe ciega, y por lo tanto no son demostrables. El principio más perfecto para solucionar problemas no nos sirve, mientras simplemente declaremos que existe tal principio salvador, sin haber dado jamás el primer paso—el de unirnos con este principio de salvación y el de someternos a él, para que pueda operar. Habiendo atendido sólo al segundo aspecto del Cristo, a su poder de redención, a menudo nos sentimos desilusionados, y debido a que fallamos en alcanzar nuestros resultados esperados, llegamos a la falsa conclusión de que todo está aparentemente preordenado y que nada puede alterar el curso natural de las cosas. Pero esto está del todo equivocado. Jesús probó que él era el amo en toda emergencia, controlando la situación y siendo capaz de cambiar por completo el curso de los eventos. ¿Cómo? Identificándose con el Principio del ser, con el Padre—como demanda el primer aspecto del Cristo—al grado donde todo lo demás da lugar al poder eternamente operativo de este Principio. Este orden legítimo del primer paso, conduciendo siempre al segundo, está claramente expresado por Mary Baker Eddy en la siguiente declaración: “El Cristo ilustra esa fusión con Dios, su Principio divino, que da al hombre señorío sobre toda la tierra” (C&S 316: 23.).

## **El anticristo**

El término anticristo en la Ciencia Cristiana, denota todo lo que en la conciencia humana no está de acuerdo con la actitud a semejanza del Cristo que hemos estado comentando. Usualmente la gente piensa acerca del anticristo como la encarnación visible de un poder satánico opuesto a Dios, apareciendo de tiempo en tiempo como una persona histórica, pero



destinada a ser finalmente vencida por el Cristo. Por eso a muy distintas personas se les ha dado el nombre de anticristo, de acuerdo con la ideología del tiempo y el lugar en los cuales aparecen. El anticristo—aquello que lucha contra el Cristo—es considerado como un mal por sí mismo; pero tal como el Cristo y el Jesús humano y personal son a menudo considerados idénticos, también existe una tendencia a considerar al anticristo como una persona. Pero el anticristo no es ni una persona diabólica, ni una cosa mala; es una actitud en nosotros que se rebela contra el Cristo. Hemos visto que el Cristo es la humilde voluntad de someter el ser incondicional y confiadamente, al Verbo de Dios. Consecuentemente el anticristo es todo en nosotros que no quiere unirse con Mente, Espíritu, Alma, Principio, Vida, Verdad, Amor. Por lo tanto no es nada, sino un estado de conciencia impío que en mayor o menor grado quisiera ganar el control sobre todos nosotros. Siempre que nos sentimos separados de Dios, cuando pensamos que Dios nos ha abandonado u olvidado, cuando nos sentimos no amados, no apreciados y no cuidados, eso es el anticristo hablando en nosotros. Hay una sola respuesta a los falsos argumentos del anticristo: debemos reestablecer nuestra unidad con el Verbo de Dios, al identificarnos con la naturaleza divina del ser.

## Capítulo 8

### El enfoque científico hacia la práctica del Cristianismo

Como vimos en el Capítulo 4, el Cristianismo es el resultado de vivir la actitud–Cristo. Surge siempre que renunciamos a nuestro falso concepto del ser y nos identificamos totalmente con la naturaleza divina del Ser único, con el Verbo de Dios, y provoca esa “coincidencia ... entre Dios y el hombre a Su imagen” (C&S 333:1–2). El resultado de esta coincidencia, creación perfecta y hombre perfecto, se muestra como verdadero Cristianismo.

Pero como vimos al considerar el poder salvador del Cristo (Capítulo 3, pág. 17–26), el Cristianismo, como el tercer gran factor del Ser, aún tiene un significado más profundo y fundamental. Al contemplar al Ser como un todo, vemos que Dios no sólo es el Ser autoexistente (Verbo), sino que también tiene una expresión e incluye dentro de Sí mismo el poder potencial de la autorrealización (Cristo); esta divina autorrealización es el universo eterno e infinito de ideas (Cristianismo). Contemplado desde el punto de vista del Ser divino, el Cristianismo es el nombre para la ínterreflexión ilimitada de todas las ideas. Este reino infinito de ideas, como la propia expresión de Dios, es coexistente con Dios, ya sea que nos demos cuenta o no. Pero tal como el enfoque científico del poder operativo del Cristo nos capacita para experimentar al Cristo como Salvador, así por medio del enfoque científico, nuestra comprensión del universo total de la idea que coexiste con Dios, se expande. Esto se experimenta en el nivel humano como una mejoría de lo humano y como curación de lo mortal. Cuando se entiende este Cristianismo, trae a luz en nosotros a la verdadera idea hombre, al hombre perfecto, al hombre de la creación de Dios.

Esta comprensión progresiva de la realidad del ser es un proceso de curación en el cual somos liberados a través de métodos científicos, de la ignorancia y del falso concepto de lo que constituye el universo inclusive el hombre, y obtenemos el concepto verdadero de la realidad. Experimentamos este proceso como la curación del pecado, la enfermedad y la discordia de toda clase. Esta curación científica constituye el tema del presente capítulo.

#### La curación científica

*La curación en la Biblia.* También la Biblia trata con la curación científica en el sentido más amplio. Ya en Éxodo leemos: “Porque yo soy Jehová tu sanador” (Éx. 15:26). La Biblia presenta a Dios como el gran médico, como el sanador todopoderoso. Jesús sanaba sólo a través de medios espirituales, por su comprensión de Dios. Jamás utilizó la materia médica para sus curaciones; probó que no hay problema humano que no pueda ser resuelto por la conciencia–Cristo. Esto lo demostró en todos los aspectos de la vida; no sólo curó al enfermo, y venció a la muerte y a la tumba, sino también reformó a los pecadores y resolvió problemas específicos, económicos, financieros, legales, sociales y políticos, al confiar siempre y en todo momento, sólo en el poder redentor del Principio—la Mente de Cristo.

Jesús no reclamaba este poder a semejanza del Cristo sólo para él, sino también enseñó que está disponible para todos. Las instrucciones a sus discípulos: “Sanad enfermos, limpiad leprosos, resucitad muertos, echad fuera demonios” (Mat. 10:8), se mantuvieron vivas durante tres siglos entre sus seguidores. Fue sólo luego que el cristianismo se hubo considerado la religión oficial bajo Constantino el Grande, que su inspiración original fue declinando gradualmente, y que este poder para sanar fue eventualmente perdido.

*La curación en la Ciencia Cristiana.* Jesús cumplió su misión al demostrar que el Mesías o Cristo, es un poder eternamente presente para resolver todos los problemas humanos. Pero él vino en un tiempo que no estaba listo para comprender el Principio científico de esta curación por la Mente; tuvo que dar a los hombres pruebas de su comprensión científica, sin poder explicarles científicamente, el sistema divino que subyace tras este poder sanador, ni las reglas por las cuales podían efectuarse las curaciones. “Nuestro Maestro sanó a los enfermos, es decir, practicó la curación cristiana, y enseñó a sus discípulos las generalidades del Principio divino de dicha curación, pero no dejó una regla precisa para demostrar ese Principio de la curación y prevención de la enfermedad. Esa regla habría de descubrirse en la Ciencia Cristiana” (C&S 147:25–31). Luego que Mary Baker Eddy hubo sido sanada en tanto leía la Biblia, en el año 1866, “cuando evidentemente me encontraba cerca de los confines de la existencia mortal, estando ya en la sombra del valle de muerte” (C&S 108:19), se puso a trabajar para entender esta maravillosa curación. Durante años buscó el sistema divinamente científico y las reglas que tuvieron que haber hecho posible esta curación. “Yo sabía que... las curaciones se producían en los primeros tiempos de la curación cristiana mediante una fe santa y enaltecadora; pero tenía que conocer la Ciencia de esa curación” (C&S 109:17–21). Luego, en 1875, presentó esta Ciencia de la curación por la Mente por vez primera en su Libro de Texto. El mismo poder de curación que Jesús había demostrado tan contundentemente, había sido redescubierto. Sin embargo, de acuerdo a las necesidades de una era posterior, el poder salvador no apareció más en forma humana como en tiempos de Jesús, sino en la forma de una Ciencia.

*El propósito de la curación.* Antes de considerar el verdadero proceso de la curación a detalle, primero debemos preguntarnos lo siguiente: ¿Cuál es el verdadero propósito de todo tratamiento en la Ciencia Cristiana? ¿Cuál es la tarea fundamental en la práctica de la Ciencia Cristiana?

La tarea en un tratamiento de Ciencia Cristiana jamás podrá ser la de satisfacer deseos materiales ni objetivos humanos. Cualquiera que sea la forma que el problema pueda tomar, siempre será básicamente, una cuestión de comprender el propósito de la idea-Cristo, y someternos a ella. Luego sigue, como se indicó al principio de este capítulo, la solución de nuestras dificultades humanas. Sin embargo esta solución no necesariamente necesita coincidir con nuestros deseos e intenciones humanos. El resultado en el Cristianismo depende, después de todo, de la humildad de nuestra actitud-Cristo, al sacrificar todas nuestras concepciones, opiniones y propósitos propios, poniendo nuestra confianza en el plan de salvación divino. Tal humildad demanda de nosotros un gran coraje. Porque la sabiduría del plan divino siempre es mayor, más comprensiva y de mayor alcance que nuestros propios razonamientos. Si voluntariamente nos subordinamos a este plan, siempre nos conducirá en el nivel humano, a mejores soluciones de las que pudiéramos haber delineado personalmente.

Por ello el objetivo de la práctica de la Ciencia Cristiana no es satisfacer los deseos del paciente. Así, a la pregunta de si un mortal debiera ser ayudado con la curación científica, dado que nuestro propósito sea el verlo bien y feliz, contamos con dos alternativas. Sí, el objetivo del tratamiento de la Ciencia Cristiana es ayudar y sanar a la humanidad, si esta curación se comprende como una prueba visible del propósito divino, si el resultado humano positivo es considerado como “estas señales seguirán”, y no como un fin en sí mismo. La respuesta alternativa sería “no”, si la práctica sirve sólo para satisfacer los deseos mortales de los humanos. Toda curación en la Ciencia Cristiana sirve para la espiritualización de la humanidad; su propósito es demostrar en nosotros, el hombre verdadero e inmortal, y elevarnos a un nivel superior de humanidad. El verdadero propósito de la práctica es mostrar un método superior de

vida, el camino espiritual de la Vida. Jesús enseñó que nuestro primer deseo debiera ser obtener una forma de vida cada vez más espiritual, y no la satisfacción de los deseos personales: “Mas buscad primeramente el reino de Dios y su justicia, y todas estas cosas os serán añadidas” (Mat. 6:33).

### **¿Cómo se produce una curación científica?**

*Verdadera medicina.* El remedio que produce la curación cristianamente científica es el mismo que Jesús utilizara en todo caso: la Mente divina. La medicina de la Ciencia Cristiana es la Mente y la idea de la Mente. Esta Mente divina es Todo-en-todo; es la Mente que es Todo, sin restricciones debido al lugar, al tiempo o al espacio. Lo que Mary Baker Eddy descubriera es la Ciencia de la curación por la Mente y no un sistema de curación mental. La curación por la Mente no es como ampliamente se supone—algo basado en prácticas mentales tales como la curación por fe, la transferencia del pensamiento, el control de pensamiento, ni el uso de cualquier medio mental. La mente humana con sus pensamientos no cuenta dentro de la curación en la Ciencia Cristiana.

En contraste con la curación divina por la Mente, todos los sistemas humanos de curación mental están basados en el control de los pensamientos del paciente, falsos y enfermizos, con los “pensamientos correctos” de otra persona. Con ello el pensamiento de una persona es dominado por el de otra; por lo tanto no hay victoria para la Verdad, sino simplemente para los pensamientos más fuertes que mantienen bajo control los pensamientos débiles del paciente. Esta forma de “pensamiento positivo” o la transferencia de pensamientos “buenos o correctos” de una persona a otra, es un tipo de mesmerismo o hipnotismo benevolente, y no tiene nada en común con la curación enseñada y practicada en la Ciencia Cristiana. En la Ciencia Cristiana no es el “pensamiento correcto” del practicante lo que sana, sino solamente la Mente divina. Por ello el paciente jamás está bajo el dominio del pensamiento benevolente del practicante ni depende de él, como en los diversos sistemas de curación mental. El paciente depende solamente de la Mente, la medicina verdadera y divina.

En la verdadera práctica espiritual no confiamos en una mente finita y humana; “atamos nuestro carro a una estrella”, es decir, atamos toda nuestra actitud a la Mente infinita y a sus ideas infinitas, y éstas, por su propia naturaleza, nos ayudarán, no como pensamiento humano durante un tiempo en particular, sino siempre; no en una serie de circunstancias particulares, sino todo el tiempo y en cualquier lugar. Esta diferencia entre la curación por la Mente divina y las diversas prácticas mentales y métodos de curación basados en el poder del pensamiento de una persona, no puede dejar de ser suficientemente enfatizada.

Cuando aceptamos a la Mente como la única medicina para todos los problemas de la vida, debemos tener bien clara nuestra actitud hacia los otros numerosos métodos de curación, especialmente con el uso médico de drogas. En un capítulo anterior (pág. 49–51) vimos que después de todo, es la fe del paciente la que dota a una droga con el aparente poder de curación y por ello lo sana. Más aún, es la fe del paciente y la confianza en una droga en particular, combinadas con la fe colectiva en ella sostenida por toda la profesión médica, lo que produce una mejoría en su condición. El éxito del tratamiento médico descansa en la creencia; no podemos llamar a esto una curación verdadera, porque lo que ocurre es sólo un cambio en el pensamiento humano; al tomar una droga el paciente cambia su creencia de enfermedad por una creencia de que ahora está mejorando. Esto puede llevar, puesto que la conciencia gobierna al cuerpo, a una mejoría temporal en el cuerpo, pero no en la conciencia del hombre. En contraste, la curación científica por la Mente, produce una mejora en la condición espiritual y moral del

hombre, cuya expresión exterior es la curación física. “El Científico Cristiano genuino aumenta el poder mental y moral de su paciente, y desarrolla la espiritualidad de éste al restablecerlo físicamente por medio del Amor divino” (C&S 375:18–21).

*El proceso de curación.* El capítulo doce del Libro de Texto, “La Práctica de la Ciencia Cristiana”<sup>15</sup>, trata con el tema de cómo la comprensión científica hace uso práctico de las ideas de Dios, la Mente divina, para solucionar los problemas de la vida cotidiana. Aquí Mary Baker Eddy explica cuál es la base de la curación cristianamente científica, y cómo puede alcanzarse tal curación:

1. *La conciencia sanadora.* El poder de curación no yace en remedios materiales o en el pensamiento, sino en la conciencia de unidad del hombre con la perfección del ser divino. No es cuestión de ser uno con Dios sólo en pensamiento. Más bien se trata de ir adquiriendo una conciencia a semejanza de Dios, la cual implica mucho más que el pensamiento correcto. Como Dios es Mente, Espíritu, Alma, Principio, Vida, Verdad y Amor, la conciencia de curación debe incluir las cualidades a semejanza de la Mente, a semejanza del Espíritu, a semejanza del Alma, a semejanza del Principio, a semejanza de la Vida, a semejanza de la Verdad y a semejanza del Amor. Si la práctica de la curación dependiera sólo de cambiar el propio pensamiento, entonces todo posible pecador y hacedor de mal, sería capaz de sanar, ya que es posible tener pensamientos a semejanza de los de Dios sin ser a semejanza de Dios. Uno puede cambiar su propio pensamiento de un momento a otro, pero no puede cambiar su propia actitud interna por completo. Claramente se ve que lo que produce la curación no es el pensamiento, sino el reflejo consciente del único Ser divino. El practicante, es decir, alguien que utiliza las ideas de Dios con comprensión científica para la solución de problemas humanos, no es alguien que simplemente piensa en forma diferente acerca de Dios, el hombre y el universo; más bien es alguien cuya conciencia y actitud interna reflejan la naturaleza de los siete sinónimos para Dios.

Por lo tanto, la verdadera práctica no depende sólo de mantener pensamientos buenos o semejantes a Dios por parte del practicante en un caso en particular, sino requiere de su esfuerzo constante por permitir que la conciencia divina crezca dentro de él, incrementando su estatura espiritual.

El objetivo del practicante es esa conciencia-Cristo que es completamente idéntica al Verbo de Dios, tal como la expresara Jesús. Mas no por ello debemos suponer que no podemos comenzar a practicar la curación cristianamente científica antes de alcanzar este alto nivel. “La Verdad tiene un efecto sanador, aun cuando no se comprenda totalmente” (C&S 152:8–9).

Ser un practicante no es tanto una profesión, sino una vocación; pero una vocación que está abierta para todo aquél que ha tocado la Ciencia del ser. Todo estudiante, más tarde o más temprano, se convertirá en su propia ayuda y sanador, y crecerá ante las pruebas que estén frente a él. Todas las dificultades y problemas sirven para fortalecer en nosotros nuestra devoción y lealtad al Principio divino, y nuestra perseverancia en la Verdad. “Si los estudiantes no se sanan prontamente por sí solos, no debieran” sin embargo, “demorar en acudir a un Científico Cristiano experimentado para que les ayude” (C&S 420:6–8).

---

<sup>15</sup> Para un análisis completo de este capítulo, se recomienda ver: *Christian Science Practice*, de John W. Doorly [*La Práctica de la Ciencia Cristiana*, disponible sólo en inglés].

También se recomienda: *The Structure of the Christian Science Textbook—Our Way of Life*, pág. 116, de Max Kappeler [*La Estructura del Libro de Texto de la Ciencia Cristiana—Nuestro Camino de Vida*, disponible en español, 2007].

2. *La verdad que el practicante debe conocer* yace en una comprensión de Dios, en una comprensión siempre en aumento de lo que es Mente, Espíritu, Alma, Principio, Vida, Verdad, Amor. En un tratamiento de Ciencia Cristiana, primero nos alejamos por completo del problema y entonces llenamos nuestra conciencia con las verdades que el ser revela para nosotros por medio de los siete sinónimos para Dios, para que en lugar de mirar a un mortal enfermo y sufriente, contemplemos al hombre perfecto como la idea de Dios. Este concepto científico de Dios y Su creación verdadera, nos capacita para ver al hombre perfecto, donde el hombre mortal aparece a los mortales (véase C&S 476:34–1). Así, cada tratamiento debe siempre comenzar con la Verdad que mantiene la verdad en todo caso, ya que nos da el concepto fundamental y correcto de lo que el hombre verdaderamente es. Cada uno de los siete sinónimos para Dios ilumina el concepto verdadero del “hombre” desde un ángulo distinto, para que la imagen perfecta del hombre comience a aparecer en la conciencia. Esta Verdad refuta el concepto mortal y errado, y lo disuelve. “Y conoceréis la verdad, y la verdad os hará libres” (Juan 8:32).

3. *El método del tratamiento* aplicable a un caso específico siempre está basado en un reconocimiento general de la Verdad. En ello debe morar firmemente el practicante, y no permitir que la incertidumbre entre sigilosamente por medio de argumentos contrarios que surjan del caso individual que esté confrontando. Lo que él sabe que es fundamentalmente cierto en general, es decir, el concepto verdadero del hombre perfecto, también mantiene la verdad individualmente, y por ende para el paciente particular que desea ayudar en un caso concreto. Armado con la conciencia-Cristo, que ha establecido dentro de él como una comprensión de lo que el hombre verdaderamente es, enfoca también al paciente individual con esa actitud que se mantiene firme e inmutable ante lo que siempre es cierto donde quiera, y por lo tanto, cierto en todo caso específico.

Sin embargo no basta que el practicante se aparte tan sólo del error, deseando no escucharlo ni verlo. “Volved vuestra atención del cuerpo...” es una indicación clara que siempre debe ser observada; pero es seguida de inmediato por una segunda regla, la cual no es menos importante: “Volved vuestra atención del cuerpo hacia la Verdad y el Amor, el Principio en que se basa toda felicidad, armonía e inmortalidad” (C&S 261:2–4). Apartarnos del error es por lo tanto sólo el primer paso. Habiendo hecho esto, debemos en seguida volvernos conscientemente hacia la perfección del ser, y clamar conscientemente por el caso individual que hemos reconocido como la Verdad divina universalmente válida. Por ello resulta esencial morar firmemente en el conocimiento de la Verdad y no dejarnos afectar o influir en ningún sentido por argumentos en contrario. Las verdades del ser deben ser reconocidas como inmutables e inviolables, y los argumentos en contra deben ser probados falsos.

4. El conocimiento de la Verdad que el practicante ha establecido en su conciencia y que incorpora completamente en su posición espiritual y mental, debe *alcanzar al paciente*. ¿Cómo se logra esto?

Antes de responder a esta pregunta debemos tratar primero con otra: ¿Qué es nuestro paciente? Jamás debemos preguntar: ¿Quién es nuestro paciente? Porque lo que tiene que ser tratado jamás es una persona, sino siempre la mente mortal, la pretensión del mal en sí. “El mal... no es ni persona ni lugar ni cosa, sino simplemente una creencia, una ilusión del sentido material” (C&S 71:2–4). De ahí que nunca es una persona específica lo que debe ser tratado, porque básicamente, jamás ningún problema es el problema de un ser humano; siempre se trata de una simple creencia de la mente mortal. El paciente que pide ayuda se siente enfermo o experimenta discordia como su propio problema personal, porque no está refutando

conscientemente la creencia de la mente mortal. “El creyente y la creencia son uno, y son mortales” (C&S 487:18–19).

Luego entonces no se trata en principio, de un mortal en particular, siendo liberado de una enfermedad específica o de una situación inarmónica, sin más bien, de la creencia de la mente mortal, la “ilusión del sentido material”, siendo trasladada hacia la Mente divina. Hasta cierto punto ya ha sido explicado que ningún pensamiento, por fuerte que sea, puede enfrentarse con las creencias individuales, colectivas o universales, puesto que el poder superior de todas las creencias materiales sólo puede manejarse por medio del entendimiento de la Ciencia de la única Mente divina. La Verdad reconocida por el practicista (véanse puntos 1, 2 y 3), no proviene de su propio cerebro, y no está basada en su visión personal, sino que es Dios, el Espíritu. No sólo tiene que creerse cierta, sino conscientemente reconocida como la Verdad, el Espíritu; por ello es superior a todas las creencias, por más ampliamente mantenidas y por más poderosas que puedan parecer. Esta Verdad llena todo el espacio y en todos lados es la misma Verdad. Es la misma Verdad que el practicista conoce y comprende, así como la Verdad que opera en la conciencia del paciente, cuando está receptivo a ella. No es el pensamiento del practicista, sino esta única Verdad, la que produce la curación.

El entendimiento científico de la única Mente divina actúa sobre el problema en forma purificadora, cambiando con ello toda falsa creencia y reestableciendo la totalidad o salud para el paciente.

### **Algunas preguntas fundamentales**

En la práctica de la Ciencia Cristiana cada caso es único. Al resolver un problema, el practicista jamás puede recurrir a casos anteriores; su trabajo está basado en el discernimiento inspirado de la Verdad que jamás se repite a sí misma debido a que su verdadera naturaleza es infinita, y difiere de la experiencia humana, capaz de ser repetida cierto número de veces. Cada tratamiento es siempre una nueva revelación de Dios, una penetración más profunda de la realidad del ser.

Por ello es que el propósito del Libro de Texto de la Ciencia Cristiana no es el de proporcionar una serie de reglas y normas rígidas para tratar cada uno de los diferentes problemas; más bien presenta el Principio de la curación, para que entonces pueda ser aplicado individualmente a cada caso específico. Por ello es que la Ciencia Cristiana enseña reglas y métodos espiritualmente científicos para tratar la enfermedad.

*Analizando, descubriendo y aniquilando el error.* En la práctica de la Ciencia Cristiana es necesario no sólo corregir las pretensiones generales de la mente mortal, sino también manejar los problemas específicos del paciente. Cada problema aparece en forma diferente; por lo tanto, cada tratamiento implica conocer la Verdad como tal, pero también la verdad específica como la solución correcta para el problema específico en cuestión. Un problema siempre es la expresión objetiva de un concepto erróneo; y de hecho ocurre siempre cuando una verdad específica ha sido mal entendida o no ha sido reconocida. De este modo un error específico es solucionado por la verdad específica que yace tras él. Debemos hacer de nuevo aquí lo mismo que con la aritmética. Cuando encaramos la falsa proposición de que dos más dos son cinco, no estamos tratando tan sólo con algún cálculo falso; sino que es el enfoque equivocado del hecho definido y específico que declara que dos veces dos es cuatro. De este modo, para corregir el error, necesitamos del entendimiento correcto del hecho concreto correcto que ha sido mal entendido. No basta saber cualquier hecho correcto, tal como el hecho de que seis veces seis son treinta y

seis. Aunque sepamos correctamente muchas sumas, para corregir el error de que dos veces dos es cinco, tenemos que conocer sólo el único cálculo correcto que elimina ese error particular.

De forma similar en la Ciencia Cristiana no podemos esperar que cualquier verdad aporte la solución correcta para un problema específico. Toda nuestra mentalidad, de hecho, debe estar imbuida de la Verdad que sea válida para cada situación, tal como se explicó en el punto 1 de la sección sobre el “proceso de curación”. Pero la solución de un caso individual resulta de la sustitución del error en cuestión con la verdad específica (aplicable a este caso único especial) *Por ello el error debe ser analizado por la Verdad. ¿Cómo acontece?*

El análisis o diagnóstico, juega una parte importante en la medicina y en la psicología. Pero ambas parten de asumir que es el pensamiento, el conocimiento y la experiencia humanos, lo que provee un diagnóstico correcto. En la Ciencia Cristiana, por otro lado, se sigue una vía bastante distinta. “La Verdad, por medio de sus leyes eternas, desenmascara al error” (C&S 542:8-9). El único diagnóstico correcto para el análisis verdadero de un problema, sólo puede ser proporcionado por la Verdad. Por ejemplo, tomemos el caso de algún malestar tal como problemas gástricos, cálculos biliares o una pierna fracturada. Por sí mismos, estos males no constituyen un error específico, porque incontable número de personas sufre de esos mismos desórdenes debido a razones muy diferentes. Tan sólo son la manifestación física de una creencia de la mente mortal. O de nuevo, tres pacientes pudieran sufrir de la misma condición, aunque en cada caso una creencia diferente y específica de la mente mortal habría inducido su idéntica condición externa. De ahí que resulte inútil concentrarse en la enfermedad que se ha adueñado del cuerpo y tratar de hacer un diagnóstico o análisis adecuado desde la condición física que pudo haberse generalizado. La causa de la enfermedad siempre es mental; y esta causa sólo puede ser analizada adecuadamente por la Verdad. En contraste con los médicos y psicólogos, el practicante de la Ciencia Cristiana siempre se vuelve a la Verdad para llegar al análisis correcto del error. En lugar de hacer un examen exhaustivo de la condición física del paciente, o en lugar de estudiar la psique y pensamientos humanos del paciente, se vuelve hacia la Verdad y llena su conciencia con Dios y con las ideas de Dios.

La verdad específica que sanará este caso es revelada, no por el conocimiento de todos los detalles materiales relacionados con el problema, sino más bien por la conciencia de las ideas que el practicante ha cultivado dentro de sí. Cuando la conciencia del practicante está profundamente anclada en la Verdad, entonces, de la abundancia de las verdades divinas emerge la verdad específica que constituye la solución para el caso. *Entonces el error subyacente es descubierto.*

Una vez que la causa mental de la enfermedad ha sido expuesta por la Verdad, *el error puede ser corregido por el hecho específico y divino, y aniquilado.* Por ejemplo, un sentido humano equivocado de actividad, es el opuesto de la idea de la omniacción de la Mente divina, la cual sana el concepto erróneo y con ello los síntomas producidos. Pero si, por tomar otro ejemplo, el reto es liberar al paciente del temor y la ansiedad, entonces el Amor se hará cargo del caso, porque el Amor elimina todo el temor, y el hombre como la idea del Amor, siempre es mantenido seguro dentro del plan infinito de salvación del Amor.

*No saquemos conclusiones de diagnósticos médicos.* Como ya se mencionó, la condición física no es la causa, sino el efecto. Aun si el diagnóstico médico fuera siempre correcto, no nos sería de mucha ayuda, puesto que la causa siempre es mental. Más aún, debemos considerar no sólo la causa ocasional (directa o inmediata), sino también la causa predisponente del problema. Quizá un paciente pudiera presentar una deformidad, y tal caso pudiera deberse a muy diferentes causas. Por ejemplo, pudiera ser el resultado de una creencia en un shock prenatal sufrido por la



madre. Pero la misma condición también pudiera ser el efecto de una causa predisponente tal como la creencia en la herencia familiar.

También resulta fácil comprender que una actitud mental errónea no siempre se manifiesta en la misma forma en el cuerpo. Así, gran pena o preocupación pudiera presentarse en ciertos casos, como cálculos biliares, úlceras gástricas, o en otros casos como cáncer. Si pudiéramos considerar un síntoma físico específico como relacionado a una causa mental particular, entonces el practicante podría sanar siempre la misma enfermedad con la misma comprensión de la verdad. Pero como acabamos de ver, nada se repite a sí mismo en el ser divino, y el error, la falsificación del ser verdadero, también se manifiesta siempre en innumerables formas que deben ser tratadas y remediadas siempre de manera individual.

*¿Por qué sana el paciente bajo tratamiento, y no todos aquéllos que están también enfermos de lo mismo?* La medicina del practicante de la Ciencia Cristiana siempre es la Mente divina universalmente disponible. Entonces uno pudiera protestar, ¿por qué no son sanados todos los enfermos mediante el tratamiento de la Ciencia Cristiana? Como vimos arriba, es cierto que el primer requisito en la práctica de la Ciencia Cristiana es una comprensión general de la Verdad; pero luego esto se revela siempre como la verdad específica, que es el remedio efectivo para un paciente y su problema en particular.

Básicamente, todo tratamiento en la Ciencia Cristiana afecta a toda la humanidad. Pero en tanto que el paciente que solicitó la ayuda abre su mente expectante a la Verdad, la mayoría de la gente cierra su mente, a sabiendas o inconscientemente, al poder espiritual salvador, al buscar la solución casi por completo en fuentes materiales o humanas. Mas todo tratamiento basado en el poder sanador de la Mente divina radia una bendición universal no sólo sobre el paciente que pidió ayuda, sino también sobre todos aquéllos abiertos esencialmente a la Verdad; reciben la bendición sin saber de dónde proviene.

Finalmente pudiera preguntarse, ¿cómo es que podemos ayudar a otros en tanto nos ayudamos a nosotros mismos? Esta pregunta se responde mejor al recordar de nuevo que, en contraste con todos los métodos de curación materiales y humanos, la práctica de la Ciencia Cristiana reconoce y usa sólo la Mente divina como su única medicina. No es el pensamiento ni el conocimiento del practicante lo que sana, sino la Mente de Cristo, con la cual está en total unidad. La Mente, Dios, careciendo de las restricciones de tiempo o espacio, es omnipresente; así opera donde quiera simultáneamente, no sólo en la conciencia del practicante, sino también en la del paciente; incluye a todos. Esta operación de la Mente de Cristo, como hemos visto, continúa operando bajo toda circunstancia, aun cuando no estemos conscientes de ella, o aun rechazándola. Pero para el paciente que está receptivo a este método divino de curación, esta operación aparece como la solución a sus problemas, tanto como curación, así como progreso espiritual. Por consiguiente, la distancia no tiene parte en el tratamiento, porque después de todo, no es el cuerpo enfermo lo que requiere ser cambiado, sino la conciencia, y ésta es independiente de tiempo y lugar.

*La actitud del paciente.* Hasta aquí hemos estado discutiendo aquello que hace posible una curación, y cuál actitud debemos adoptar si queremos solucionar un problema con la Ciencia de la curación por la Mente. Así que tratemos ahora brevemente con la parte que juega el paciente en un tratamiento.

No debe esperarse que el paciente cuente ya con una comprensión científica, puesto que está recurriendo al practicante por la misma razón de que no tiene el entendimiento sobre cómo solucionar científicamente él mismo el caso. De ahí que en la mayoría de los casos es más sabio

y amoroso tan sólo comenzar removiendo el temor del paciente, dejando la explicación de los hechos del ser, hasta que sea capaz de recibirla.

Sin embargo el paciente debe darle la bienvenida a la operación de la Verdad. Esta actitud puede manifestarse por ejemplo, de las siguientes maneras:

El paciente que se vuelve a la Ciencia Cristiana *espera que la solución de su problema provenga de la Verdad*; jamás excluye la posibilidad de una curación, sino que está siempre lleno de esperanza y anticipación. Puede ayudar en esto, al apartarse de los síntomas de su problema, y al evitar hablar con otros acerca de sus penas o dolencias.

Como el practicante, el paciente muestra humildad y está dispuesto a cambiar su visión y actitudes falsas. El poder sanador yace en la propia disposición de aceptar los castigos del Amor y en dejar de tratar de hacer la voluntad personal a toda costa.

El paciente *se esfuerza por alcanzar una mayor humanidad*. Esto implica que es honesto consigo mismo y que puede preparar su mente hasta donde sea posible, para deshacerse de sus errores y rehusarse a aceptar sugerencias negativas. Aunque no comprenda del todo la Verdad, desecha las creencias de enfermedad y pone toda su fe en la Verdad.

Hasta donde su condición física y psicológica lo permiten, el paciente se esfuerza *para comprender el Principio de la Ciencia Cristiana*. Será de mucha ayuda si se ocupa en las enseñanzas de la Verdad, embebiéndolas y meditándolas hasta donde pueda.

Esta actitud mental abierta y honesta, es esencial en cualquiera que busca ayuda. Entonces es que puede ser tocado por la Verdad con más facilidad y recibir la curación por medio de la Ciencia Cristiana. Aunque en el estanque de Betesda “yacía una multitud de enfermos, ciegos, cojos y paralíticos” (Juan 5:3), Jesús sanó sólo a uno de ellos. Su sentido espiritual había visto que sólo uno de ellos estaba listo ya para su ayuda. A menudo el plan divino requiere que el enfermo dé primero otros pasos, y sufra otras experiencias antes de que esté totalmente preparado para los métodos de la curación espiritual. En la Ciencia Cristiana es de vital importancia estar listo para leer este plan de salvación; así con cada caso, debe ser dejado al sentido espiritual del practicante, si está bien aceptar o no un paciente en particular.

## Capítulo 9

### El enfoque científico hacia la comprensión de la Ciencia del Ser

Al comienzo de este libro fuimos introducidos a la Ciencia como el factor del Ser divino que nos explica el Principio de Vida al cual nos volvemos (el Verbo), al cual nos sometemos en toda instancia (el Cristo), y de acuerdo al cual actuamos (el Cristianismo). La Ciencia es de primordial importancia para la humanidad, porque sólo por medio de un entendimiento científico de lo que constituye el Verbo, el Cristo, el Cristianismo y la Ciencia, es que podemos hacernos conscientemente uno con la verdad del ser.

Sin embargo aquí debemos considerar de nuevo, cuál es el oficio de la Ciencia como el cuarto costado de la Santa Ciudad, visto desde el enfoque divino; porque desde luego que el Mismo Dios no necesita ser conducido, como nosotros, por una comprensión gradual de la Verdad, hacia los hechos divinos del ser.

La Ciencia une todos los modos de operación del ser en un todo divinamente estructurado, donde cada detalle tiene su valor en el lugar divinamente determinado. De hecho la Ciencia es lo más importante, porque incluye el Verbo, el Cristo y el Cristianismo. El *Verbo* presenta a Dios como el Ser autoexistente; el *Cristo* es el poder potencial para la realización del Ser; el *Cristianismo*, como el universo infinito de ideas, es la propia expresión del Ser; y la *Ciencia* es esa función que integra la naturaleza del Ser (Verbo), su poder operativo (Cristo) y su expresión infinita (Cristianismo), dentro de un todo infinitamente estructurado, e interpreta las leyes divinas que le son inherentes.

Si el Ser no pudiera ser visto a través de su estructura científica, no podría ser comprendido, y sus leyes divinas jamás podrían ser captadas. Pero por medio de este importante cuarto costado, el Ser no sólo existe y opera en su propio reino, sino que también puede ser experimentado por el hombre como un agente salvador. Porque la Ciencia interpreta al todo infinito en todos sus detalles como un sistema divino de ideas, y una comprensión de este sistema divino de ideas hace posible que nosotros lo apliquemos científicamente a los problemas humanos en forma práctica.

#### Los métodos de la Ciencia del ser

Para ser capaces de comprender a Dios científicamente, necesitamos métodos que sean acordes con la magnitud del tema; porque sólo lo semejante puede comprender lo semejante. La Ciencia del ser requiere métodos científicos de comprensión, métodos científicos de tal naturaleza, que sean capaces de revelar al infinito Uno en todos sus detalles, sin que al mismo tiempo lo limiten.<sup>16</sup>

*Definición de “ciencia”.* Comenzamos a tener una buena idea de lo que constituye el carácter esencial de una ciencia, si mantenemos en mente lo que la ciencia no es. “El conocimiento de un hecho individual, no conocido ni relacionado con otros, o de muchos hechos, no reconocidos como teniendo una relación mutua o comprendidos bajo una ley general, no alcanzan el significado de ciencia” (Diccionario Funk & Wagnalls). A partir del siglo XIX un gran cambio ha acontecido, cuando la tarea principal de todas las ciencias aún parecía estar analizando todos los hechos aislados en sus propios campos respectivos y estudiándolos en el

---

<sup>16</sup>En relación a este tema véase de Max Kappeler: *¿Por qué estudiar Ciencia Cristiana, como Ciencia?*

mayor detalle posible, pero separados de su coherencia con el todo. Hoy en día ciencia significa algo mucho más amplio. El estudio de hechos individuales o el conocimiento de hechos aislados, no alcanza de acuerdo al diccionario, el significado de ciencia. Ciencia, continua la definición, significa más bien, “el conocimiento reducido a ley e incorporado en un sistema”. El objetivo primario de una ciencia, por lo tanto, no es hallar hechos aislados ni analizarlos más y más detalladamente; sino más bien el hallar cómo estos hechos están interrelacionados, y descubrir los principios estructurales por los cuales están integrados dentro de un todo ordenado. Por eso la ciencia no es tanto *hallar*, sino sobre todo, *ordenar* hechos.

Mary Baker Eddy llamó a su descubrimiento “Ciencia”. Ella también estaba consciente de que ciencia significa infinitamente más que una mera acumulación de verdades aisladas; porque hablando de su descubrimiento como Ciencia, dice: “La metafísica divina está reducida ahora a un sistema, a una forma comprensible y adaptable a la mentalidad de la época en que vivimos” (C&S 146:33–1). Por consiguiente una comprensión científica del ser, no consiste en conocer una gran cantidad de hechos individuales acerca del ser divino; más bien yace en la percepción de la interrelación y la intercomunicación de estos hechos, y por lo tanto, en la percepción del todo con sus principios estructurales. “El Principio no se puede encontrar en ideas fragmentarias” (C&S 302:2–3). El objetivo principal de toda ciencia, incluida la Ciencia que interpreta al ser divino, es dar una comprensión del todo, en la cual todos los hechos individuales estén integrados armoniosamente. “La Ciencia divina del hombre está tejida en una sola tela unificada, sin costura ni rasgón” (C&S 242:26–27).

*Dos métodos de enseñanza y aprendizaje.* Todo tema puede ser enfocado en dos formas diferentes. Ya sea que uno considere hechos aislados acerca de un tema, indiscriminadamente, y trate de memorizarlos, lo cual es una forma poco sistemática y por tanto laboriosa, de aprender; o aprenda primero las leyes y reglas fundamentales que aplican para todos los datos en un determinado campo, y luego los aplique a un caso específico, lo cual es la forma metódica y por consiguiente más sencilla—la forma científica.

Así un estudiante de aritmética, por ejemplo, podría tratar de memorizar cuantos cálculos fuera posible. Aun si tuviera una memoria excepcional, esto no lo colocaría en un buen nivel en la vida cotidiana, porque sus esfuerzos encaminados al aprendizaje de ejemplos correctos para satisfacer sus necesidades prácticas posteriores, serían de hecho muy escasos. Pero es muy distinto cuando sigue el método científico y aprende el sistema de la aritmética; cuando adquiere el conocimiento de las leyes y reglas que gobiernan los elementos de la aritmética (los números del uno al diez), es decir, cuando aprende estos diez números y también los cuatro procesos fundamentales de adición, sustracción, multiplicación y división. Con este conocimiento del sistema, posee la llave con la cual resolver todos y cada uno de los infinitamente variados problemas de aritmética que esté dispuesto a enfrentar, sin haber jamás aprendido previamente los cálculos específicos para su uso posterior.

*La ciencia es creativa.* Del ejemplo de la aritmética podemos sacar la siguiente conclusión. La ciencia es ese instrumento maravilloso que reduce un tema infinito a unas cuantas categorías fundamentales y a sus leyes de interrelación, sin limitarla ni hacerla finita; sólo por medio de la ciencia hay alguna posibilidad de captar un tema infinito por medio de sus categorías inherentes. La ciencia es la forma más sencilla y rápida de avanzar en cualquier tema. Esto también aplica para la Ciencia del ser, la cual reduce la metafísica divina a un sistema, haciéndola con ello comprensible al pensamiento humano.

Una característica esencial posterior de una ciencia está ilustrada en la analogía con la aritmética mencionada anteriormente: la ciencia es creativa. Es la base para nuevos

descubrimientos; capacita al estudiante para que trabaje inteligentemente con las categorías para hallar el conocimiento nuevo que necesita específicamente. Si el estudiante está familiarizado con la ciencia de la aritmética, puede presentarse a sí mismo cualquier problema aritmético que desee, independientemente de si lo ha resuelto antes o no. De este modo puede utilizar la ciencia creativamente, para el descubrimiento de conocimiento nuevo.

Este aspecto de la ciencia está enfatizado en la definición del Diccionario Oxford: “[La ciencia] incluye métodos confiables para el descubrimiento de nuevas verdades dentro de su propio reino”. Esto también se aplica en gran medida a la Ciencia de la metafísica divina. Por medio de la comprensión de esta Ciencia, cada estudiante está capacitado para llegar a nuevas conclusiones, o en otras palabras, para trabajar creativa e independientemente con estos métodos científicos. Pero al igual que el estudiante de aritmética no descubre algo fuera del reino de la aritmética, ni añade nada nuevo a la aritmética al resolver un problema que hasta entonces no había trabajado, del mismo modo el estudiante de metafísica divina jamás puede añadir al ser divino algo fuera de sí mismo. Por medio de los métodos cognitivos de la Ciencia, el propio ser no está incrementado; tan sólo es la comprensión del estudiante dentro de las relaciones infinitas del ser, lo que está aumentado. Por consiguiente, trabajar creativamente no implica que estemos creando algo que no exista ya, sino que entendemos al ser más profunda y exactamente, y en eternas nuevas relaciones.

*La Ciencia revela.* También así, la Ciencia es la fuente de la revelación infinita; porque es la Ciencia que al reducir al infinito a un sistema, hace posible que obtengamos nuevas y más profundas percepciones. Mas la Ciencia no es, como muchos suponen, algo rígido y frío; por el contrario, es algo muy vivo y creativo, porque garantiza que el infinito Ser único jamás puede ser restringido a un concepto humano ininteligible, místico y por lo tanto, finito.

Resulta significativo que en su Libro de Texto, Mary Baker Eddy jamás escribe “Dios revela”, sino siempre: “la *Ciencia* revela”, “la *Ciencia* divina revela” o “la *Ciencia* Cristiana revela”. La verdadera revelación, es decir, la percepción clara dentro de la totalidad del ser, sólo puede llegar, por otra parte, a una conciencia que comprenda científicamente. Verdaderamente Dios no Se revela a nosotros a través de vagas conjeturas, sino por medio de la Ciencia. La Ciencia de Dios es, por consiguiente, la Ciencia del método para recibir la revelación infinita y divina; revelación que está disponible para todos y que viene a todos aquéllos que tocan el sistema—la “única tela unificada, sin costura ni rasgón” (C&S 242:25).

*La revelación científica.* La revelación científica es infinita. No depende del tiempo ni del espacio, y por lo tanto no cesa repentinamente. ¿Cómo puede esta declaración ser comparada con la opinión habitual de que la revelación es final? Mary Baker Eddy escribe: “Dios bondadosamente me había estado preparando durante muchos años para que recibiera esta revelación *final* del Principio divino absoluto de la curación mental científica”<sup>17</sup> (C&S 107:4–7). Toda revelación presenta en forma final el conocimiento que imparte. Así fue final y definitivamente revelado a Mary Baker Eddy como lo declara en la cita anterior, que el Principio de la curación mental es Dios; antes de esta revelación, la medicina, la higiene, la dieta, el hipnotismo y otras prácticas mentales, fueron considerados como principios de curación. La comprensión de que el verdadero poder de curación yace sólo en el Principio divino, es de hecho una percepción final, que no puede ser invertida. Esta pretensión del carácter final no implica, sin embargo, que después de tan grande comprensión, nada más pudiera ser comprendido. Es cierto que el Libro de Texto presenta la revelación final de que el Ser es el Principio divino. Pero esto no quiere decir que todos los hechos infinitos del ser, que vienen constantemente desde el

---

<sup>17</sup> Itálicas del autor

Principio, revelados por siempre de nuevo, estén explicados también en el Libro de Texto. Ya ha sido señalado (pág. 25–26) que el “Consolador” aparece a cada era en una forma adaptada a esa época en particular. Los fundamentos del Ser divino como están revelados en la Ciencia, son de hecho finales, y: “Siglos pasarán antes de que los inagotables temas de Ciencia y Salud sean suficientemente comprendidos para ser demostrados plenamente” (Ret. 84:1–3). Aun así Mary Baker Eddy previó que, dentro del sistema mostrado en su Libro, su revelación es capaz de un desarrollo posterior. Sabía que es una Ciencia, y por consiguiente “incluye métodos confiables para el descubrimiento de nuevas verdades dentro de su propio reino”. La verdadera grandeza del descubrimiento de la Ciencia Cristiana yace precisamente en el hecho que junto con ella fue descubierta la Ciencia del ser, la cual jamás se estanca, sino que debe, por su propia naturaleza, conducir siempre a futuros descubrimientos dentro del Principio del ser divino.

*La base de la Ciencia Cristiana.* Dos libros reveladores forman la base de toda la investigación científica en la Ciencia Cristiana: la Biblia y el libro de texto “Ciencia y Salud con Clave de las Escrituras” por Mary Baker Eddy. Para llegar a una comprensión de la Ciencia del ser, el estudiante se vuelve hacia estos textos inspirados y busca únicamente ahí, la respuesta a todas las preguntas fundamentales.

Aquí el tema de la interpretación de textos se vuelve muy importante. La Biblia, así como el Libro de Texto, pueden ser interpretados en múltiples variantes, de acuerdo a la comprensión y al modelo de pensamiento con el cual el lector se acerque a ellos. Sin embargo resulta necesario hallar el método de interpretación adecuado para estos libros.

### **La interpretación científica de textos**

Para expandir el conocimiento de la Ciencia del ser, el primer requisito es la existencia de textos inspirados disponibles, tal como los encontramos en la Biblia y en el Libro de Texto; pero en seguida también se requiere de una interpretación científicamente correcta de estos textos, para captar el significado deseado de la revelación.

Sin tal interpretación espiritualmente válida, esos libros no podrían mostrar la importancia completa contenida en ellos, de lo que el ser es. De uno de los textos, que ha permanecido sin cambio alguno, incontables iglesias y grupos religiosos obtienen doctrinas completamente diferentes, todas las cuales, afirman, pueden ser confirmadas por la propia Biblia. Muchas de sus guerras, feudos y mutuos malentendidos, surgen de la circunstancia de que cuando el único y el mismo texto Bíblico es interpretado desde enfoques diferentes, asume significados totalmente distintos. Y naturalmente lo mismo ocurre con el Libro de Texto de la Ciencia Cristiana.

Ya en los tiempos Bíblicos era causa de gran discusión que el mismo texto inspirado pudiera ser leído en formas diferentes y por lo tanto, conducir a tan distintas conclusiones. Las profecías en el Antiguo Testamento relacionadas con la venida del Mesías son un claro ejemplo; cuando estas profecías fueron cumplidas, los intérpretes profesionales de las Escrituras, los escribas y los fariseos, no pudieron reconocer a este Mesías ni pudieron ver semejanza alguna entre él y las descripciones del Antiguo Testamento de su anhelado libertador. Mas al mismo tiempo, otros vieron en el mismo texto del Antiguo Testamento la confirmación de la legítima pretensión de Jesús de ser el Hijo de Dios. Saulo, siendo versado en las Escrituras, no estaba preparado para reconocerlo como el Mesías, y persiguió a sus seguidores. Para él, el texto del Antiguo Testamento parecía probar que Jesús era un blasfemo. Sin embargo, como Pablo, enfocó el mismo texto con una conciencia completamente nueva, haciéndola el fundamento sobre el cual

construyó su gran enseñanza. Esto muestra que un solo texto inspirado no basta para que una revelación sea correctamente comprendida; depende también de la conciencia del lector.

*Un texto revelador es sólo revelador para la conciencia espiritualmente inspirada.* Aun en la experiencia humana vemos que sólo lo semejante puede comprender lo semejante. Todos los contratos, convenios y acuerdos sólo tienen sentido si ambas partes del acuerdo comprenden lo mismo con los términos utilizados, y los interpretan desde el mismo rango superior de referencia. Lo mismo sucede con la interpretación de la Biblia y el Libro de Texto. Podemos hablar de una comprensión correcta de estos libros, sólo cuando somos capaces de leerlos con la intención de la “otra parte del acuerdo”, o por decirlo de otra forma, sólo podemos comprender correctamente la Ciencia del ser revelada en la Biblia y en el Libro de Texto, e interpretar los textos revelados correctamente, cuando los leemos con una conciencia espiritual y científicamente cultivada. La Biblia y el Libro de Texto no están inventados ni arreglados humanamente. Su autor es la Mente divina. Sólo esa Mente que dictó los libros puede dar una interpretación verdadera de los textos. Del mismo modo el intérprete que desea obtener un entendimiento verdadero de la Biblia y del Libro de Texto, no debe enfocarlos con un modelo de pensamiento humano, sino más bien debe leerlos con la misma Mente que los escribió, con la Mente de Dios; porque “la Mente divina es en sí misma su propio intérprete” (C&S 577:21–22). Pablo está hablando de su propia experiencia cuando escribe: “Pero el hombre natural no percibe las cosas que son del Espíritu de Dios, porque para él son locura, y no las puede entender, porque se han de discernir espiritualmente” (I Cor. 2:14). Sólo una conciencia espiritual y científicamente cultivada, unida a la Mente divina, puede arribar a este “discernimiento espiritual” que es indispensable para la interpretación de cualquier texto inspirado.

*¿Qué pasos debe dar el intérprete para conseguir la verdadera interpretación?* Toda interpretación del contenido de la Biblia y del Libro de Texto descansa en el doble soporte de, primero, una comprensión científica del sistema divino de referencia, y segundo, del sentido espiritual que es capaz de discernir intuitivamente las relaciones espirituales interiores.

Sin un conocimiento de las categorías del Ser (como los siete sinónimos para Dios y los cuatro modos de operación), la Biblia y el Libro de Texto permanecen sellados para el lector con siete sellos. Cuanto más completo el conocimiento de este sistema de referencia al cual los textos en sí mismos se refieren, tanto más fácil la tarea de captar su mensaje en su verdadero significado espiritual.

El sentido espiritual también juega una parte importante en la interpretación. Le da al intérprete una idea clara del mensaje contenido en el texto, como un todo. Pero las relaciones, vistas intuitivamente, y la interpretación nacida del sentido espiritual, deben estar respaldadas por el sentido científico y ser verificadas por medio del criterio divinamente científico. En la interpretación de textos revelados, por lo tanto, *el sentido científico y el sentido espiritual son igualmente importantes*, si es que vamos a lograr una elucidación espiritualmente científica.

*Significado literal y significado espiritual.* En el caso de la Biblia, es especialmente notorio que interpretar la Biblia palabra por palabra, no contribuye a su claridad; y lo que es más, al lector no inspirado le da la impresión de que muchas de las historias y pasajes se contradicen unas con otras; es más, aun muchas de ellas son de dudosa moralidad. Es cierto afirmar tanto de la Biblia como del Libro de Texto, que el texto, al ser leído literalmente y considerado sólo en base al significado de las palabras, pronto resulta anticuado e inútil para las nuevas generaciones. Porque los ejemplos que todo texto tiene que utilizar para aclarar su mensaje, pertenecen naturalmente a su propio tiempo y reflejan la cosmovisión de esa época, y dicha visión cambia más y más rápidamente. En tanto que fallemos en traer a la luz, por medio de la interpretación

espiritualmente científica de hechos espirituales originalmente intencionados por estos símbolos y ejemplos, consideraremos como muchos otros hoy en día, tanto la Biblia como el Libro de Texto, documentos históricos muy interesantes, pero no veremos que estos textos, cuando sus imágenes son adecuadamente interpretadas, se refieren a los hombres de todas las épocas.

Los matemáticos están en una situación similar. También ellos expresan sus conclusiones en símbolos que son ajenos e ininteligibles para el hombre profano en el tema. Pero todo matemático que sabe cómo leer este simbolismo, puede comprender los cálculos expresados en fórmulas matemáticas. Por ejemplo, un signo de adición, uno integral o diferencial, es interpretado por todo matemático de la misma manera, llegando todos al mismo resultado.

Como se mencionó brevemente en la página 15, la Biblia también está escrita en un lenguaje simbólico que fue entendido en forma general en su tiempo. Pero con el paso de los siglos el significado de los símbolos utilizados se perdió, cuanto más que los textos Bíblicos fueron hechos para que los comprendiesen culturas bastante diferentes, para quienes los símbolos resultaron extraños desde el principio. La interpretación inspirada de la Biblia se perdió gradualmente y en su lugar quedó una exposición ampliamente literal. Los textos inspirados permanecen, pero la clave para su simbolismo se perdió. Esta clave para la interpretación del significado espiritual de los textos Bíblicos fue redescubierta por Mary Baker Eddy. Por eso añadió: “con Clave de las Escrituras” al título de su libro de texto “Ciencia y Salud”.

Cuando utilizamos esta clave para trasladar los símbolos de la Biblia hacia un simbolismo que podamos entender hoy en día, se vuelve aparente que la Biblia es una gran edificación de enseñanza espiritual que no se contradice en ningún punto. También se vuelve claro que la Biblia no es una colección de historias separadas o de preceptos éticos y dichos sabios, sino que desde Génesis hasta Apocalipsis presenta un gran despliegue espiritual. Una vez que el simbolismo ha sido desentrañado, los ejemplos y parábolas también se vuelven inteligibles, en tanto que su significado espiritual se pierde si tomamos el texto literalmente.

Ejemplifiquemos esto brevemente: la Biblia utiliza ciertos símbolos para representar determinadas ideas. Por ejemplo, una piedra representa una idea. Una piedra angular es una piedra particularmente importante; indica la idea Cristo. El polvo o una piedra en estado de decadencia, simboliza la nada. Pero no siempre se trata de explicar sólo una sola cualidad, como por ejemplo, “poder”. A menudo el texto muestra cómo ideas diferentes trabajan juntas en combinación. Para expresar estos símbolos diversos, las ideas tuvieron que interconectarse, produciendo imágenes con las que no estamos familiarizados. Esto sucede principalmente en los escritos apocalípticos. Aquí, por ejemplo, hallamos que el cordero “tenía siete cuernos y siete ojos” (Apoc. 5:6). En este caso, los cuatro símbolos: “cordero”, “siete”, “cuernos” y “ojos”, están unidos en una imagen. El “cordero” simboliza “la idea espiritual del Amor” (C&S 590:9); “siete” indica “perfección”; “cuernos” representa “poder irresistible”, y “ojos” representa “discernimiento espiritual” (C&S 586:3). De ahí que la imagen completa tal como está usada en Apocalipsis, nos muestra que la idea espiritual del Amor posee poder total y discernimiento perfecto.

*¿Deberían ser traducidos los símbolos de los textos revelados al lenguaje actual?* Puesto que estamos tratando con textos divinamente inspirados, estamos hasta cierto punto en temor reverente ante las palabras utilizadas, renuentes a traducir los símbolos a un idioma completamente diferente, o a diseccionarlos para hallar su significado. Así que debiéramos considerar seriamente la pregunta de si es permisible el uso del texto de la Biblia como lo estamos haciendo.



¿Cuál es el propósito de los textos de la Biblia? En ellos el Principio del ser se revela como el Principio divino de Vida, el cual durante miles de años ha permanecido inalterable, siendo inviolable. Las leyes divinas tras estas palabras tienen valor eterno; pero los símbolos humanos por los cuales estas leyes espirituales se revelan para cierta época particular, por comparación, son de menor importancia. De hecho su función es sólo traducir lo espiritual, su contenido eternamente válido, a una forma comprensible al entendimiento humano para cierto tiempo en particular. Pero la facultad de la comprensión humana cambia, y así debe cambiar la forma para que el contenido espiritual pueda ser comprensible. Por tanto no tienen mayor importancia los símbolos por los cuales son ejemplificados los hechos divinos. Tan sólo importa que comprendamos el Principio del ser hacia el cual apuntan estos símbolos. Entonces habremos percibido la parte esencial del texto inspirado, el Principio divino, que jamás pasa de moda. Una vez que hayamos comprendido este Principio podremos enseñarlo y explicarlo en símbolos diferentes, nuevos y actuales, sin cambiar ni violar humanamente el significado espiritual del texto.

Cuando un maestro de aritmética quiere explicar a su alumno, por ejemplo, que dos por dos son cuatro, puede ilustrar este hecho tomando dos veces dos plátanos. Pero dos veces dos lápices también lo aclararían. Un plátano y un lápiz, son algo completamente distinto y nada tienen que ver con la aritmética; aun así, ambos pueden ser utilizados para simbolizar hechos abstractos.

De la misma manera la idea divina con la cual por ejemplo el profeta Oseas proclamó, puede ser enseñada hoy día por medio de un simbolismo bastante distinto. No hace mayor diferencia en el contenido del mensaje, si uno utiliza para presentarlo, los símbolos que pertenecieron al siglo VIII AC, o aquéllos del siglo XX AD, siempre que la idea del mensaje de Oseas sea correctamente comprendida.

*Interpretación de textos estructural y atomista.* Sin embargo, una verdadera interpretación científica de textos demanda más del lector, que la simple habilidad de interpretar correctamente los símbolos utilizados en el texto. La ciencia, siendo “conocimiento reducido a ley e incorporado en un sistema”, está íntimamente relacionada con el concepto de la estructura y requiere un método estructural de interpretación.

La estructura puede ser descrita en términos generales, como el arreglo de las partes dentro de una cosa o un tema. De acuerdo al diccionario Webster, estructura significa “la interrelación de las partes dominadas por el carácter general del todo”. Otra definición describe estructura, como: “una red para relacionar elementos y procesos elementales. La estructura aparece dondequiera que los elementos se combinan dentro de un todo significativo cuya disposición sigue leyes definidas”. (Wolfgang Wieser en “Structure in Science and Art” [*Estructura en la Ciencia y el Arte*], editorial Kapes). El *método estructural de interpretación* pretende hallar siempre leyes específicas que estén determinadas por el todo coherente. Su objetivo principal no es la investigación de los elementos o las partes, sino el descubrimiento de su interrelación, así como con el todo, porque es entonces cuando sus interrelaciones producen el todo coherente. Esto lleva un considerable paso hacia delante, más que simplemente traducir símbolos e imágenes individuales de un texto a un lenguaje contemporáneo e inteligible; investiga además en qué relación los símbolos, al ser comprendidos, están unos con otros, y cuál es “el todo coherente” hacia el que señalan.

En contraste con esto está *el método atomista de interpretación*. Éste está principalmente relacionado con las partes individuales del todo, por lo tanto, con párrafos individuales, versículos y declaraciones separadas en el texto. Para discernir espiritualmente la Ciencia del ser

revelada en los textos inspirados, el método estructural es esencial, porque sólo el reconocimiento de la estructura de un texto trae a luz el verdadero significado completo del mensaje.

Podemos ver esto más fácilmente en el siguiente ejemplo: la obra Hamlet, de Shakespeare, consiste de cientos de oraciones. Podríamos separar la obra en oraciones individuales, agitarlas en un sombrero, tomarlas al azar y juntarlas en forma aleatoria. No habríamos dejado fuera ni una sola oración; las partes separadas del todo aún estarían ahí. Sin embargo, en lugar de una de las obras más grandes del mundo tendríamos ahora una colección de palabras separadas, ciertamente ninguna obra significativa que pudiera alcanzar el grado de obra maestra. El sentido de la obra estaría perdido, aunque todas sus partes estarían allí. De hecho no son las partes lo que le da a un texto su significado, sino su arreglo e interrelación, es decir, la estructura del texto. La estructura (aunque no está literalmente expresada en el texto), es el principio vital de orden que produce un todo significativo de partes separadas. Pero este todo siempre es más que la suma de sus partes; porque no sólo comprende los elementos, sino los elementos *más* su orden específico.

Esta analogía también puede ser aplicada en la lectura y estudio de la Biblia y del Libro de Texto. En tanto que leamos sólo hechos espirituales aislados, versículos y oraciones entresacadas de su contexto, jamás podremos reconocer “el todo coherente” de dichos textos. Si la estructura espiritual de estos libros no está discernida, sus declaraciones aisladas deben parecer contradictorias. Tal como con “Hamlet”, sólo podemos apreciar el significado y valor de un texto si no sólo nos concentramos meramente en sus partes, sino tratamos de discernir su principio ordenando.

Como todos los sinónimos para Dios no tienen un significado amorfo, sino estructural, se necesita también de una comprensión espiritualmente estructural de estos sinónimos para interpretar correctamente el mensaje del texto. De otra manera el lector trabaja sólo con una inspiración mística al meditar sobre un texto revelador.

## **Resultados de la interpretación científica de textos**

*La metafísica divina está reducida a un sistema.* Como acabamos de ver, Mary Baker Eddy declara que: “La metafísica divina está reducida ahora a un sistema, a una forma comprensible y adaptable a la mentalidad de la época en que vivimos” (C&S 146:33–1). Existen tres preguntas a las que los textos inspirados deben responder, antes que exploremos este sistema divino con mayor profundidad:

*Primero:* ¿Cuáles son los elementos básicos del Ser divino?

*Segundo:* ¿Cuáles son los modos de operación de estos elementos?

*Tercero:* ¿Cómo operan en cada nivel del ser, tanto en el reino de lo divino como en el reino de lo humano?

1. Ya hemos llegado a conocer los siete sinónimos para Dios como los elementos del Ser: Mente, Espíritu, Alma, Principio, Vida, Verdad, Amor.

2. Estos siete sinónimos para Dios, como hemos visto, operan de acuerdo a un modo cuádruplo de operación definido, el cual está ejemplificado en la Biblia por el símbolo de la ciudad establecida en cuadro. Los cuatro costados de la ciudad simbolizan cuatro modos de operación: el Verbo, el Cristo, el Cristianismo y la Ciencia:

- **El Verbo** requiere de los siete sinónimos para Dios para definir la naturaleza autoexistente del Ser;
- **El Cristo** requiere de los siete sinónimos para producir la propia manifestación del Ser divino;
- **El Cristianismo** requiere de los siete sinónimos para expresar el resultado de la idea Cristo, es decir, el universo de ideas infinito y armonioso.
- **La Ciencia** requiere de los siete sinónimos para darnos la comprensión científica y estructurada con la cual podamos comprender y demostrar el Verbo, el Cristo y el Cristianismo.

3. La Ciencia del infinito Uno, sin embargo, debe ser suficientemente comprensiva para abarcar todos los niveles de entendimiento y experiencia. En numerosas ocasiones ya hemos señalado que uno y el mismo proceso debe ser explicado en forma diferente, y presentado de acuerdo al punto de vista desde el cual estemos mirando. Así, por ejemplo, al hablar del Cristo (pág. 17–26), fuimos capaces de establecer que desde un punto de vista absoluto, el Cristo cuenta siempre con un poder con impulso potencial; pero desde el punto de vista relativo del nivel humano, esta fuerza irresistible puede aparecer como un poder salvador cuando nos sometemos a ella.

La Ciencia del Ser único puede ser mirada desde cuatro niveles diferentes de conciencia:

- **La Ciencia en sí misma** es el nivel en el cual la conciencia del Ser divino sólo se conoce a sí mismo;
- **la Ciencia divina** es el nivel sobre el cual la unidad del ser se conoce a sí mismo como Todo-en-todo, como siendo aquello que incluye dentro de sí mismo su universo infinito de idea;
- **la Ciencia Cristiana absoluta** es el nivel sobre el cual la conciencia contempla las ideas infinitas en su interrelación, y ve que esos hechos divinos proveen respuestas específicas a todas las preguntas de la vida.
- **La Ciencia Cristiana** es el nivel de la experiencia humana sobre el cual los hechos divinos se aplican a los problemas y discordias humanos.<sup>18</sup>

*El sistema divino de referencia.* El sistema de la Ciencia del infinito Uno como está revelado en el Libro de Texto, surge de la interrelación de estas tres categorías principales del Ser. Es decir: 1.) Mente, Espíritu, Alma, Principio, Vida, Verdad, Amor, que operan como 2.) el Verbo, el Cristo, el Cristianismo y la Ciencia, y que 3.) operan en todos los niveles de la experiencia consciente, al trasladar su operación desde el nivel de la Ciencia en sí misma al nivel de la Ciencia divina, al de la Ciencia Cristiana absoluta, y finalmente al nivel de la Ciencia Cristiana. Este sistema divino de referencia constituye la base de la Ciencia del ser, con la cual podemos manejar todos los inadecuados sistemas humanos de referencia y sus fenómenos.

*El cálculo del ser, divino e infinito.* Dentro del sistema divino de referencia, cada categoría está conectada con las demás. Así, por ejemplo, cada uno de los siete sinónimos para Dios está relacionado con todos los otros sinónimos. De manera similar, los siete sinónimos para Dios siempre reflejan los cuatro modos de operación. Es materia de un estudio más profundo, obtener un alcance cada vez mayor de estas categorías divinas del Ser y de sus cálculos

---

<sup>18</sup> Para una explicación detallada de estos cuatro niveles de conciencia, se remite al lector a posterior literatura sobre el tema. Véase de Max Kappeler, *The Four Levels of Spiritual Consciousness [Los Cuatro Niveles de Conciencia Espiritual]*, próximamente en español]

espirituales e infinitos, para que la conciencia se familiarice cada vez más con estos cálculos espirituales del sistema divino, y sea capaz de renunciar a los falsos cálculos humanos.

Cómo nuestro concepto de idea se ha vuelto ahora mucho más rico al contemplarlo en relación con todos los otros sinónimos para Dios, se evidencia en el siguiente ejemplo.

Ya hemos visto que la Mente divina es el creador de todo, por lo tanto su creación debe ser divinamente perfecta. Si quisiéramos obtener un concepto total de lo que quiere decir creación perfecta, debiéramos contemplar la creación a la luz de los siete sinónimos para Dios. Entonces podríamos, por ejemplo, ver que:

- La Mente divina es el creador de Todo, el creador de la creación completa (Mente);
- esta creación que parte de la Mente divina es puramente espiritual, por lo tanto es únicamente buena (Espíritu);
- esta Mente engendra una creación puramente espiritual, que es siempre impecable (Alma);
- la creación espiritual e impecable que emana de esta Mente divina, es impersonal (Principio);
- la creación de la Mente, espiritual, impecable e impersonal, es inmortal, eterna (Vida);
- esta Mente que engendra una creación espiritual, impecable, impersonal e inmortal, que es sin tacha y saludable, es total (Verdad);
- la creación de la Mente, que es totalmente espiritual, impecable, impersonal, eterna y completa, es por lo tanto, perfecta (Amor).

Sin embargo, podemos mirar el mismo hecho del ser, la creación divina, desde el punto de vista del Verbo, del Cristo, del Cristianismo y de la Ciencia, es decir, podemos relacionarla con los modos divinos de operación:

- El Verbo otorga, como vimos anteriormente, la declaración divina de un concepto: la creación divina emanando de la Mente que es Todo, es puramente espiritual, impecable, impersonal, eterna, completa, perfecta.
- Desde el punto de vista del Cristo vemos que esta creación perfecta no sólo existe en el propio ser, sino también se manifiesta a sí misma; por lo que en toda situación, el concepto verdadero de la creación está siendo expresado.
- A la luz del Cristianismo esta creación divina aparece como el verdadero universo y como el verdadero hombre, la imagen y semejanza de Dios. El hombre es por lo tanto, una creación de la Mente, puramente espiritual, impecable, impersonal, eterno, saludable o total, y perfecto.
- La Ciencia muestra luego que esta creación perfecta existe en el ser, desde la eternidad hasta la eternidad; que todo otro concepto de una creación mortal, material y efímera es falso, y es transformado en el concepto verdadero por medio de la comprensión de la Ciencia.

*¿Para qué sirven tales ejercicios, como estos?* Por medio de estos “cálculos” espirituales, el estudiante gradualmente se familiariza con los fundamentos de la Ciencia en forma natural y cultiva en sí una conciencia divinamente científica. Como con el estudiante de aritmética, la inquietud principal no es la de utilidad, aunque naturalmente una conciencia llena de esta manera con los hechos divinos del ser tendrá una experiencia positiva de vida, muy diferente de aquella

llena con creencias negativas. Pero el principiante aprende inicialmente sus tablas de multiplicar sin haberlas aplicado a problemas específicos. En la Ciencia Cristiana, como en cualquier otra ciencia, el primer paso es familiarizarse con las categorías fundamentales, sin estar ocupados constantemente en su aplicación para la solución de problemas. El tema debe ser estudiado con el propósito de conocer la Verdad; cuando el tema se convierte en una operación viva en la conciencia, ese conocimiento se aplica a sí mismo, de acuerdo a su propia voluntad. Esto constituye la llamada práctica preventiva.

*La práctica preventiva.* “Las artes profiláctica y terapéutica (es decir, la preventiva y la curativa) pertenecen decisivamente a la Ciencia Cristiana” (C&S 369:25–26). No sólo se trata de sanar el error visible y la desarmonía palpable; nuestra tarea mucho más importante consiste en llevar nuestra conciencia íntimamente de acuerdo con la Verdad por medio del “cálculo divino”, y estructurarla así, para que todos los cálculos erróneos del sistema mortal de referencia queden nulificados y vacíos antes que puedan manifestarse como error visible o palpable. Por ello cuando meditamos sobre las ideas divinas en la forma brevemente indicada y las combinamos con las otras categorías del sistema divino de referencia, no estamos llevando a cabo un simple ejercicio teórico. Aun si no tuviéramos algún problema específico que resolver, estaríamos manejando el error latente aún no visible. Estaríamos modelando entonces nuestra conciencia de acuerdo a la Verdad; y la conciencia mortal con todas sus creencias individuales, colectivas, universales, conscientes e inconscientes, ya no podría manifestarse más en nuestra experiencia. Al llenar nuestra conciencia con el concepto verdadero de Dios y Su creación, de acuerdo a las categorías divinas del Ser, estamos participando de la práctica preventiva.

## **La Biblia y el Libro de Texto a la luz de la Ciencia**

*La interpretación espiritual de la Biblia.* La Biblia, al igual que el Libro de Texto de la Ciencia Cristiana, sólo puede ser discernida en su significado más profundo por una conciencia bien instruida en las categorías divinas del Ser. Una interpretación literal en todo caso debe ser insatisfactoria. También desde el punto de vista histórico, la Biblia es totalmente inexacta y poco fidedigna; y las ciencias naturales no están de acuerdo con la explicación Bíblica de la creación. No es de sorprender que muchos lectores improvisados de la Biblia obtengan la impresión de que los textos escritos hace cientos de años no pueden aportar respuesta a las preguntas que está enfrentando el hombre del siglo veintiuno.

Por eso es que a la luz de la interpretación espiritualmente científica, el mismo texto muestra lo que el verdadero objetivo y meta de la Biblia, son; los escritores Bíblicos no recopilaron una crónica de eventos históricos; tampoco estaban interesados en dar una explicación correcta del llamado hombre mortal y de su universo, a la luz de las ciencias naturales. La intención de sus relatos es declarar algo mucho más profundo y fundamental. Ellos quisieron simbolizar en palabras, la naturaleza espiritual y las leyes de Dios y del universo, incluso el hombre, tal como se les habían revelado, haciéndolas inteligibles para toda la humanidad.

Cuando seguimos este gran tema espiritual por toda la Biblia en sus infinitas representaciones simbólicas, hallamos con mayor claridad, la manifiesta línea de desarrollo que conduce al conocimiento que nos llega hoy en día en la forma de la Ciencia del ser.

*Breve examen de la Biblia.* La gran línea de desarrollo que recorre toda la Biblia, aclara que el orden sigue los cuatro costados de la Santa Ciudad. No siempre hay certeza sobre quiénes escribieron los libros individuales, y cómo surgieron uno por uno. Pero para una interpretación del texto, no importa en realidad la información precisa acerca de los escritores, ni un

conocimiento detallado de cómo cada libro fue recopilado. La Biblia, como la tenemos actualmente, surge de incontables escritores, y los diferentes registros no están colocados en orden cronológico. Por ello la Biblia es más bien como una especie de biblioteca coleccionada de la abundante literatura sagrada que existió en ese tiempo. Debemos el orden divino en el que hoy en día se encuentra, al sentido espiritual de aquéllos que eligieron y arreglaron los libros sin seguir algún modelo humanamente concebido, sino obedeciendo los dictados de una autoridad superior.

Los primeros libros de la Biblia, desde Génesis hasta el principio de la era profética, presentan el *Verbo* de Dios. Aquí el hincapié está en la propia declaración de Dios. Estos libros muestran cómo es que Dios se revela a Sí mismo como lo que Él es, y cómo es que Él quiere que el hombre Lo conozca y acepte como lo que Él es.

En la era profética los profetas percibieron algo de la *naturaleza Cristo de Dios*. Sus profecías muestran que Dios siempre se traslada a Sí mismo a todo nivel de existencia humana y que esta traslación se impulsa con tal poder, que todo aquello que se opone a las demandas del Verbo de Dios es “reducido a polvo” y arrasado. Su insistente mensaje es que a la larga, toda oposición tendrá que ceder.

El Nuevo Testamento presenta el *Cristianismo*. Estos libros se centran en la vida y obras de Jesús, quien probó que podemos vivir, usar y practicar la naturaleza Cristo. Los Evangelios, los Hechos de los Apóstoles y las Epístolas, muestran cómo el practicar las cualidades divinas trae el verdadero dominio sobre los problemas cotidianos.

Con el Apocalipsis captamos luego una visión de la *Ciencia divina*. Aquí, Jesús le mostró a Juan el Consolador prometido, el espíritu de Verdad, como un libro en las manos del ángel, el símbolo para las enseñanzas de la Ciencia divina. Esto señala al Consolador por medio del cual, en esta era científica, y adaptado a nuestra presente comprensión, somos capaces de tocar el manto de la Ciencia de Dios, es decir, el Libro de Texto de la Ciencia Cristiana.

Porque el Libro de Texto contiene la “Clave de las Escrituras” (C&S 499), que hace posible trasladar el simbolismo Bíblico al moderno lenguaje cristianamente científico de nuestros días, el de la metafísica divina, y con ello discernir el significado original que los escritores inspirados de las Escrituras pretendieron transmitir.

*La Ciencia de la Biblia*. Le correspondió a John W. Doorly<sup>19</sup> el abrir una puerta a la comprensión de la Biblia, al hallar esta clave en el Libro de Texto y utilizarla para desentrañar los textos de la Biblia. Este primer paso constituyó el descubrimiento del sistema divino de referencia contenido en el Libro de Texto basado en los siete sinónimos para Dios y en los cuatro costados de la Santa Ciudad. Doorly fue capaz también de reconocer el mismo sistema de referencia en la Biblia, cuando trasladó el lenguaje de la Biblia al lenguaje de las ideas metafísicas. Este descubrimiento fue tan fascinante como significativo; se halló que cada libro de la Biblia contiene una estructura espiritual definida conforme al sistema divino de referencia, el cual está descrito en las imágenes típicas de la época. Se hizo aparente que en todos sus temas la Biblia sigue la ley y el orden con los cuales el divino cálculo infinito del ser se manifiesta a sí mismo en su operación eterna.

*El desarrollo ordenado de la Biblia*. La Biblia ya no pareció más una colección heterogénea de narraciones, sino se halló que contiene un gran desarrollo espiritual, la revelación gradual de los ordenados hechos divinos del ser extendiéndose desde Génesis hasta Apocalipsis.

---

<sup>19</sup> Véase de Peggy M. Brook, *John W. Doorly and the Scientific Evolution of Christian Science* [John W. Doorly y la Evolución Científica de la Ciencia Cristiana, disponible sólo en inglés]

Este orden sigue el orden de los siete días de la creación, el cual se repite en los períodos de mil años de la historia de la Biblia, probando así que el valor espiritual caracterizado por “un día” de la creación, es un hecho eterno, universalmente fundamental. La definición de Dios a través de los siete sinónimos, tal como se dio en el Libro de Texto, también sigue este orden.

Más aún, hay un diseño ordenado y espiritual en cada libro de la Biblia. Cada libro revela un hecho fundamental del ser al tomar un asunto definido por medio de un desarrollo espiritualmente lógico hasta su solución final. Con frecuencia el diseño sigue el orden de los siete sinónimos para Dios; sin embargo puede corresponder a los cuatro modos divinos de operación, o a una combinación estructural más elaborada, por ejemplo los siete sinónimos con los cuatro modos de operación, o a menudo, un sinónimo en combinación con todos los demás sinónimos.<sup>20</sup>

*La Biblia como maestro espiritual.* Una vez que se reconoce que las narraciones de la Biblia de ninguna manera pretenden exponer los sucesos y problemas de épocas pasadas, sino que ejemplifican el Principio divino y su sistema de ideas, entonces resulta fácil aceptar la Biblia como nuestro maestro espiritual. Lo que importa no es la presentación simbólica de la Biblia con su frecuente uso de eventos históricos, sino el Principio que enseña, ya que es el verdadero Principio que resuelve problemas, eterno, siempre presente y aplicable a todo problema.

Este enfoque científico recién hallado de la Biblia y su significado, muestra que es un libro de texto que coincide con “la tabla de sumar de la Ciencia Cristiana” (C1 22:17–18). Por medio del estudio de la Biblia podemos cultivar nuestra comprensión espiritualmente, para que nuestra conciencia esté más y más moldeada por las ideas divinas y sus infinitas formas de operación.

*Acuerdo entre la Biblia y el Libro de Texto.* Mary Baker Eddy predijo “que cada época más avanzada de la Verdad será caracterizada por una comprensión más espiritual de las Escrituras, la cual mostrará su marcada consonancia con el libro de texto de la curación por la Mente en la Ciencia Cristiana” (Misc. 363:30). Esta “marcada consonancia” fue demostrada completamente por John W. Doorly en sus trece volúmenes de pláticas sobre la Biblia. Él fue capaz de mostrar que el sistema de la Ciencia Cristiana, tal como está revelado en el Libro de Texto, no es una plataforma de enseñanza humanamente construida, sino el Principio del ser interpretado de nuevo a nuestra época en la forma de Ciencia; y que lejos de estar en oposición a las revelaciones contenidas en la Biblia, está en completo acuerdo espiritual con ellas. “La Ciencia Cristiana, comprendida, coincide con las Escrituras y sostiene de manera lógica y demostrativa cada punto que presenta” (C&S 358:10–12). La interpretación espiritualmente científica de la Biblia y del Libro de Texto, está trayendo esta consonancia más y más claramente a la luz.

*El Libro de Texto de la Ciencia Cristiana.* El Libro de Texto es un libro científico e inspirado. En él, “la razón y la revelación se reconciliaron” (C&S 110:15). Explica la Ciencia del Verbo, la Ciencia del Cristo y la Ciencia del Cristianismo, tal como se revelan en la Biblia; y al hacerlo así, presenta los hechos del ser en su Ciencia. Su enseñanza muestra cómo el ser divino puede ser explicado y comprendido, como Ciencia, y aplicado en toda época a todos los problemas de la vida. Revela para nuestra época, cómo las divinas e infinitas revelaciones pueden llegarnos de manera infinita, es decir, a través de la Ciencia.

---

<sup>20</sup> Para la exposición detallada, véase: *Talks on the Science of the Bible (9 Vols.) and Talks at the Oxford Summer School 1948 and 1949 (4 Vols.)*, by John W. Doorly [*Pláticas sobre la Ciencia de la Biblia, (9 volúmenes) y Pláticas en el Curso de Verano en Oxford, años 1948 y 1949, 9r volúmenes*] disponibles sólo en inglés]

*La estructura del Libro de Texto.*<sup>21</sup>, Tal como la Biblia, el Libro de Texto sólo puede ser comprendido en su significado total, por medio del entendimiento espiritualmente científico. El lector no versado en el Libro de Texto (así como el de la Biblia), leerá el Texto con frecuencia, oración tras oración, embebiendo sólo el significado de oraciones aisladas, y entonces considerará el Libro como una mera colección de dichos sabios, de aforismos metafísicos y de verdades individuales. Por otro lado, la conciencia que esté familiarizada con las categorías divinas del Ser, puede ver en el mismo Texto un diseño ordenado. Entonces el Texto prueba ser un libro de texto en el verdadero sentido de la palabra, un libro que enseña los fundamentos de la Ciencia del ser en una secuencia ordenada y en forma sistemática. De ahí que no trate azarosamente con temas sin conexión repitiéndose constantemente, como los críticos sostienen. Más bien el Libro de Texto muestra una estructura espiritual bien equilibrada por medio de la cual el estudiante, paso a paso, desde el primer capítulo de “La oración” hasta el decimosexto capítulo “El Apocalipsis”, es iniciado en las profundas interrelaciones de la Ciencia del ser.

Los dieciséis capítulos del Libro de Texto en los cuales la estructura de la Ciencia del ser es revelada, siguen el orden de los cuatro factores primordiales del Ser divino. El Libro de Texto expone el sistema de la Ciencia Cristiana en estos cuatro por cuatro capítulos. Cada capítulo tiene su propio diseño ordenado en el cual en la mayoría de las ocasiones, se sigue el orden de los siete sinónimos para Dios, permitiendo que el tema en cuestión se desarrolle paso a paso.

*El Libro de Texto: nuestro camino de Vida.* Además, nuestro objetivo principal al estudiar el Libro de Texto no es buscar su diseño; esto, por sí mismo, sería un simple ejercicio teórico. La estructura del Libro de Texto no es algo para conocer per se. Pero resulta de gran importancia práctica para todo lector, porque despliega el enfoque ordenado hacia la comprensión del único Ser divino, y al mismo tiempo la forma ordenada para experimentar el ser verdadero del hombre. El estudiante que está comenzando a mirar la estructura espiritual del Libro de Texto, también está familiarizándose con su propia y verdadera historia espiritual de vida. El Libro de Texto no presenta un sistema humano intelectual ni una filosofía humana, sino más bien un sistema metafísico práctico y vital que es inherente a todo ser verdadero y en el cual toma parte el propio estudiante. Al estudiar el Libro de Texto no estamos aprendiendo algo “acerca de” la metafísica divina, sino que estamos dando a luz, más y más conscientemente, a nuestro propio ser verdadero. El Libro de Texto nos enseña cómo podemos apropiarnos de la forma y de la estructura divina de nuestra propia naturaleza de hombre. Por lo tanto al mismo tiempo, la estructura del Libro de Texto de la Ciencia Cristiana también es el camino ordenado de Vida y nos guía en progresión gradual y ordenada hacia nuestro ser perfecto.

Por eso una visión puramente intelectual del Libro de Texto no es suficiente; debemos convertirlo en nuestra propia vida. No tenemos libertad para elegir nuestro propio camino de vida, ni a vivirlo como *nosotros* queramos; esto jamás nos llevaría a ningún lado. Cristo, la Verdad, es el camino, y nos fuerza a cada uno de nosotros a tomar este camino y no otro. Este camino divino comienza con “La Oración” (el primer capítulo del Libro de Texto) y nos lleva hacia un estado de descanso y paz, que ganamos por medio del conocimiento de la Santa Ciudad, como se ejemplifica en “El Apocalipsis” (el decimosexto capítulo del Libro de Texto). En este desarrollo espiritual nuestra verdadera naturaleza de hombre evoluciona hasta el punto de la perfección.

*El estudio del Libro de Texto.* La tarea autoimpuesta del Científico Cristiano es un estudio devoto del Libro de Texto y de la Biblia. Puesto que el Libro de Texto es un libro

---

<sup>21</sup> Para un análisis detallado del Libro de Texto, véase de Max Kappeler, *La estructura del Libro de Texto de la Ciencia Cristiana—nuestro camino de Vida.*



inspirado, no podemos asimilar todo lo que enseña en un instante. Por el contrario, cuanto más minuciosamente lo estudiamos, tanto más claro se vuelve para nosotros el que estamos muy lejos de entenderlo completamente. Cada etapa en nuestra comprensión no es más que otro paso nuevo en preparación para el siguiente paso superior. Mary Baker Eddy sabía que: “Siglos pasarán antes que la exposición de los inagotables temas de Ciencia y Salud sean suficientemente comprendidos para ser demostrados plenamente” (Ret. 84:1–3). Aun ella misma jamás se cansó de estudiar e investigar el Libro de Texto; al referirse a la naturaleza inagotable del tema, declaró de sí misma: “Hoy, aunque gozando de algún progreso, todavía se considera una discípula dócil que aguarda a la puerta celestial la llegada de la Mente de Cristo” (C&S ix: 17–20).

El principiante hace bien en comenzar simplemente leyendo por completo el Libro de Texto para familiarizarse un tanto con el tema y la terminología. Al comienzo será atraído por ciertas oraciones o párrafos individuales. Es importante que no se entretenga demasiado en lo que no entiende, sino que medite sobre las declaraciones a las que responde con mayor rapidez.

También las Concordancias del Libro de Texto lo ayudarán con los términos individuales utilizados en el Libro de Texto y con temas específicos. Sin embargo, el estudio sistemático comienza cuando inicia una investigación completa de los siete sinónimos para Dios, con la ayuda del Libro de Texto, y también de los cuatro modos divinos de operación, el Verbo, el Cristo, el Cristianismo y la Ciencia. De esta manera comienza a dominar los fundamentos científicos que entonces lo capacitarán para ver el Libro de Texto, desde la primera hasta la última página, como un gran todo coherente y para explorar su estructura científica.

### **La Ciencia Cristiana debiera ser enseñada en las escuelas**

*La organización de la iglesia.* Se considera en general que las iglesias son las instituciones adecuadas para la educación religiosa. Son los lugares en donde Dios es proclamado y adorado. Pero ahora que el tema de “Dios” está revelado en su Ciencia como el Principio de Vida universalmente disponible que opera de acuerdo a leyes divinas, que es enseñable, que se puede aprender y también aplicar y demostrar, la iglesia en su sentido tradicional ya no puede servir más a este nuevo concepto de Dios. La Ciencia de Dios sólo puede ser verdaderamente servida por medio de la comprensión espiritual, y no a través de servicios religiosos. Porque no se trata de creer y adorar a ciegas, sino que tiene que ser discernida en su naturaleza científica. Carece de dogmas antiguos que deban ser conservados en su forma original; en su verdadera naturaleza es algo vívido, dinámico, aun revolucionario. Esta Ciencia no es un juego de leyes rígidas, normas y doctrinas; por el contrario, es un sistema de hechos divinos del ser, susceptible de reestructuración constante, con el cual se provee siempre de respuestas nuevas a nuevas preguntas fundamentales. Las iglesias, por otro lado, tienden a mantenerse rígidas en su forma trillada y se adhieren a ella.

La Ciencia Cristiana recién descubierta se sintió casi demasiado revolucionaria y demasiado avanzada para su tiempo, y para que pudiera ganar terreno, Mary Baker Eddy eligió al principio la forma de organización de iglesia.<sup>22</sup> Sólo por medio de este sabio paso pudo familiarizar lentamente a sus estudiantes con el nuevo sistema conceptual, con el nuevo paradigma y con la interpretación totalmente nueva de Dios por la Ciencia. Por ello no le quedó la menor duda de que esta iglesia organizada constituía sólo un paso temporal, y que la institución material tendría que desaparecer tan pronto como la Ciencia de la Ciencia Cristiana

---

<sup>22</sup> Véase de Max Kappeler, *Christian Government—Its Scientific Evolution* [*Gobierno Cristiano—Su Evolución Científica*], disponible sólo en inglés].

fuera vista. Aunque en sus otros escritos proporciona muchas instrucciones para el óptimo funcionamiento de una iglesia organizada, para nada menciona este tema en su Libro de Texto, el cual presenta la Ciencia de la Ciencia Cristiana. Porque una iglesia organizada humanamente no forma parte del sistema divino de ideas. Es simplemente una concesión, un período particular de desarrollo, y por lo tanto tendrá que hacerse a un lado en una era que cuente con un entendimiento superior del servicio divino, verdadero y espiritual.

*La verdadera iglesia.* El Libro de Texto da un concepto de iglesia que no implica la organización material, ni templo alguno. La “iglesia” es trasladada a su estructura espiritual, tal como la definición para “iglesia” muestra claramente: “IGLESIA. La estructura de la Verdad y el Amor; todo lo que descansa en el Principio divino y procede de él. La Iglesia es aquella institución que da prueba de su utilidad y eleva a la raza humana, despierta al entendimiento dormido de las creencias materiales para que comprenda las ideas espirituales y demuestre la Ciencia divina, y así echa fuera a los demonios, o el error, y sana a los enfermos” (C&S 583:14–20). Esta forma espiritual de iglesia es la forma de la conciencia científica del sistema divino de referencia; consiste de una comprensión espiritual del Verbo de Dios, de la operación del Cristo, del Cristianismo y de la Ciencia del ser. Esto puede ser ejemplificado, parafraseando el pasaje acerca de “iglesia” en el libro de texto (C&S 35:22–27) como sigue: “Nuestra iglesia está edificada sobre el Principio divino, el Amor” (nuestro fundamento es el Verbo de Dios). “Podemos unirnos a esta iglesia” (esta es la actitud Cristo que se exige de nosotros), “sólo a medida que nazcamos de nuevo en el Espíritu, que alcancemos la Vida que es Verdad y la Verdad que es Vida, produciendo los frutos del Amor—echando fuera el error y sanando a los enfermos” (mostrando el Cristianismo práctico que surge de la actitud Cristo).

*Se requieren lugares de estudio e institutos.* Así, el concepto verdadero de “iglesia” yace en el uso de la comprensión del Cristo, basado en el Principio divino para bendecir y elevar a la raza humana. “Iglesia” es todo aquello que conduzca al entendimiento de la Ciencia. Debiéramos emplear todos los medios posibles para ayudarnos a proseguir con esta meta. Hoy en día, en la era científica, las escuelas y otras instituciones educativas están mejor equipadas para familiarizar al estudiante paso a paso con el sistema de la Ciencia Cristiana, y para entrenarlo en “la tabla de sumar de la Ciencia Cristiana” (01 22:17). La iglesia humanamente organizada ha cumplido su importante tarea a favor de esta idea; por medio de ella el paradigma de la Ciencia Cristiana fue capaz de sobrevivir en una era imbuida en el concepto de la ciencia material. Aún hoy en día, luego de un siglo, las escuelas e instituciones están mejor dotadas para la gran tarea de conducir a la humanidad desde la fe enaltecida hacia la comprensión científica. Esa es la razón por la que Mary Baker Eddy señala constantemente en sus escritos el hecho de que la comprensión espiritual y las pruebas que surgen de ella, sólo pueden ser alcanzadas a través de la instrucción, por medio de una enseñanza sistemática y de estudio fundamental. “La educación del futuro será la instrucción en la Ciencia espiritual” (Misc. 61:4).

## **Estudio posterior**

*Respuesta a preguntas clave.* El pensamiento que está en busca de la Verdad, siempre ha buscado la respuesta a dos preguntas fundamentales; la primera: ¿Cuál es la realidad del Ser único?, y la segunda: ¿Cómo podemos unirnos con esta realidad y estar en armonía con ella? En la Parte I de este libro hablamos sobre la primera de estas preguntas y presentamos los cuatro factores principales del Ser: el Verbo, el Cristo, el Cristianismo y la Ciencia, en sus características esenciales. En la Parte II expusimos la respuesta a la pregunta de cómo el hombre podía participar de la realidad del ser. Vimos que lo que se nos muestra con el enfoque científico

del Verbo de Dios, del poder salvador del Cristo, de la práctica del Cristianismo y de la comprensión de la Ciencia, es el verdadero camino para ser uno con el ser divino.

Con ello fuimos capaces de responder a las dos preguntas centrales que son vitales para la humanidad, desde el punto de vista de la Ciencia del ser, en tanto examinábamos el sistema de esta Ciencia.

*Se requiere un estudio completo.* Pero un reconocimiento general del sistema de la metafísica divina, aunque útil, no es más que una guía preliminar para el estudiante de la Ciencia Cristiana, con objeto de mostrarle con mayor claridad la dirección que deben tomar sus pasos siguientes. El propósito del estudio es familiarizarnos por completo con el contenido divino del sistema de la Ciencia esbozado aquí en forma muy general. La mejor manera de hacer esto es tomar un tema o sección y estudiarlo a la vez, ganando así paso a paso, un entendimiento más profundo de este tema tan amplio. Al hacerlo, el estudiante estará experimentando más y más de su unidad con la realidad.

*Los siete sinónimos para Dios.* El conocimiento de los siete sinónimos para Dios y de las ideas por las cuales están caracterizados, forma la base para todo trabajo e investigación en la Ciencia de la Ciencia Cristiana. De ahí que uno de los primeros y primordiales objetivos del estudiante sea el ganar un concepto comprensivo y exacto de cada uno de los sinónimos. Porque la gran pregunta relacionada con la realidad del infinito Uno puede, como ya hemos visto (pág. 12–16), ser contestada sólo por la propia revelación del Ser Supremo a través de los siete sinónimos para Dios. Al descubrir lo que cada uno de estos siete aspectos del Ser nos dice acerca del único Dios infinito, estaremos formando el concepto correcto de Dios; y este concepto divinamente científico y correcto de lo que constituye la naturaleza y esencia del Ser divino, es el único punto de arranque correcto para responder todas las otras preguntas.

*Los cuatro modos divinos de operación.* Cuando nos familiarizamos con la verdadera naturaleza del infinito Uno a través de un estudio completo de los siete sinónimos para Dios, no permanecemos en la fase de investigación de lo que el Ser es, sino también comenzamos a mirar completamente cómo opera el Ser. Nuestra pregunta sería entonces: ¿Cómo es que opera este Principio del ser divino que queremos aprender a reconocer como el Principio de Vida universal para solucionar todos nuestros problemas? Hallaremos la respuesta a esta pregunta al estudiar los cuatro factores divinos primordiales—el Verbo, el Cristo, el Cristianismo y la Ciencia. Estos son los cuatro modos divinos de operación con los cuales el infinito Uno cumple sus diferentes tareas, es decir: declararse a sí mismo (Verbo), expresarse a sí mismo (Cristo), cumplirse a sí mismo (Cristianismo) e interpretarse a sí mismo (Ciencia).

*Los cuatro niveles espirituales de conciencia.* Cuando hasta cierto punto hemos comenzado a comprender al Ser en su séptupla naturaleza y en su cuádrupla operación, surge una nueva pregunta: ¿Cómo es capaz la operación del Ser divino de alcanzar todos los niveles de comprensión, de manera que aun en el reino de la existencia humana podamos experimentarlo como un poder irresistible que resuelve problemas? Es decir: ¿Cómo puede el infinito Uno trasladarse a sí mismo a la experiencia humana con todas sus preguntas y problemas? Esto nos lleva al tema acerca de los cuatro niveles espirituales de conciencia. Muestra al estudiante la forma en la cual los siete sinónimos para Dios operan, en su cuádruplo modo de operación, no sólo en el reino de lo divino, sino también en el de lo humano, trayendo la solución a todas las preguntas en todos los niveles de entendimiento y experiencia.

*La interpretación de la Biblia y del Libro de Texto.* La base para el estudio es siempre la Biblia junto con el Libro de Texto de la Ciencia Cristiana. Estos dos libros presentan, completo, el sistema divino de referencia que consiste de los siete sinónimos para Dios, de los cuatro

modos divinos de operación y de los cuatro niveles espirituales de conciencia. Por consiguiente, resulta indispensable la comprensión científica de estos textos inspirados que capacita al estudiante para percibir el sistema divino de ideas. ¿Por qué? En un capítulo anterior vimos que sólo la conciencia espiritual puede comprender la naturaleza y esencia del ser espiritual; que tan sólo podemos ser salvados de nuestro falso concepto de existencia, y con ello, de todos los fenómenos materiales que surgen de él, cuando obtenemos el concepto verdadero de la realidad. Pero el ser espiritual no puede ser captado con los limitados métodos de pensamiento humano de los mortales. Si queremos entender al infinito Uno, es decir, si queremos sintonizarnos con la armonía del Principio divino, debemos enfocar el Principio del ser con una conciencia estructurada con una naturaleza semejante. Por ello debemos aprender gradualmente a renunciar al razonamiento humano, a las deliberaciones y opiniones, y en su lugar a pensar de acuerdo con las categorías del sistema divino de referencia. Esto quiere decir que toda nuestra conciencia debe estructurarse de nuevo. Esto acontece cuando por medio de la interpretación espiritualmente científica de los textos inspirados comprendemos su sistema divino de referencia inherente, lo convertimos en nuestro propio marco de referencia, y cuando al tratar con estos textos, nos acostumbramos a ver al ser espiritual, no humanamente, sino espiritualmente estructurado. De ahí que un estudio completo de la Biblia y del Libro de Texto, no sólo nos da los hechos del ser, sino al mismo tiempo forma de nuevo toda nuestra conciencia.

*Las leyes del ser.* Sin embargo, el objetivo de este estudio no es sólo presentar el sistema divino de referencia al estudiante, sino también cumplir con una meta mucho mayor. Porque la Biblia y el Libro de Texto, cuando son leídos como textos científicamente estructurados y comprendidos en su significado más profundo, se convierten en libros de texto en el verdadero sentido de la palabra. Esto quiere decir que no pretenden dar una declaración exhaustiva de todos los hechos o verdades divinos infinitos, sino más bien presentar al Principio de la Ciencia del ser, y enseñar el método básico para utilizar este Principio en la solución de todos los problemas de la vida. Una vez que el estudiante ha captado este método divino, entonces su rango de aplicación se vuelve infinito. Cualquiera que haya aprendido los fundamentos de la Ciencia puede usar las leyes del ser contenidas en la Biblia y en el Libro de Texto para solucionar sus propias preguntas y problemas. Por ello se vuelve no tanto un asunto de comprender científicamente los textos inspirados, sino de aplicar, independientemente del texto, las leyes del ser que han salido a luz por medio de la interpretación divinamente estructurada de ambos libros de revelación. De hecho, la Biblia y el Libro de Texto cumplen su significado para el estudiante, justo cuando éste aprende por medio de ellos, no sólo cómo interpretar su texto, sino también cómo comprender las leyes divinas del ser en su declaración básica y a aplicarlas infinitamente a sus eternas preguntas y problemas repetitivos.

*El camino científico.* Esta comprensión de la estructura divina del Ser único y de sus leyes eternamente disponibles, no puede ser obtenida de la noche a la mañana. El camino científico a la comprensión conduce más bien a una progresión ordenada de un estado de desarrollo espiritual al siguiente, como muestra nuestra breve inspección de tópicos para un estudio posterior. Pero con cada tema tocamos siempre el todo de la Verdad, el cual se muestra en cada estado de nuestra comprensión espiritual, como la verdad que resuelve los problemas de la vida. Porque: “La Verdad tiene un efecto sanador, aun cuando no se comprenda totalmente” (C&S 152:8–9). Por eso con cada tema que estudiemos, también experimentaremos desde el principio, el efecto sanador que es inherente a la Ciencia de la Ciencia Cristiana, como el Principio de Vida universal para la solución de todos los problemas.

## ACERCA DEL INSTITUTO KAPPELER

*The Kappeler Institute for the Science of Being, Inc.* (USA) [El Instituto Kappeler para la Ciencia del Ser, División USA] es una organización no lucrativa, exenta de impuestos. Su principal objetivo es ofrecer una distribución más amplia de las revolucionarias investigaciones, escritos y grabaciones del Dr. Max Kappler, (de Suiza). Conserva los archivos de todas las obras de Kappler y hace accesibles estos escritos y grabaciones a los estudiantes. También publica un boletín informativo semestral. Para recibir un catálogo o para añadir su nombre a la lista de correos del boletín, sírvase contactar al Centro Principal de Información en USA: PO Box 99735, Seattle, WA 98139-0735 o mail@kappelerinstitute.org.

El Instituto ha sido registrado bajo las leyes del estado de Delaware en los Estados Unidos, y de acuerdo al código del Servicio de Impuestos Internos. Está destinado a la educación y a la investigación. Los fondos donados al Instituto se aplican directamente al trabajo actual de hacer accesible el tema a los estudiantes. Quienquiera que desee participar en el objetivo del Instituto a través de apoyo financiero, puede hacer contribuciones exentas de impuestos (aplica sólo en USA), donativos o legados.

### ACERCA DE MAX KAPPELER

Max Kappeler, 1910-2002 (de Suiza), un estudiante de John. W. Doorly, C.S.B. 1878–1950 (de Inglaterra), fue un estudiante dedicado de toda la vida a la Ciencia Cristiana. Luego de obtener su doctorado en economía en la Universidad de Zurich, inició su búsqueda acerca de un sentido más científico de la Ciencia Cristiana, uniéndose al grupo de investigadores de John Doorly en 1938. El inicio de la Guerra lo llevó de nuevo a Suiza, donde en 1948, luego de una exitosa carrera empresarial, se sintió impulsado a dedicar todo su tiempo a la investigación, enseñanza y práctica de la Ciencia de la Ciencia Cristiana. Durante más de 60 años escribió libros e impartió cursos sobre este tema en Suiza, Alemania, Inglaterra y los Estados Unidos. Sus escritos han sido publicados tanto en alemán como en inglés, con temas selectos en francés y ahora en español.

### ACERCA DE LA OBRA DE KAPPELER

La obra de Kappeler representa un enfoque científico de la Ciencia Cristiana y la Biblia, más que religioso, denominado “la Ciencia de la Ciencia Cristiana”. Sus investigaciones que dieron como resultado sus múltiples libros y conferencias, están basadas por completo en la Biblia, en los escritos de Mary Baker Eddy y de su maestro John W. Doorly. Su enfoque científico de lo espiritual, va a desafiar, inspirar y ofrecer una entrega de tiempo completo, a aquéllos que están en busca de una comprensión más profunda y espiritual de Dios, el hombre y el universo.

Este estudio está dedicado al pensador científico. La obra de Kappeler ofrece un marco de referencia comprensivo para el estudio y el entendimiento científicos de Dios, junto con los resultados transformadores que dicha comprensión confiere. Aquéllos que buscan comprender al Ser único a través de sus leyes, órdenes, reglas, sistema, estructura y funcionamiento multidimensional divinos, hallarán estas enseñanzas dentro de las obras más profundas de nuestra época.

La obra de Kappeler no está relacionada ni aprobada por ninguna organización religiosa. Tampoco pretende él, ni el Instituto, tener los derechos exclusivos sobre la Ciencia de la Ciencia Cristiana, ni presentarse como una autoridad para aprobar, controlar o regular el trabajo acerca de la Ciencia. Su único propósito es publicar, promover y distribuir las obras del Dr. Kappeler.

## **KI USA Publicaciones Disponibles en Español**

**Introducción a la Ciencia de la Ciencia Cristiana**, Max Kappeler  
[*Introduction to the Science of Christian Science*]

**La Ciencia de la Oración**, Max Kappeler  
[*The Science of Prayer*]

**La Estructura del Libro de Texto de la Ciencia Cristiana—Nuestro Camino de Vida, Vol. I: Revelación de la Estructura**, Max Kappeler  
[*The Structure of the Christian Science Textbook—Our Way of Live, Vol. I: Revelation of the Structure*]

**Los Siete Sinónimos de Dios Satisfacen la Necesidad de un Nuevo Sistema de Referencia para el Mundo**, Joel Jessen  
[*The Seven Synonymous Terms for God Meet the World's Need for a New System of Reference*]

**¿Por qué estudiar Ciencia Cristiana, como Ciencia?**, Max Kappeler  
[*Why Study Christian Science as a Science?*]